

ARIANA HARWICZ

*Trilogía
de la pasión*



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

TRILOGÍA DE LA PASIÓN

ARIANA HARWICZ



ANAGRAMA

Narrativas hispánicas

OceanofPDF.com

Edición en formato digital: abril de 2022

© imagen de cubierta. «Christina's World» (detalle), 1948 ©Andrew Wyeth,
VEGAR Barcelona, 2022 / Digital image. The Museum of Modern Art,
New York / Scala. Florence

©Ariana Harwicz, 2012, 2014, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2022
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4423-8

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

OceanofPDF.com

APERTURA

Escribí las tres novelas con ánimo de venganza. No recuerdo nada salvo eso, que una tarde del final de un verano de 2011 en un campo francés, me tiré al pasto, es decir, «me recliné sobre la hierba entre árboles caídos y tuve la impresión de llevar un cuchillo con el que iba a desangrarme de un corte ágil en la yugular». Recuerdo que me levanté del pasto con el cuello ensangrentado, caminé a mi cuarto, entré por la ventana y me senté a escribir la primera frase de lo que sería. *Matate, amor*. Pero eso no fue escribir. Eso que llaman escribir es mentira, es algo de lo que hay que dudar, eso que llaman escribir es otra cosa siempre, una guerra, caminar sonámbula, es el insomnio, es algo de otra dimensión.

Palabra por palabra, frase por frase, coma por coma, punto por punto, nada fue corregido ni alterado por ningún editor en ninguna edición. No porque sea genial, sino para conservar en esa primera página la música única de esa tarde de fin de verano de 2011. Escribir para hacer durar la desaparición. Escribí entonces, como un ajuste cuentas, si no está permitido disparar, incendiar establos o secuestrar vecinos, al menos es otro modo de hacer justicia por mano propia.

Escribí *Matate, amor* durmiendo con el enloquecedor llanto del bebé encima, mirando a los gatos bajo la escarcha, con roedores desfilando por la casa, con el AJJJ AJJJ de una lechuza que escupía los cerebros que no podía deglutir y sin saber que estaba escribiendo una novela, sin ser nada, mucho menos escritora. Qué asco hablar, dice ella, qué asco escribir. Escribir sin saber que se está escribiendo, escribir la antiescritura, el sueño alto de todo escritor.

De *La débil mental* recuerdo como un flash una moto a toda velocidad, y arriba, «una luna cortada a latigazos negros». «No vengo de ningún lado,

el mundo es una luna cortada a latigazos negros.» Una editora me insinuó que rechazaba el manuscrito porque no se entendía el comienzo del personaje: ¿Cómo no viene de ningún lado? Otro editor me dijo que había demasiada y frenética masturbación. ¿Por qué tanto sexo? No es sexo, es ansia, es comedia, le dije, pero ya no respondió. Los editores son sádicos, quién no. Veo una carretera tenebrosa, la hora *entre chien et loup*. Recuerdo a una chica del *hameau* juntando ramitas en las canaletas, a esa misma chica a la que le decían «la retrasada del pueblo» viajando en el camarote de un tren a París. Era ella, era «la débil mental». Después apareció la madre, las dos ataviadas luchando contra la pérdida del deseo como contra la caída del pelo y comiendo con la mano. Yo también comía con la mano mientras escribía. Hay que vivir primero las novelas, después escribirlas, no vivirlas, «llegar a la experiencia del lenguaje». Recuerdo que una madrugada estaba en una casa en medio del campo, la gente hablaba, yo desgraciada, cuando llegó el mensaje de Damián Tabarovsky donde enumeraba todo lo que no le gustaba de la novela, pero al final, concluía, como un milagro, en que quería publicarla. Los editores son sádicos, los escritores también. Entonces miré la luna y le agradecí.

Precoz es la oveja negra, la descarriada, la anarquista, la road movie de las periferias, el largo poema lúgubre sin puntuación, sin capítulos, ni cortes. La novela del derrape. La hija border con prontuario que llega a la reunión de navidad y de la que todos huyen. La escribí en los viñedos, en los islotes de arena de la Loire. último río salvaje de Europa, en las tabernas de alcohólicos de varias generaciones: bisabuelo, abuelo, padre e hijo, ni uno hay, sobrio. La novela apareció en un hangar cuando vi la arcada de la boca abierta de los patos cuando le sacan el hígado para el foie gras. Pero también cuando dos pájaros se estrellaron en pleno vuelo. *Precoz* es esa madre extasiada con el hijo alto y pesado encima.

Las tres novelas son fotos de un álbum en blanco y negro guiadas por las sonatas de Glenn Gould. Él me dio el tono y la angustia. Sin Glenn Gould no hubiera habido escritura.

Pasaron diez años. *Matate, amor* fue llevada a juicio y fue leída en una sentencia por un juez de provincia francés. La novela fue citada en mi contra, como: «ejemplo de que una novela en la que el personaje odia la maternidad, vuelve mala madre a la autora». Escribir no es, como se quiere

hacer creer hoy, adherir a una ideología, militar por una ideología, someterse a una identidad, escribir es oponerse al mundo. Ojalá las tres novelas reunidas se lean como quien entra a una casa de otro siglo y visita a unas hermanas antisociales, excéntricas, a unas madres desviadas.

Discúlpelas, señor Juez, pero ellas tienen derecho a existir igual que usted. O quizá más.

ARIANA HARWICZ

OceanofPDF.com

MATATE, AMOR

OceanofPDF.com

Me recliné sobre la hierba entre árboles caídos y el sol que calienta la palma de mi mano me dio la impresión de llevar un cuchillo con el que iba a desangrarme de un corte ágil en la yugular. Detrás, en el decorado de una casa entre decadente y familiar, podía sentir las voces de mi hijo y mi marido. Los dos en cueros. Los dos chapoteando en la pileta de plástico azul, con el agua a treinta y cinco grados. Era un domingo víspera de día feriado. Estaba a pocos pasos de ellos, oculta entre malezas. Los espiaba. ¿Cómo es que yo, una mujer débil y enfermiza que sueña con un cuchillo en la mano, era la madre y la esposa de esos dos individuos? ¿Qué iba a hacer? Escondí el cuerpo adentrándome en la tierra. No iba a matarlos. Dejé caer el cuchillo. Fui a colgar la ropa como si nada. Abroché bien las medias de mi bebé y mi hombre. Los calzoncillos y las camisas. Me miré como una campechana ignorante que cuelga ropa y se seca las manos en la falda antes de entrar en la cocina. No se dieron cuenta. La colgada de ropa fue un éxito. Volví a recostarme entre troncos. Ya se corta la madera para la próxima temporada. Los hombres acá preparan el invierno como las bestias. Nada nos distingue a unos de otros. Yo misma, letrada y graduada universitaria, soy más bestia que esos zorros desahuciados con la cara teñida de rojo y un palo atravesándoles la boca de par en par. A pocos kilómetros, mi vecino Frank, el primero de siete hermanos, se pegó un tiro de escopeta en el culo la última navidad. Linda sorpresita para su tribu de hijos. El tipo siguió la tradición. Suicidio con escopeta para el tatarabuelo, bisabuelo, abuelo y padre, lo menos que se podía decir es que era su turno. ¿Y yo? Una mujer normal, de una familia normal, pero una excéntrica, desviada, madre de un hijo y con otro, quién sabe a esta altura, en camino. Me metí despacito la mano en la bombacha. Y pensar que yo soy la encargada de velar por la educación de mi hijo. Mi marido me llama para unas cervecitas en la pérgola, pregunta si morocha o rubia. Parece que el bebé se cagó y tengo que comprarle la torta de cumple mes. Otras madres seguro que la hacen ellas mismas. Seis meses, me dicen que no es lo mismo que cinco o siete. Cada vez que lo miro recuerdo a mi marido detrás de mí, casi eyaculándome la espalda cuando se le cruzó la idea de darme vuelta y

entrar, en el último segundo. Si no hubiera habido ese gesto de darme vuelta, si yo hubiera cerrado las piernas, si le hubiera agarrado la pija, no tendría que ir a la panadería a comprar la torta de crema o chocolate y las velitas, medio año ya. Las otras al segundo de parir suelen decir, ya no imagino mi vida sin él, es como si hubiera estado desde siempre, pfff. ¡Ahí voy, amor! Quiero gritar, pero me hundo más en la tierra agrietada. Quiero gruñir, berrear, y a cambio dejo que los mosquitos me piquen, que se deleiten con mi piel azucarada. El sol me devuelve el reflejo plateado del cuchillo en la mano y me ciega. El cielo está rojo, violeta, tiembla. Oigo que me buscan, el bebé cagado y el marido en cueros. Ma-ma, ta-ta, caca. Es mi bebé que habla, toda la noche. Co-co-na-na-ba-ba. Ahí están. Dejo el cuchillo en el pastizal quemado, espero que cuando lo encuentre parezca un bisturí, una pluma, un alfiler. Me levanto caldeada y molesta por el hormigueo en la entrepierna. ¿Rubia o morocha?; lo que prefieras, amor. Somos parte de esas parejas que mecanizan la palabra «amor» hasta cuando se detestan; amor, no quiero volverte a ver. Ahí voy, digo, y soy una falsa mujer de campo con una pollera roja a lunares y el pelo florecido. Rubia, traéme, digo con mi acento. Y soy una mujer que se dejó estar y tiene caries y ya no lee. Leé, idiota, me digo, leéte una frase de corrido. Acá estamos los tres juntos para una foto familiar. Brindamos por la felicidad del bebé y bebemos las cervezas, mi hijo sobre su sillita mastica una hoja. Le meto la mano y chilla, me muerde con las encías. Mi marido quiere plantar un árbol para darle larga vida al bebé y yo no sé qué decirle, sonrío como una gansa. ¿Se da cuenta él? De todas las bellas y sanas mujeres que hay en la región se vino a enganchar conmigo. Un caso clínico. Una extranjera. Alguien que debería ser clasificada de incurable. Qué día de humedad, ¿eh? Parece que tenemos para rato, dice él. Yo trago la botella en sorbos largos y aspiro por la nariz queriendo estar, exactamente, muerta.

Estoy en el cuarto del niño iluminada por una lucecita celeste, veo mi pezón que lo sacia a cada sorbo. Mi marido, me acostumbré a llamarlo así, fuma afuera, puedo escuchar el soplido del humo a un ritmo regular, fffff, fffff. El bebé se atraganta con mi leche y lo inclino sobre mi para que eructe, ese aire que queda atrapado en su estómago, aire de mi leche, aire de mi pecho, aire de mi interior. Después del eructo cae en peso muerto, le cuelgan las manos, los párpados se espesan, su aliento se aletarga. Lo acuesto abrazado a mi bufanda y mientras lo enrolló, Isadora Duncan. Quién tiene qué vida. En qué cuerpo estás. Dejo de escuchar el humo entre los dientes de mi cónyuge. Tiro el pañal pesado. Camino hacia el ventanal, siempre juego a que lo atravieso y me corto entera, siempre quiero cruzar mi propia sombra. A punto de estrellarme, me detengo, abro. Afuera mi marido larga un chorrizo color mate, puedo ver las gotas calientes y amarillentas sobre la chapa del garaje dibujando una cascada. Se da vuelta, me sonrío con las manos en el sexo laxo y chorreante y apaga el pucho que tiene en la boca con su cascada de pis. ¿Miramos las estrellas? Nunca supe cómo explicarle que no me interesan las estrellas. Que no me interesa lo que hay en el cielo. Que no me importa su telescopio que ahora lleva con dificultad al fondo del terreno, casi en la bajada al bosque. No quiero contarlas, descubrir sus formas, ver cuál es más brillante, saber por qué se llaman las Tres Marías o el collar de perlas o la cacerola con mango largo. Él instala su joya de tres patas. Mi marido es un tipo entusiasta. ¿Ves el collar de perlas? Sí, cariño. Mirá esos puntos luminosos, titilantes, ¿no quemas comerlos con la vista?, son tan chiquitos, y pensar que en verdad son masas enormes. No, pensé, no me gustan las distorsiones. Ni ópticas ni sonoras, ni sensoriales, ni olfativas, ni cerebrales, no me gustan los objetos negros del cielo. A mí me llenan de energía, dice. Mirá esa constelación y tratá de saltar de una estrella a la otra como si cruzaras un puente-cito de troncos movedizos... ¡y mirá esa cara, como de esqueleto! Su exaltación me hace daño. Me abraza por el hombro. Hace meses que no nos abrazamos. Tampoco nos damos la mano, llevamos el cochecito o levantamos al bebé. ¿Ves la Osa Mayor y la Osa Menor? Sí,

claro, digo y lo abrazo, pero mis ojos se detienen en el hueco sin estrellas, en la ausencia de luz. Frente al reto del cielo oscuro que tenemos encima de nosotros, cualquier noche... ¡Un cometa!, gritó y me desabrazó de la emoción. No lo vi pasar. Hay que estar atento, solo es posible verlos cuando están cerca del sol y por un período corto de tiempo. ¿Pudiste ver su recorrido?, preguntó molesto. Acto seguido, encendió un pucho, la cosa es lograr orientarse en el cielo. Mirá ese grupo de estrellas, seguí una línea imaginaria, ¿ves?, no es más difícil que leer un mapa de autopistas y seguir la línea troquelada para no ir a caer al mar. Me pareció que el niño lloraba, pero todas las noches lo oigo llorar y cuando me acerco el silencio es total, como si se hubiera grabado un fragmento de su llanto y se reprodujera solo. Pero a veces no oigo nada. Estoy sentada en el sofá, a pocos metros de su cuarto, mirando un programa de intercambio de parejas, niñeras a medida, o pintándome las uñas, cuando mi querido se aparece con el calzón medio bajo y me dice: ¿por qué no deja de llorar?, ¿qué quiere?, vos sos la madre, tenés que saber. No sé qué quiere, le digo, ni la menor idea... ¿No te relaja la luna? Acércate al lente, mírala hoy porque no será la misma mañana, esos cráteres grises, me dan ganas de comerla ¡o de fumarla! Yo miré la luna, pero en realidad recordé el sonido del llanto, mi cuerpo segregando, impaciente porque pare de llorar. Los consejos que me dio aquella joven asistente social a domicilio cuando mi suegra la llamó alarmada: Si tu niño llora tanto como para terminar con tu entereza y sientes que estás a punto de perder el control, huye. Entrégale el niño a otra persona y vete a un lugar donde puedas recobrar el sentido y la calma. Si en cambio te encuentras sola y no hay posibilidad de dárselo a nadie, huye igualmente. Deja al crío en un lugar seguro y aléjate unos metros. Tendrían que existir por estos pagos las santiguadoras, esas aldeanas que por el mismo precio le quiebran el empacho a tu tipo y el llanto caprichoso a la guagua. Me hubiera gustado estar en el Apolo, ¿me escuchás?, o en cualquier misión al espacio exterior, ¿me seguís? En el Apolo mirando la Tierra alejarse ¡Shhh! ¿Llora? ¿Dónde ves que llora? ¡Te estoy hablando de la luna! La luna es como ustedes, le gusta ocultarse, dice, y yo pienso en los paseos en brazos horas y horas con diferentes coreografías, del agobio al llanto, del llanto al agobio, pienso en ese animal fiero que es un hijo, en eso de llevar tu corazón con el otro para siempre. Hasta que se hartó, cerró el telescopio y lo llevó al garaje a guardarlo junto con sus herramientas, el tractor de mi suegro y la canoa con

sus remos. El bebito, como lo llaman mis suegros, no lloraba, el silencio de su habitación era tal que tuve que tocarlo para ver si vivía. Entonces volví a la sala con el ventanal, caminé derecho hacia el reflejo y, justo antes de atravesarme, abrí. Mi marido fumaba otro, había abierto su segundo atado mientras insultaba por igual a la luna y a mí. Vi su humo ciñéndolo y me intimidó. Lo más agresivo que me dijo en siete años fue «hacete ver». Yo le dije en el primer mes de noviazgo «date por muerto». Nos quedamos parados uno al lado del otro sobre la helada, el agua del pasto tiñéndonos. Los pies acuosos. La tierra revuelta por los topes eran cráteres. Él ya no miraba hacia arriba, yo menos. Igual me pareció que un cometa pasó sobre nosotros, breve como todo. Después nos fuimos a dormir cada uno a su cama. Ya me acostumbré a dormir sola y atravesada en esta casa que antes era un tambo, con lo que sea que eso pueda significar. Cualquier cosa forma una familia, largué, mientras se me iban los ojos.

Cuando mi marido se va de viaje a cada segundo de silencio le sigue una horda de demonios colándose por mi cerebro. Una rata salta sobre el techo transparente. Parece divertirse la loca. Voy a ver si el bebé respira a cada minuto, lo toco para ver si reacciona, lo destapo, lo cambio de posición, lo ilumino, lo levanto, todavía estamos en la etapa de la muerte blanca. Después me controlo, me hago un sándwich y me quedo frente a la tele. Pero enseguida el ajjj ajjj de un búho, ese sonido genital, involuntario y erótico me aterra. Apago la tele. Imagino a los animales en una orgía, un ciervo, una rata y un jabalí. Me río, pero inmediatamente me da miedo esa mezcolanza de bicharracos. Esas patas, alas, colas y escamas enganchadas en una carrera de placer. ¿Cómo eyaculará un jabalí? Vuelvo a escuchar el ajjj, ajjj, como de ahorcamiento, ajjj, ajjj, como una gárgara ronca y gatuna saliendo del pico curvo del búho. Por el ventanal de la sala veo que al fondo está la vieja casa rodante. No sé por qué está engualichada esa casa que nos dejó más de una vez en medio de la ruta. Está oxidada pero mi hombre dice que todavía puede echarse encima unos cuantos kilómetros y que podríamos irnos los tres al mar. Yo temo que vuelque y se liquide el bebé. Liquidar al bebé entre los dos. Entre las dos y las cuatro de la mañana viene lo peor, después afloja y vuelvo a hacerme de comer. Pero entre las dos y las cuatro me dan ganas de zarandearme. Veo el picaporte abrirse solo. Me veo yendo al bosque y dejando el cochecito cuesta abajo. Ajjj, ajjj. Por suerte suena el teléfono. Amor, ¿a qué altura estás? ¿Doscientos ochenta kilómetros todavía? Ah, ¿te comiste el menú en McDonald's? ¿Y después cargaste nafta? OK, llámame desde la próxima estación. Beso. Beso. Los llamaditos desde la ruta me entrecortan la chifladura. Vuelvo a ver si mi bebé duerme. Le pongo sus muñecos por orden de llegada. ¿Mi querido cónyuge irá a un hotel berreta con una empleada del automac? Camino por la casa en patas. Voy a hojear algo. Mi biblioteca está llena de libros sin leer que compré para el embarazo. De pronto, no soy buena en la cama, él lo sabe, me digo de la nada. Por eso habrá ido a un hotel de ruta y paredes descascaradas con la empleada inculta que se mueve arriba dando saltos

mejor que yo. A mí me gusta pensar en el sexo, no hacerlo. Siempre fui buena en teoría y reprobé la práctica, por eso no sé manejar pero me sé de memoria las leyes de tránsito. Intento concentrarme en Virginia Woolf regalo de mi hombre pero tengo demasiada leche. ¿Por qué duerme tanto? ¿Por qué no se aviva? La muerte en un hijo es ciencia ficción. Voy a verlo. Salgo de la casa, una Ferrari roja pasa a gran velocidad. Me quedo parada en el portal con el telefonito en la mano. Dicen que las ondas dan cáncer. Mi mano está en estado terminal. Ya debería estar por llamarme, siempre lo hace cuando llega a la siguiente estación. Melisa, la chica soltera con dos hijos que vive al lado tiene la ventana abierta y la luz encendida. Me parece que llora o está gimiendo. Se gana la vida mostrando el culo, un hombre en algún lugar va a ponerle en el Chat «¡Oh, Señor!, qué delicia», y pagará más para seguir viendo su raya. ¿Por qué no suena el teléfono? El cliente querrá lamerla, ella se unta, el tipo chupa el monitor desde su apartamento céntrico. Miro al perrito sin raza atado enfrente, me saca la lengua. ¡Suena! Amor... ¡Hoooola! ¡Holaaaa! ¿Estás tomando un café de máquina? ¿Qué comiste? Bueno, te espero despierta, yo también, chau. Beso. Beso. Ya está, llamó. Le puse la voz que hay que poner. Le pregunté lo mismo de siempre, ¿qué comiste? ¿Por qué las mujeres preguntamos a nuestros maridos qué comiste? ¿Qué mierda queremos saber preguntando qué comiste, si cojieron? ¿Si son infelices con nosotras? ¿Si piensan en abandonarnos diciendo que van a tomar un helado? Camino esquivando ortigas y bajo al bosque. A cierta hora aparece un ciervo que se me queda mirando de una manera brutal como no me miró nadie nunca. Quisiera abrazarlo, si fuera posible. Más tarde leí unas páginas, después del embarazo leo cada vez más lento una página y me torro. ¿Pero qué es ese suspiro entrecortado como un suspirito?, ¿la vecina de pelo teñido de rojo exponiendo su agujero o el perro en celo? Esperar a mi cónyuge es un suplicio. Debería cocinarle algo para cuando llegue pero no sé. Siempre cuenta la misma anécdota. La vez que vinieron mis suegros a pasar el día y yo preparé el almuerzo. El menú: croquetas de arroz con arroz. Y todos se ríen de mí. No todos, el bebé no. Pero, antes de que el bebé existiera, todos. A carcajadas. A veces quiero que lllore para poder colarme en su cama sin culpa y descargar las tetas. Los días sin mi marido estoy agresiva. Me la agarro con los débiles como la enfermera gorda que viene a dar inyecciones anticoagulantes al enfermo que tengo como vecino. La señora llega en su autito blanco todas las

mañanas a las siete en punto. Nunca la vi hacer un gesto distinto. Apaga el motor, baja del auto y camina hasta la casa como solo pueden hacerlo los empleados públicos o las enfermeras a domicilio en un paraje perdido como este. Hoy saqué la basura en punto y le eché una mirada de asco al pasar. Ella me saludó como una persona civilizada y yo le gruñí. Le levanté el tono dando unos pasos hacia ella y me dispuse a irnos a las manos. Y ella se achicó. Pobre gorda seguro pensó que venía de algún país en guerra. Yo estaba despeinada, con una remera de mi hombre de cuando jugaba al básquet que me hacía un cuerpo que no tengo. Seguro pensó que le iba a bajar los dientes de un cabezazo. La miedosa se apuró a entrar en la casa del enfermo, frotarlo con alcohol y colocarle la inyección. Me pongo altanera con las cajas de supermercado, los repartidores de pizza y las manicuras. Les grito en público, me gusta armar escándalos, rebajarlos, mostrarles cuán temerosos son. Porque son eso, gallinas, ¿cómo es que ninguno me trompeó? ¿Cómo es que ninguno llama para que me deporten? Es tan obvio que tienen razón, que la que busca roña soy yo, que ellos hacen su trabajo y no molestan a nadie. Los días que mi marido sale de viaje pongo un bebé de plástico en el asiento trasero del auto en pleno estío. Me divierte ver la cantidad de vecinos y empleados estatales que se alarman. Me gusta mirar sus reacciones de buenos ciudadanos, de héroes queriendo romper el vidrio y salvar a la criaturita de una muerte por asfixia. Me entretiene ver el camión de los bomberos llegar al village con la sirena. Infradotados. Y si quiero dejar en el auto bajo cuarenta grados de sensación térmica a mi bebé lo hago. Y no me corran con que es ilegal. Si quiero optar por la ilegalidad, si quiero convertirme en una de las tantas congela-fetos lo hago. Si quiero ir a la cárcel veinte años o huir, es una posibilidad también. El otro día la vecinita rubia le decía a la enfermera que en el pueblo, pero del otro lado del río, un tipo había *violado sexualmente* a una niña. La conversación siguió su curso como si nada. Yo sola pude haber elegido para criar a mi hijo esta fauna llena de fans de punk rock consumidores de ácido, con moretones allá y acá producto de caídas accidentales y de lugares comunes de la autodestrucción. Yo digo, si te faja tu marido o tu padre, asumirse. Habría que rugirles en vez de decirles buen día. Degenerados. El parloteo o mejor dicho el solipsismo al que me tengo acostumbrada dio sus frutos. Ahí escucho el motor de mi marido. Ya mismo el portal y sonreír. Ahí va, está entrando el auto..., maniobra esquivando una piedra, yo voy de un lado a

otro, estoy impaciente por que salga y me bese, por sentir su olor a tabaco en los bigotes. Nos besamos. Como todos los esposos sin lengua. Entramos, deja la valija con los productos no vendidos y los de muestra. Apila mejor las cajitas, muestra los fajos de diez. Cuatro mil en fajos de diez, guau. Lo ayudo a sacarse la campera. Le caliento su segunda comida de la noche en el microondas del que salen chispas. Se me pasa, me quemo al agarrar el plato. Nos sentamos a la mesa. Nos miramos y conversamos, todo entre comillas, eso no es mirarse ni conversar. Al rato lo veo salir, él dice que necesita mear afuera que quién puede mear adentro. Es adicto al aire libre, no sé qué le pasa con el puto délo. Le gusta cuando es azul y es feliz cuando no hay nubes. A mí me da lo mismo estar a la intemperie o enclaustrada en un baúl. Por fin el bebé me vacía la derecha y la izquierda. Mi marido mira dibujitos animados para tener la cabeza en blanco. Le voy a hacer una caricia y se queja porque le corté el bostezo. Después apagamos una a una las luces de nuestro rancho que todavía ventea cuero. Estaba en una maratón masturbatoria cuando volvió el ajjj, ajjj y me desconcentré ajjj. Salí a mojarme la cara y lo pesqué, a él también acalorado. Cruzamos apenas una mirada y cada uno volvió a lo suyo.

Mi último recuerdo del embarazo es en navidad, con toda la familia de mi marido presente venida de pueblos todavía más perdidos que este. Se me revolvía el estómago, mi bebé se movía a una velocidad poco normal, la gente cruzaba los dedos para no tener que salir corriendo y terminar de comer el pavo con manzana. Yo estaba en el salón frente al fuego, no recuerdo haber hecho nada extraño que delatase mi desesperación. Hacía rato que contenía todo en un, yo pensé, progresivo pero sutil balanceo cuando, repentinamente, fui invitada a sentarme y tomar algo fresco. No sé en qué momento el deseo de morir se ve amenazado por sentar el culo en la silla y tomar agua. Gracias abuela, no se moleste: pero igual me sentaron e igual me trajeron el vaso con agüita fresca. Este grupo de gente que vive a mi alrededor terminará por darme un ataque. Me gustaría tener de vecinos a Egon Schiele, Lucien Freud y Francis Bacon así mi hijo podría crecer y desarrollarse intelectualmente viendo que el mundo al que lo traje es algo más interesante que este abrir las lumbreras desde donde no se ve. Apenas todo el resto se escapó a deshincharse a los cuartos escucho a mi suegro cortar el pasto bajo la nieve con su nuevo tractor verde, pienso que, si pudiera linchar a toda mi familia para estar a solas un minuto con Glenn Gould, lo haría. Después lo vi sentado en su escritorio controlando los tickets del mes del supermercado. Releyó el precio de cada producto y verificó con la calculadora si eran correctos. Cuando terminó de hacer sus cálculos en su cuaderno de gastos mensuales el velador ya no le servía. Cenamos otra vez todos juntos, recuerdo ahora haberlo visto a contraluz la imagen cansada de un hombre normal creyéndose excepcional; después se lavó la prótesis y se fue a acostar. ¿Y eso es un día vivido? ¿Eso es un ser humano viviendo un día de su vida? En su habitación hay un rifle y varios cartuchos en la rinconera de luz. Yo siempre digo que no me voy a hacer matar en mi cama. Sí escucho ruidos, armo el fusil y bajo. Y si se hacen los malos, tiro. A los pies, decía aspirando la saliva que siempre le quedaba atascada. Mi suegra me miró durante todo el día con aire afligido. Ya no sabía qué más hacer por mí cuando golpeó a la puerta de madrugada y entró

tímida con otro vaso de agua y una pastillita verde y blanca. Gracias, dije, y apenas salió la tiré al fuego. No me gustan los efectos secundarios. No me gusta la antidepresión. Lo único que podía hacer en esos casos era abrazar mi vientre y esperar. El bebé dormía adentro envuelto en tripas, ajeno a mí. Tampoco él me ayudaba en esos días. Ni bien terminó el ritual de las copitas alzadas y los buenos deseos traté de huir de la vista de mi esposo que ya tiraba dardos al blanco en la terraza. Cada vez que erraba el tiro decía ¡uuuh! Después de atravesar el salón de papeles de regalo, moñitos y espumaderas, me acerqué a la pila de ropa para el nonato pero no llegué a acomodar nada. En cambio, caminé al bosque agotada por las contracciones. El dolor vuelve ahora y se me echa encima como un perro. Las preguntas de aquella navidad me perforan con más fuerza que las descargas de los cazadores. ¿Estuviste viendo ofertas de trabajo? ¿Piensan poner al chico en la guardería? ¿Están pudiendo pagar los impuestos? ¿Y la obra social? ¿Necesitan ayuda? Ya llegué. Solo en casos de emergencia bajo hasta acá de noche. Cómo puede mi suegro haber pasado la tarde de un 24 de diciembre releendo los tickets y tener un fusil bajo la almohada. Cómo puede mi suegra hablar tan bajito, caminar con pasos tan cortos, ser tan modosita y ofrecerle un Prozac a una futura madre. Cómo pueden mi suegro y mi suegra dormir entre las mismas sábanas, acolchado y cubrecamas, entre las mismas paredes empapeladas durante cincuenta años. Mi marido dejó las flechas y salió a buscarme en el terreno boscoso. Avanzo y me interno en el enjambre de troncos y cogollos. Soy una, mi cuerpo son dos. Entre hileras de humo veo a un grupito de marginales gitanos que acampa en el estanque nevado con una casa rodante tan precaria como la nuestra. Ahí los veo fumar y reír en otro idioma sobre la escarcha helada. Por la mañana, mis suegros se quejarán de las latas de cerveza y las jeringas tiradas. Más allá están los panales de avispas de miel salvaje y un camino que lleva a la auto-ruta. Después del diluvio salen enormes cantidades de hongos que ahora veo pudrirse. Quisiera que la primera palabra que diga mi hijo sea una palabra bella. Me importa más que su obra social. Y si no, que no hable. Que diga magnolia, que diga piedad, no mamá o papá, no agua. Que diga devaneo. Mi esposo me encontró saltando sobre un charco. Me dio vergüenza, dije que estaba lo más bien y volví al trote al hogar.

Mi primer recuerdo con el bebé fuera de mí es en la galería de mi casa. Cae la noche y empieza el declive, la agitación, un estado alterado. Me da miedo el daño que le pueda hacer al recién nacido y por eso me quedo en la silla de mimbre contando luciérnagas o la cantidad de veces que se oye el grito de algún animal. Sin ir a sentarme a la mesa cuando me llaman para comer, todavía restos del festejo navideño, ni frente a la chimenea cuando la familia se reúne como ahora. Oigo los tenedores entrando en las bocas, los escucho tragar mientras voy perdiendo la cabeza, pero ni siquiera sé si es así. Nadie lo sabe. Ni yo, ni mi hombre, menos un médico. Mi suegra es adicta, estornudo y ya quiere llamarlos. Los ama, los idolatra. Creo que dice médico y se moja. No sé qué cree que puede hacer frente a un páncreas destruido. La cabeza se me aplana, se pierde en la orilla. Cuando me digne a entrar la comida estará fría en la mesada y habrá una nota de puño y letra «Que cenes rico, te amo». Al final de la noche tengo tanta rabia acumulada que podría beber hasta el paro cardíaco. Eso me digo pero no es verdad No podría bajarme ni media botella. Esto son mis días, un atascamiento continuo. Una lenta perdición. Ahora mi suegra está sirviendo el postre, la cuchara raspa el fondo del bol. Peras al coñac, o al chocolate. La gente ya no se pregunta por qué no me siento con ellos. Por qué ya no comparto la cama, ni la mesa, ni el baño. A veces salgo a dar patadas al aire y aunque descubriera que mis suegros me espían desde la ventana, seguiría. Ya conté tres luciérnagas y debe haber más. Desde acá fuera me doy cuenta y por eso no entro. La muerte está presente en el fuego, en la alfombra, en las cortinas, en el aire encerrado de los muebles de campo y en la vajilla de azogue. En el jarrón sin flores. La muerte exuda de los paraguas apilados cerca de la puerta. Me acuesto y me levanto tantas veces que no sé cuándo ocurrió cada una El bebé es tan chiquito que se pierde entre las sábanas, como un pez diminuto. Todos vestirán de negro, incluso los niños. Esta noche me asusta, pondría a Glenn Gould de fondo pero a mi esposo la música clásica lo duerme, me palma, amor, dice. Que mi suegro haya muerto mientras dormía no hizo más que agravar mi suerte. Siento este

cielo como un telón de pana que no deja ver. Yo lo intento miles de veces y cada vez se cierra más. Y su última frase antes de acostarse. «mi nieto seguirá mis pasos», de intrascendente espíritu épico, tampoco ayuda mucho que digamos. Frente a su tumba vi con extrema nitidez sus dientes. Siempre le dolían o se los estaba limpiando con cepillito mientras te hablaba. Algunos pocos lagrimeaban detrás. Otros se sentían en la obligación de respetar una distancia prudente con la fosa. Ya está. Ya es un hombre que pasó. Listo. Como un caballo por un pueblo donde nadie recuerda el retumbar del animal. Yo abrazo a mi hombre mientras el bebé recién nacido les sonrío a las tumbas. Pensé en mi suegra mientras abría la casa para airearla. Tirando los anteojos. Oliendo a su querido en el respaldo de la silla mecedora donde dormitaba. Mi suegrita. Cocinando de ahora en más en las mismas sartenes donde le hacía sus huevos fritos y su avena. Regalando las medias de su esposo entre los vecinos, quién calza como él. Mientras lo bajan en su ataúd la veo yendo del baño a la cama, la escucho hablar, toser, roncar. Su camisón deja ver sus pezones marinos, oscuros, sus tobillos abultados. Mi suegra con la mano en la boca, abrazada a la chata de su marido. Y después mi suegra en cámara lenta, una anciana agitada al abrir una puerta corrediza o al cerrar una claraboya. Ella le cuenta a la familia que antes de morir su amor la empuñó muy fuerte, pero que después el médico le dijo que fue solo un acto reflejo. Ahí fue que me sentí cerca de ella por primera vez.

Ahora hablo como él. Siendo él, pienso en ella y se me seca la boca. No sé qué hace tirada como un despojo entre la hierba densa y ligera, boca arriba. Tiene la misma remera de ayer. Rosa, sin mangas. El mismo pantalón negro de la semana pasada. Ve todo. Ya le conozco todo el ropero dice. Se pone botas de plástico aunque no llueva. Viste polleras acampanadas que le hacen una cadera que después, con los shorts de jean, se nota que no tiene. Se ata el pelo en un rodete tirante con un aire a falsa bailarina clásica a punto de salir a escena. Le conozco las posiciones, se sienta encorvada, con la cabeza caída entre las piernas. O se acuesta, como ahora, y parece que alguien la dejó tirada ahí. Come con la mano, directamente de la fuente, pero eso cuando está sola. Lleva pañuelos enredados al cuello, parece una mujer birmana. Se le ven los breteles del corpiño. No puedo olería, ni saber si respira agitada. No sé qué se siente al tocar su espalda. No tengo detalles. La vez que estuve más cerca fue cuando arrimé la moto al portal, pero el motor la asustó y aceleré. ¿Me habrá mirado, me pensará? Los ojos son lo que más me intriga. No tener claro qué ojos tiene; diría que son grises, pero a veces se mimetizan con el heno. ¿Cómo será tener sus ojos sobre los míos? Sí puedo afirmar que tiene hombros grandes, dedos finos, que casi nunca se ríe, que los pasos que da al caminar son tan largos que parece que integra un desfile militar. No fuma. O al menos nunca la vi fumar. No escucha música, por lo menos no durante las tardes casi noche en las que paso a la salida del trabajo, con la boca seca, media hora antes de sentarme sobre la moto y ponerme el casco. Media hora antes de saber que la veré sentada en una hamaca con su bebé. Rubio como ella. Delgadito y largo. Lanzándolo por el aire y atajándolo con torpeza en la caída. Aunque una vez no llegó. La veré llorar, enfurecerse con la boca. No sé su nombre ni su edad, ni nada. La escuché cantando con voz grave y barroca una ópera, se nota que no nació acá, pero dónde, cuándo. Si me hubieran contado la historia en el trabajo diría que no es posible. Un hombre como yo. Responsable del servicio de radiografías del centro de salud de la ciudad. Radiólogo matriculado en la universidad pública camada año '83. Casado y

con una hija especial, de capacidades diferentes, tranquilo, hombre de su casa. Nacido y criado en la ciudad más próxima. Hombre que vivió toda su infancia y adolescencia en el mismo departamento, al centro del país. Embobado con una mujer de polleras acampanadas que pasa sus tardes echada como un anfibio en el césped de su jardín. La veo el tiempo que la velocidad mínima me permite, esos segundos fatales. Pienso en ella y tengo arcadas de deseo. Un hombre como yo, no especialmente bueno, pero tampoco un diablo. Un hombre como yo al que le gusta acariciar el pelo lacio de su mujer, hacer el amor despacio, cuando la nena duerme, respetando sus tiempos, sus días con la regla. Un tipo despierto, entretenido, pero que no le busca la quinta pata a nada. Y ahora, con las balizas en la banquina, acosado por esta sequedad en la boca cuando de regreso a casa tengo que pasar por su portal y verla, confundida con las flores. Y esas imágenes que duran los veinte kilómetros que la separan de mi casa. Imágenes furiosas pegadas a mi paladar. Ella entre las espinas. Ella, una visión alucinada y naranja y yo un zorro loco al costado de la ruta. Las granjas y corrales pasan, se escucha el cacareo y luego el gallinero. Los mismos de siempre me saludan con las manos en la tierra o en las tetas de las vacas o subidos a un árbol con una cortadora. Ese ambiente familiar de pertrechos, bosta, engorderos y perros de caza corrompido por esta imagen que arrastro como un despojo hasta el hogar. Esta imagen que crece en mí haciendo estragos. El horror de este deseo. Querer arrancarle el pellejo. Le digo hola con la mano a mi hermosa mujer que saca espinillas del jardín con guantes, pero la imagen sigue también cuando estaciono y entro. Una aureola que se expande. Mi árbol desabrido y sin hojas se torna voluptuoso. Y cuando tengo en brazos a mi hija. Incluso cuando le doy de comer en la boquita y la baño. Y más allá. Mucho más. Esta madrugada lloré por ella en el suelo de la cocina, golpeando los azulejos, deseé tener sus falanges, sus caderas, su culo conmigo. Me engañé a mí mismo pensando que era lo más bajo a lo que podía llegar. Una imagen te envenena, los ojos de un búho y ya es tarde. La pongo contra la pared, deshago el rodete con los dientes y la ahorco con mis besos.

¿Qué querías que hiciéramos con tus cenizas?, le preguntó al marido cuando sus pulmones no daban para más. ¿Eh?, dijo perdiendo la audición. ¿Querés que te entierremos o que te esparzamos, papi?, tuvo que gritar. Me da lo mismo contestó. Y no le interesó dejar dicho eso ni ninguna otra cosa. Una segunda muerte diaria vivía mi suegra que seguía poniendo en el lavarropas los pantalones sucios de su marido. Su casa era un gran bloque de cemento macizo con vista al campo abierto de pastizales secos y maíz detrás de una hilera de huertos. El sendero de asfalto que llevaba a su casa estaba sucio, el aire teñido de humo cancerígeno. Alguien quemaba cables de cobre para revenderlos. Los topos hacían agujeros profundos también en su tierra transformándola en un campo minado. Mi suegro solía decir que había que tomar una solución final al problema poniéndoles botellas con gas a la salida de sus casas, la *shoa* de topos. Ella seguía cocinando para dos, cambiando la funda de las almohadas, cosiendo sus calzoncillos rotos en la entrepierna. Por la mañana, todavía despierta de la noche, yo pasaba con el cochecito y la veía sentada, aturdida con la cabeza dentro de una campana. Vivía en su cuerpo como quien entra a una casa invadida e intenta atravesarla sin tocar el suelo. El único momento de paz, ella decía, era el sueño. Esa dispersión del espíritu. Pero tenía graves trastornos para dormir y era sonámbula. Una vez se paseó en camisola por la aldea al grito de ¡fuego!, otra vez usó los zapatos de teléfono y habló con Dios; eso, cuando no pasaba la aspiradora a las cuatro de la mañana. Vi que desayunaba un pan blanco que llevaba días en la cocina. No miró la fecha de vencimiento de los remedios que empezó a tomar el día del entierro. No espantó las moscas ni sus huevos anidados dentro del frasco de mermelada de castaña casera. Miró sus dedos que llevaban el pan a la boca como si fueran de otro y se atragantó porque para el que queda el tiempo no pasa siempre es limbo. Como una camisa mojada, húmeda sobre el cuerpo, algo que no se va ni se despega. Y aunque su eterno compañero no pasara largas horas incrustado en ella, tardes enteras, veranos, aferrado a ella ni días de campo entrándole, saciándola; aunque ni siquiera pensara que ella tenía calenturas, de tan

ahuecada que andaba, era su compañero. Él pensó que su mujer en vez de vagina era como una piedra al fondo de una gruta lo que tenía. La pensaba siempre cubierta con esos chalcitos que bordaba. Se acostumbró a amarla como si hubiera nacido así. Y ella también. Y, cuando vio el cadáver limpio de su esposo, se impresionó, porque antes de ser cenizas tuvo la forma de un cuerpo nacido en el otoño de 1940. La pedantería, los monólogos que hacía sentado en la cabecera de la mesa, su risa sobre el tractor en marcha, terminó encerrada en un cajón de pino. Y allí se fueron los secretitos, las escapadas al burdel de la zona, la vez que metió la mano pesada en la pollera de una colegiala en el bus del pueblo y lo comentaron todos. Ahí se fueron también sus proezas en la armada, los muertos que anotaba en su ingele, el juego de cartas en un camarote de tren a los treinta y dos años, la vez que la hizo mearse de la risa y ella tuvo que correr a cambiarse. Fue un velatorio cualquier, una despedida corta Excelente padre y esposo, dijeron los invitados. Excelentísimo. La gente se fue en procesión a comer al parador donde el difunto era habitué. Allí pasaba los mediodías tomando sus cañitas y sus aperitivos, allí contaba con gracia sus leyendas en el frente. El cortejo lo recordó entre sus camaradas. Su viuda lo deschavó diciendo que solía quedarse en la oscuridad total del living sentado horas frente al árbol con luces. Y no era tanto la muerte concreta de mi suegro lo que me impresionaba más bien la pérdida de sus palabras, en mi puerca vida, sus calificativos soy un superdotado, el tono ensalivado y pastoso. Tanto clavarla acá y allá, tanto recuerdo osado de la guerra, tanto desenfreno, y al final ni siquiera dio para decir una oración.

La noche estaba alta, negra, suave, sobre nosotros. Una oscuridad hosca y pretenciosa. El ventilador giraba. Mi niña maravilla soñaba dentro de las redes blancas, blandita como un pez sin escamas. Estaba obsesionado con dormir, hacía horas que mi mujer volaba a mi lado y que los espirales antimosquitos se habían desintegrado dejando ese olor a viaje adolescente. Me levanté y fui en puntas de pie hasta la puerta llevándome la ropa colgada del respaldo de la silla de hierro. Me vestí a oscuras en el pasillo. Me llevé los zapatos en la mano y me até los cordones con moño bajo el cielo abierto. Empujé la moto hasta la calle y encendí el motor una cuadra más lejos. Vi los árboles talados de un hachazo hueco. Vi los cráneos agujereados de los conejos esparcidos como florecitas en la entrada del bosque. Vi un grupo de mariposas nocturnas que revoloteó sobre mi cabeza y entraron en mis oídos y el cuello de mi camisa. De a poco lograron embrollarse en mi pelo y se metieron en mi nariz. El aire fresco, de cerro, de ruta, no me dejó menos sofocado. Avanzaba por la carretera cruzando hombres pacíficos con carabinas y machetes. Me acercaba a ella dando grandes saltos. Pasé las casas previas. La de ventanas tapeadas, la de las rosas artificiales, la de los perros gemelos siberianos. Apagué el motor, dejé la moto inclinada sobre la hierba y avancé hasta su portal. Caminé ida y vuelta viendo y no viendo el interior del jardín y la casa. El follaje me dejaba distinguir solo cascajos. De la oscuridad plena salió una luz. Alguien acababa de despertar. O sería el bebé sacudido por imágenes del sueño. Puse la mano en el picaporte y entré por primera vez en su territorio. Su casa frente a mí me pareció un paisaje. Mis zapatos se aplastaron en la tierra. Di varios pasos cuidando de no ser visto desde ninguna de las dos pequeñas ventanas del frente. Toqué la pared como partida por un rayo y llegué a la parte trasera de la casa. La luz seguía encendida pero no se oía más que el shhh agresivo de la lechuza. Esperaba verla bajar por el aire poseída por espíritus en camisón blanco. Esperaba verla surgir desde la ventana con ojos rojos. O flotando sobre el tejado vestida de negro. Estando ahí en su zona pude sentir el odio que le escarba el vientre y rogué porque

no me contagiara la depresión de tener que vivir. Es infecta la muy puta. Y tan linda. Otra ventana se abrió dando un tajo brusco a la pared. Estaba demasiado asustado para huir y me quedé esperando que algo pasara. Que saliera el marido o que un perro me mordiera. O que fuera ella y entonces el miedo era mayor. Oí golpes crujientes en una escalera de madera. Sus pies eran garras de metal. Su pelo largo hasta el piso hecho de partículas. Seguí parado como un poste con los pies mojados. Ella salió. Avanzó hasta mí montada en el aire, pero retrocedió en medio de una corriente y al detenerse abrió la boca magna como para gritar pero no salió ningún sonido. Era difícil contenerse. Así como estaba era irresistible a pesar de estar a pasos de la fosa séptica. Incluso con toda la violencia sexual y mis ganas de atracarla, de aspirarla, no me moví. Ella tampoco. Yo diría que nos conocimos en ese momento entre sombras. Eso fue contarnos la tragedia de nuestras vidas. Eso fue hablar del pasado, de por qué estábamos en este pozo, en este bicherío, de qué es lo que nos lleva a escapar en medio de la noche. Agarró un cuchillo y córtate la boca, me dijo y obedecía mientras ella entraba en la casa galopando y aun de espaldas me miraba sangrar. Yo escapé sobre la moto despertando a todos.

Estoy en la sobremesa. No queda más que mi vaso, ya se levantó todo. Los platos están lavados en el escurridor, la sal en su lugar, mi esposo se fue a acostar. El perro nuevo se mea. Sé que tengo que levantarme, pero no lo hago. Estiro las piernas sobre la otra silla. Me adormezco chupando un escarbadientes. Va a mear debajo de la mesa pero no me levanto. Mi pantalón está desabrochado. Desde acá disfruto del horizonte que se abre al final del campo con sus fardos redondos de heno, o será que tengo vista de lince. Puedo ver no solo la sombra de los árboles, su retrato, también los parásitos que se pegan a los troncos. Puedo ver bajo tierra eso que vive cuando nosotros dormimos. A esta hora en el río pasan vacas flotando con las patas duras hacia arriba, sorprendidas por la corriente en el momento de beber. Esos cadáveres vacunos que vistos desde el puente colgante son piedras u hombres. El perro todavía sin nombre tironea del mantel y rompe mi vaso de vidrio. Ahora se mea y tiene rojo el hocico. Habrá que bautizarlo, para mí con decirle perro alcanza pero mi marido insiste en llamarlo de otra manera, en integrarlo a la familia. Yo también me hago pis, pero sigo sin moverme y tengo calambres. Algo que detesté siempre de la vida campestre y que hoy saboreo es que uno se pasa el día asesinando. Con el café matutino aparecen las arañas en la pileta, ahogadas ni bien abro la canilla. Algunas más vivarachas se repliegan un buen rato, resisten cerraditas en flor, son las que me animan a abrir la caliente y terminar de reventarlas. En el momento de untar el membrillo llega el turno de las moscas que nos vienen siguiendo desde la prehistoria y ya es momento de que se extingan. Las encierro en el frasco con un movimiento ágil sobre la tapa a rosca. Después me siento con el bebé en las rodillas a verlas patinarse en el dulce. Tirada en la hamaca electrocuto abejas y alecciono a la avispa que intenta probarme. Con mi hijo agolpamos grupos enteros de hormigas dentro de cajas de fósforos que después prendemos. Al parecer largan rico olor porque el bebé aspira. Yo no siento nada. Después salgo a pisar lombrices y saltamontes. Pero el mejor momento es el de las tacitas con cerveza que pongo en la terraza, no muy llenas, para que tengan que

agacharse a beber las babosas marrones. Cuando paseo por las noches encuentro toda una reunión de babosas borrachinas dentro del líquido, en los alrededores e incluso debajo del recipiente. En el baño, sentada en el inodoro, me gusta tomar el escobillón y barrer de un saque las telas de araña del techo. Se meó. No pienso pasar un trapo, yo nunca quise adoptarlo, es mi marido al que le dio lástima cuando volviendo del supermercado lo vimos acostado en medio del camino. El charquito se extiende hasta la puerta y pasa por debajo. El perro va lamiendo hasta que se topa con las pantuflas de sujete, recién despierto. Perro obsecuente lamedor. Perro adoctrinado. ¿Qué hay?, pregunta azorado el dorima al ver pis y vidrios. No es para menos, yo si fuera él también me azoraría, pero soy yo y sigo sin levantarme. Él da una vueltila a la mesa, echa un vistazo y me interroga. Ya sé, digo. ¿Qué sabés? No me hagas decirlo, si digo que ya sé, es suficiente. Y, la verdad que no. Qué hacés ahí sentada, no ves que el perrito se está meando, pobre criatura. ¿No ves que estás pisando vidrios? ¿Por qué tenés el pantalón desabrochado? Sentí lástima por él, casado con alguien con el pantalón desabrochado. ¿No puedo?, pregunto. ¡Sabés bien que no se trata del pantalón! ¡Quiero poder estar con el pantalón desabrochado si quiero! Vení, dice abriendo los brazos. No. Vení. No. ¿Por qué no? Porque sí, no. ¿Qué hago, barro? Hacé lo quieras. ¿Vos te quedás ahí? Sí. ¡Podrías empezar a cuidar mejor la casa! ¿Sabés lo que encontré en la cocina detrás de la garrafa? Una rata disecada y lombrices, ¿hace cuánto que nuestro bebé come de ahí? ¿Y vos?, retruco. Deja de tirar tu ceniza en las tazas, en los platitos, por ejemplo, hace cuánto que nuestro hijo come de ahí. ¡Compra ceniceros entonces! Entonces se va afuera, el sumiso lo sigue y oigo que el rope descarga el resto del chorro que quedó atravesado en su vejiga. Él toma el escobillón vuelve y barre intentando no lastimarme, pegando patadas suaves para espantar al perro. Yo sigo mirando la mesa vacía. Ni rastros de la cena. Ese momento del día, en cualquier lugar, cuando la luz cambia, cuando hay una declinación, los objetos se rompen o se los llevan. ¿Vamos afuera, amor? ¿Para qué salir, amor? Está muy encerrado acá, amor. Afuera también está encerrado. Él me mira y sale. Sé que tengo que pararme, que esta vez no hay opción. Pero, como cuando me clavo la uña en la encía para que se hinche, me quedo acalambrada en la silla frente a algo que se desintegró. Esa cena, ese tiempo en que comimos hace menos de una hora, una foto de familia de varias generaciones, siete hermanos parados en

una escalera sonrientes, ahora todos muertos. Me quedo atrancada ahí, me quedo como detrás de una puerta, esperando a que abran. Escuché que el motor dio un bufido y supe que era el ultimátum. Mis manos hicieron movimientos violentos como si fueran a despedazar y todavía seguí ahí el tiempo suficiente como para que se recalentara el motor y mi esposo dijera j., cha de tu madre! Me levanté rígida. El auto en marcha, con el perro en el asiento trasero, me hizo luces. Dejé la puerta abierta. Me asomé por la ventanilla. ¡Tiene las patas mugrosas sobre la sillita del bebé, decíle algo! Bueno, ya las va a sacar, su bite. No me hagas ir de paseo. ¡No estoy jodiendo ahora! Vamos a charlar, esto no puede seguir así, vos no te das cuenta de nada, creo que dijo o quiso decir. Yo tampoco tenía lucidez para discutir. Hacía el frío que hace cuando ya no son las dos/tres sino las cuatro/cinco. El bebé, dije. El bebé está perfecto, yo estoy mal. Cuando él decía eso era porque estaba furioso. Bajé el copete y entré. El perro manchaba la casita del bebé, su cucha dentro del auto. Y después, ya en otro pueblo, oímos el rock mal captado de la radio municipal. La bruma borrando los tejados, los establos, las vinerías. La bruma de madrugada como un velo turbio cubriendo animales dormidos, tambos, parroquias. Mi esposo se pone a tararear y silbar un tema en inglés. Temazo, dice y sube el volumen. The Smiths. Para él soy una extraterrestre porque no los conozco. Porque me parece de retrasado mental escuchar rock. Porque no me emociona la guitarra. El perro duerme con el hocico entre las patas. En el estribillo, *And when a train goes by, it's such a sad sound. No..., It's such a sad thing*, se le fueron las manos y apenas alcanzó a pisar el freno. Un ciervo adulto se vino contra el parabrisas. Cabeza primero y cuerpo después salieron como un bicho volador hacia la izquierda, la marca del golpe quedó sobre el capó. El perro gritó. Yo me doblé en dos, sin el cinturón porque siempre me olvido de ponerlo. A pesar de ir despacio me di la frente contra la guantera y quedé aturdida. ¡Podrías haberte descerebrado! ¡El cinturón, te lo dije mil veces, el cinturón! ¿Todos están bien?, y giró para ver el perro que excitado y jadeante empañaba las ventanillas. Pero, luego, pudo ver que el rope tenía una pata díscola que se movía al ritmo del limpiaparabrisas como si se rascara la cadera. Bajamos, mi marido con la bestia en brazos. La música seguía. El perro se lamió el cuerpo apaleado. El ciervo huyó como pudo, rengueando, como si no entendiera que había sobrevivido. Mi marido miró los destrozos del radiador; después, se acordó y me abrazó. El

humo pesado que salía del auto nos dejó ciegos y por un segundo él besó al perro en la boca y yo el tronco de un árbol caído. Hay que empujar, dijo, pero antes se apartó unos metros y se bajó el jogging. Tengo un marido obsceno. ¿Cómo podés sacarla ahora? ¡Y ahora qué querés!, dijo como los que mascan chicle en un entierro. El animal hizo el trabajo sucio lamiendo los restos del capó. Después se puso a agitar la cabeza. Lo bautizamos Blood pero le dijimos, Bloodie. Lo envolvimos en lo que encontramos y lo atamos con el cinturón de seguridad en el asiento trasero. Empujé mientras él aceleraba y después corrí al auto en marcha. Tanto corrí que pensé que se fugaban. En casa lo encontré parado con las manos a través de los barrotes de la cuna gritándole al guardiacárcel. Mi esposo ya enjuagaba su auto a manguerazos. Bloodie lo seguía, pero con una cara de sufrimiento que no se aguantaba, lagrimeaba, arrastraba la pata, se retorció en la tierra haciendo agujeros. Nos fuimos a dormir. El iiiiii de Bloodie retumbaba en toda la casa. Me levanté desquiciada, cacé la linternita del cajón de herramientas y fui hasta el garaje. Revolví todo, había tanta mugre acumulada sobre las maderas, los muebles en desuso, las sillas con inéditas, solo brillaba el telescopio, enfundado en plástico transparente. No me iba a quedar con las ganas. Salí dejando la puerta entreabierta, el aire helado no tardaría en enfriar la casa. Fui en botas de goma y semidesnuda hasta lo de mi suegra. No estaba en el campo sino en un *spaghetti western*. Tomé la llavecita con llavero de pata de conejo, escondida en una maceta al lado de la puerta y abrí. Si mi suegro hubiese vivido, habría tirado, a cualquier parte, pero se habría dado el gusto. Las camisas planchadas apiladas, los libros en orden en la biblioteca, nada hacía pensar que alguien había muerto poco tiempo antes. Subí por la escalera colgante tomada de las sogas. Ella dormía con la lengua empastillada. Mi suegra era una tabla, los ojos cubiertos con un antifaz y dos algodones en los oídos, sin pechos, un cuerpo asexuado como una mesa envuelta entre sábanas. A su lado, un piano y un dibujo japonés de un islote. Su habitación era nieve. Hice ruido tropezando con sus zapatos de cordones largos, pero ni parpadeó. Encendí una vela. Volví a mirar el piano, quise tocar una tecla. Busqué. Hay gente que necesita ver el océano. Yo necesito ver un arma, aunque esté quieta, sucia, descargada. Cuando mi esposo abrió un ojo yo le estaba apuntando. Se asustó tanto que no pudo soltar palabra. Matálo, dije. ¿Qué, a quién?, iiiiii, iiiiii. Matá al perro. ¿Porqué lo voy a matar? Porque esta sufriendo, ¿Y?,

dejálo en paz. ¿Vos me hablás en serio? liii, iiii. Mañana llamamos al veterinario, dijo y se puso de costado dándome el culo. ¿Llamar a quién? Matálo ahora, dale, dije, sacada. Pero ni se movió y roncó casi tan fuerte como los quejidos de Bloodie. Me quedé mirándolo dormir maravillada ante su eterna cobardía. Escopeta en mano recorrí la casa hasta el rincón de la cocina donde torcido sobre un trapo roñoso sollozaba de dolor. Apunté y sin pensar en nada, pero con actitud de soldado israelí, escuché en mi cabeza que me daban la orden. ¡Fuego! ¡Fuego, carajo!, y disparé el primer tiro de mi vida.

OceanofPDF.com

Los días de lluvia en la ciudad la gente consume cine, teatro, restaurantes; en el campo, se cuentan anécdotas, creen que así combaten el hastío: tras la boda, iban sentados en el primer piso de un micro coche-cama. Viajaban vestidos como en la fiesta, con brillantina en el pelo y restos de papel picado en la ropa. Se habían sacado los zapatos, los de ella dentro de los de él. Iban de luna de miel al sur, a una cabaña al borde de un lago. En el folleto decía «frente a un espejo». Ella dormía apoyada en el hombro de su reciente esposo. Él miraba cómo la ruta se le venía encima. Y las marcas de las ruedas en el asfalto. Y las manchas de combustible. Y los animales aplastados hasta que el pelaje se funde con el pavimento. Y veía las nubes ya no enrojecidas sino grises. Hacía frío por el aire acondicionado, su esposa iba cubierta con su saco, el chofer tosía. La miró y se miró después en el reflejo de la ventanilla con el fondo de la noche rutera. En la estación bajó y la dejó dormida. Le pidió fuego al chofer que fumaba apoyado contra el capó caliente y se quedó soplando humo entre los pasajeros. Caminó por la estación mohosa y vio que, apartados entre los micros, una familia entera comía agachada. Y que varios viejos dormían en una fila de bancos, se preguntó si los viejos se conocían entre ellos. Y que toda una parte de la estación estaba a oscuras. No se lo habían dicho a nadie y el vestido con volados lo disimuló bien, pero estaba embarazada, embarazados, decía ella. En ese vientre iba mi futuro marido. Después vio que el cigarrillo del chofer ya pasaba la mitad y se alejó para que la vuelta fuera más larga. Llegó hasta una casilla de madera entre yuyos, pasó por detrás y abrió la bragueta, pero no salió nada. Estaba seco. Vio que más allá de la estación había un pueblo como sombra. El chofer pisoteó la colilla, se sonó la espalda y él ahí corrió. Los micros no esperan. Subió la escalerita caracol con un hombre que debía tener su edad pero que a él le pareció mucho más joven. Buscó su asiento ayudándose con las manos en el techo. Ella dormía como en una cama la boca entreabierta. Reproducía el gesto exuberante de toda embarazada, las manos sobre el abdomen. Él se acomodó y otra vez se le vino la ruta. Y las cruces con los nombres de los muertos sobre la banquina. Y los basurales

con sus pájaros. Y los cables electrificados llevando y trayendo la luz. Y lloró todo el viaje. Primero, frente a la tierra revuelta de un descampado. Después, en una curva que daba al mar. Más tarde, al oír el galope del granizo sobre el techo. Lloró y lloró. Cuando el micro entró en la última etapa, él miraba todavía el paisaje ahora diurno, sin haber dormido casi. Ella se desperezó, sonrió plena y dijo buen día, amor, sin soltar lo que contenía ya el germen del mío. Este es el relato que escuché del viaje de luna de miel de mis suegros. Esto es lo que quedará para sus hijos y los hijos de sus hijos y más allá. Un perro que hace caca en un paraje y así, inclinado, mira un micro iluminar su mierda y dentro un hombre contra el vidrio, llorando.

OceanofPDF.com

Con una mano sostengo a mi nene, con la otra un raspador. Con una mano preparo la comida, con la otra me apuñalo. Qué bueno tener dos manos. Qué práctico. Ahí me esperan con el auto en marcha, corro intentando no tropezarme, tocan bocina, ¡Ya escuché! Hay una insistencia en que esté con ellos, sentadita en el asiento de acompañante, el cinturón bien ajustado, con la expectativa del paseo dominical. ¿Adonde vamos?, dice mi suegra que ya abandonó el luto y se comporta como una viuda más, una de tantas en las mesas de los bares de aire moderno comiendo masas secas. ¿Adonde quieren ir?, pregunta y siempre es igual. No puedo quedarme callada, solamente mirar por la ventanilla, tengo que proponer un lugar de paseo. Ir a comer papas fritas con aperitivos al río, ver pasar a los veteranos que hacen esquí náutico con esos trajes de buceo. Ir a la ciudad, subir en fila india las escalinatas que llevan al campanario, mirar con la fascinación con que miran los turistas las cosas más pelotudas, una piedra, los techos rojizos de las casas. Ir a la kermese ambulante, a tomar un cafecito al centro, cerca del mercado, con tufo a carne asada. Hay que parecer entusiasmada y hay que hacer que parezca que se vive. Hay que llevar al niño de acá para allá, comprarle globos, hacerlo girar en falso en la calesita, sacarle fotos, porque eso hay que hacer para que tenga infancia. ¡Vamos a donde sea, pero vamos!, dice mi suegra con esa furia del viudo. Recién ahora está volviendo a cortarse las uñas, recién ahora duerme de corrido sin palpar el cuerpo del fallecido, recién ahora desayuna sin mojar el café con leche. Y, claro, quiere pasear. El hijo único lleva a la vieja, lo bien que hace, fuera de esta cloaca. Veo que cruzamos el puente colgante. Mi marido me quiere dar el volante y que practique en las alturas pero no tengo ánimo. Me da vértigo. Abajo hay médanos y familias sentadas en sillas reclinables de playa. Hay abuelos en el día libre del geriátrico, chochos de estar con sus hijos y nietos, hay unas cuantas embarazadas con depresión escondiendo el pucho, hay heroinómanos en rehabilitación, hay de todo. Mi suegra quiere ir ahí. Estacionamos en picada y mi dorima clava el freno de mano y deja en primera antes de que terminemos bajo el puente. Ahí estamos nosotros

también, la familia que sale a ver el atardecer. Como si no supiéramos que el sol sale y se esconde. Todos los días es igual eh. El bebé gatea y mi suegra va detrás con dolor de espalda. Yo me aburro mirando a un cisne que va a flote sin sumergirse mordiendo tallos y plantas acuáticas hasta que ataca el cuello de un perro sobre un bote, tan estilizado era el perro antes con su cuello. De repente, algo salva esa monotonía. Una ola de gente se agita en la costa, un murmullo crece. Se agolpan, se amontonan en dirección al río y veo que por el puente viene un patrullero, y dos, tres. Parece que hay espectáculo de fuegos artificiales, la gente se encima y ya somos todos de la misma familia. Un adolescente gay de trece años se despidió por Twitter y se vino a tirar acá. Antes agradeció el apoyo de sus seguidores. La policía llama a los bomberos y entre todos no hacen uno. Ponen una cinta blanca y roja, pero, obvio, la gente pasa igual. Hasta mi bebé tiene intriga y le permito ver. Yo no quiero perder mi tiempo mirando a una cosa pesada sobre el agua. Ahora causa sensación, adrenalina. Ya vendrá la época en que serán lo mismo un hombre vivo y un difunto. Esa sutil diferencia de ser, apenas perceptible para el conductor de un camión de acoplado que pasa al lado de un hombre que duerme la siesta al costado de la banquina, o al lado de uno recién atropellado. Una diferencia apenas notoria para el camionero, entre un hombre tomando sol y uno en la misma posición con muerte cerebral. Lindo domingo pasamos.

Sobre mí el turquesa del bronce herrumbroso, la tierra otoñal dando vueltas, el sueño detenido. Me visto dormida porque acabo de escucharlo. Salgo de la casa, sin zapatos, no vuelvo, me desplazo con paso animal hasta la tranquera. Que él esté ahí es aparecer lo que pide mi boca. Pedir un relámpago y que el cielo responda. Pedir una textura de arena blanca y que el pueblo se transfigure en playa. Pedir un caballo y que pase, lento, rozándome con el lomo. Lo bucólico campestre, la pequeña entrada al estanque, los frutos caídos de los árboles, un pantano se torna excitante. Lo insulso me embriaga Está parado frente a las rejas que rodean mi casa. Lo miro mientras me mira y sé que después me iré a vomitar a lo largo del bosque Lo miro y sé que después voy a tener pico, plumaje, garras. Al principio como ocurre al principio, no sé si tengo que echarlo o clavarle el rastrillo en el pecho, pero después como disparando destellos plateados en el aire negro nos besamos. Mi marido dormía y el bebé caía de la cama. Una piedrita que resbala de un barranco.

Todo tuvo dos comienzos simultáneos: un sueño nocivo para uno, los preservativos encontrados en la guantera del auto derretidos por el sol de ese último verano infernal, para el otro. Todo siguió su curso con sermones, dudas y pruebas. Nos comimos la cabeza, nos la picoteamos como en una riña de gallos mientras en el aire pasaban aviones militares haciendo ejercicios. Entrenándose para una guerra que ya pasaba. Cada tanto uno giraba en falso y yo veía el ala incrustada en mi pómulos. Ayer soñé que te encontraba en la cama con el vecino y eso que yo no recuerdo nunca mis sueños. Lloré toda la mañana, dice él. Mirá vos y yo encontré preservativos en la guantera, qué hacían ahí. A vos no te parece cómodo cojer en el auto. No contestás lo que te pregunto. Es que no preguntaste nada. Te conté el sueño. ¿Me vas a decir que soñé porque sí? No sé de qué vecino hablás. El que apareció a mitad de la noche, el que pasa todos los días con la puta moto. No sé. Dicen que hay que negar todo, incluso frente a la evidencia. Llegado el caso, niego que yo sea yo. ¿Qué le pasa, qué quiere? ¿Él quién? La próxima vez bajo y le pregunto entonces, a ver qué quiere, yo también tengo mis sospechas, quién no sospecha ¿Qué sospechas de qué? Decime sin vueltas quién es él. Nadie, dije ya dada vuelta. Pero sentía su mirada como una tajadera sobre mi garganta cada vez que se acercaba. No me tomes por idiota, eh. Y yo seguí que no, que no, pero me había envenenado su pelo negro. Algo clásico. Es entrar ahí, descalzas, desnudas, internarnos. Un bosque privado que nos enselva. Si me decís no me voy a enojar, pero necesito saber. ¿Pero qué iba a decirle? ¿Qué se puede decir? ¿Entró en mí como una serpiente entra en la boca de un cocodrilo?, ¿como una serpiente se devora, se lastra, lenta pero irreversiblemente un pájaro? Se hizo un lugar a puro machete. ¿Eso voy a decirle? Y, una vez adentro, escuchó el eco de mi voz. Y en mi oscurecido cuerpo me mató. Me parece que se dio cuenta de que algo malo pensaba porque en un movimiento torpe se aferró a mi brazo y me clavó la uña. Me hacés daño, dije plagiando la cadencia lastimosa de las divas. ¡Decime qué pasa! Pero nadie, nunca, quiere la verdad. Nada pasa. Mentirosa, falsa. ¡Solo decime si te acostás con él y te

dejo en paz, te juro! Y la perorata de los celos, el bla bla bla que destruye simultáneamente al celoso y al celado dio rienda suelta a patadas, golpes, idiota, pelotudo de mierda, loca histérica y demás banalidades. Hasta que corrí hacia fuera de la casa, por primera vez, atravesando el vidrio de par en par. Y toda roja crucé los pastizales como si fueran, una pradera y en el camino atropellé conejos y lechuzas, o ellos me atropellaron a mí. Y me tiré como es costumbre en mi cucha, mi caverna, entre árboles podados. Me parece que mi esposo me buscó y luego se cansó y se echó a cabecear. Yo me quedé arrojada, con las medias húmedas, con la sangre fría y seca empastada al cuerpo con el temblor que iba ganando. Así empezó la larga noche, mirando tumbas hasta el sol. Peinándome y durmiéndome bajo el reflejo de las lápidas. Leyendo nombres de fallecidos que no conozco. Esa fue mi vida o desde entonces iba a ser así. Cuando tengo sexo conmemoro aniversarios de ausentes. Cuando me enamoro, ahora mismo, mientras me sacudo, echo tierra sobre un cajón. Qué importa de quién. Y cuando me masturbo profano nichos y cuando acuno a mi bebé digo amén y cuando sonrío desconecto un respirador artificial. Por eso el beso, porque de todos modos desde hace tanto e incluso desde antes de nacer, y mientras mi esposo anda gritando por ahí de celos, estoy muerta.

Hace días que me tienen curándome los tajos. No me puedo ver entera pero tengo en los omóplatos, en el pecho, en la panza, en el cuello, por todas partes. Son tajitos nomás. Cada enfermero nuevo se toma treinta segundos extra para mirarme sin hacer nada y dejan que lo note. No se trata de eso, pero bueno, digo, no sé. Me alumbran sobre la camilla y me sacan vidriecitos, hojillas, esquiras. Me sacan del cuerpo cristales, espejitos, petalillos, fetas de vidrios. Primero una pequeña úlcera y al otro día, o al otro, aparece un brillantito. Me dan analgésicos y me desinfectan. Me trajeron directo desde el pasto, inconsciente. Es la primera vez que me desmayo y me voy del mundo. Ahora se supone que tengo que caminar lento, ni pensar en correr y poner los pies en alto. Ahora tengo el empeine de una cebra. No vuelva a tajearse sobre la cicatriz, me dicen, y parece que es algo muy usual en los pacientes, esto de insistir. Mi marido entra diciendo toe toe y primero se hace el que se esconde en las flores. Me besa esquivando las cortaduras de la cara que no van a quedar. Algo hay que decir y se me ocurre, no le toqué ni un pelo. No sé de qué hablás, dice. Eso, a él, ni un pelo. Bueno, responde, no sé. ¿Y vos?, qué hacían ahí los preservativos. Qué tenés que hacer tan seguido en McDonald's en vez de volver a casa temprano para estar con nosotros. Buena maniobra, dice, vas aprendiendo y me acaricia, pero, justo, justito, sobre el tajo que tengo en el cuello.

En el piso arranqué una y mil veces el pasto mezclando en mi mano el verde y el amarillo, la tierra y las lombrices. Linda paleta para una pintura macabra. Arranqué y arranqué agitada. Pero no me calmé. Corrí a la casa y en la habitación tiré la silla antigua de madera contra el espejo y saqué la puerta del placard de un golpe y el ala de la ventana de otro zarpazo. Se me estrujan los ovarios y tengo en la bombacha un coágulo que se me escapa por las piernas. No es otro embarazo, creo, es rabia. Corro espásticamente, los tajos tiran. Nunca hice deportes, en la escuela me tiraba del trampolín y caía al fondo del agua sin intentar volver a la superficie mientras afuera hacían la pantomima de la consternación. Mis compañeros que gritaban ¡que se ahogue, que se ahogue! ¿Dónde están ahora? Me aprieto la grasa de la panza que quedó del embarazo, se me ocurre ahora que es de un embarazo perdido, pero no, nada que ver. Son las sobras de mi cuerpo. Mi marido corta leña con el bebé en el cochecito. Escucho la sierra. El niño mira fijamente los pedazos de madera que se quiebran, se desprenden del tronco y caen. El niño mira a su mamá romperse, desmoronarse. Pero sonrío al ver los residuos en el aire y piensa que son copos de nieve oscura sin preocuparse por mí, alegre con la preparación del invierno. Debe pensar que tiene una madre estándar a la que dar los primeros dibujitos del jardín. A su lado, un árbol antes pleno de vida se deshilacha. Nunca estuve tan lejos de él. Cuerpecito sin conciencia. Cabecita inculta. Mamá, yo, corro y me arrojo desde un pozo de lluvia a los altos pastizales no podados donde mi cuerpo quedará tantos años sin ser descubierto y será verdad forense. Mi aliento de búfalo me sofoca. Podría empañar vidrios enteros, los ventanales de un castillo, ciudades espejadas por ríos angostos. Soy una bestia que respira lento y pesado que saca el aire al resto. Miro la noche y me parece un baúl con candado. Un viejo vagón que va al infierno. Busco en el aire tupido la grieta por donde atenuarme. ¿Qué querés de mí?, dice mi marido. ¿Qué necesitas ahora? ¿Hay algo que pueda hacer? Y me pone delante un almohadón. Pero un almohadón no me alcanza. Pego una piña al aire y mi esposo sale corriendo y regresa con un par de guantes de boxeo rojos de su

adolescencia. Me los pone, pego tonta dos porrazos cruzados a su nariz y me los saco. No quiero guantes ni ring. No quiero paragolpes. Quiero ver mis manos hechas de huesos dispararse en todas las direcciones. Cojéme, le grito con una voz que me sonó perruna. Cojéme de una buena vez. Pero lo que tenía ganas de hacer mientras se acercaba a mí erecto era de comer flores venenosas, champiñones venenosos, piedras. Acabar este largo día difuso tormentoso. Me tiró sobre la cama, el bebé seguía frente a las maderas cortadas, se estiraba para tomar la sierra. Me abrió las piernas. Me hurgó con sus manos callosas. Cuando grito lo que menos hay es apetito. Y mientras entraba su pedazo de carne en mi hueco, si eso es hacer el amor, deseé una habitación blanca por la que entre el aire de mar, la sal picante en mi lengua cortajeada. Alguien me cura los ojos, adiestra mi mirada y me deja en un lugar infinitamente más calmo que este chiquero. Ese otro escarba en mí buscando. Porque hay. Pero nadie sabe escarbar. Ni siquiera él. Cuando mi marido se achicó y salió sentí que palpitaba y aunque lo mordí, lo amé. La sierra empezó a andar.

OceanofPDF.com

No importa que pasara la mañana entera pensando cómo traducir mi estado de encierro. No importa que caminara a lo largo del río seco y verduzco recorriendo mentalmente mil palabras sin encontrar la correcta. Mi suegra me objetó de lejos con el bol de comida mezclada para gallinas por qué no hacia algo de gimnasia. Qué hacés toda la mañana yendo y viniendo. Podés ir a un curso de yoga gratuito que hay en el centro, yo te lo cuido mientras. No importa si pensás en un soneto de Shakespeare, si hurgás en tu consciencia buscando un minuto en el que hayas sido libre y no encontrás. No importa el cerebro y sus referencias, sus elucubraciones, su indagación de símbolos, el afán. Importa qué hacés, adonde vas, si te movés. Al final, son como mis vecinos encerrados en muros de madera sin pintar. Estos gitanos salidos directo de un universo brutal, sin moral, sin ley, sin relación con los locales modernos de luz eléctrica, con la música pop, con las democracias capitalistas y la abolición de la pena de muerte. Melisa la de treinta con cara de cincuenta, boca finita y cerrada como una raja, largos pelos cobrizos pegados en mechas que dejan ver la piel del cráneo con un aire a muñeca de terror. Su hija de doce, Jacqueline, desvirgándose en la casa en desuso del lago, ese antro gótico, levantándose la pollera entre gemidos alcoholizados. Seguro que le llenaron de huesos la panza a la coneja, criada y nacida en ese mundo sórdido de cafés piojosos de asistidos sociales, débiles motrices y trajes de lino con alpargatas. ¿De dónde venís? ¿Qué hacés mañana? ¿A qué hora te levantaste? ¿Practicaste pronunciación? ¿Vocabulario? Así nunca vas a pasar las entrevistas laborales. ¿Adonde van? Oí y entré jadeando al bosque, una yegua de carga parturienta no lo habría hecho más lento.

Y entonces vi el aire saturado de una tensión sexual invisible. Rembrandt. Las bellotas caían y caían y caían tan lentamente, tan pesadamente, entre la copa del árbol y la tierra, que parece que dormían en el aire. Que lo cortaban con rayos dorados. Caravaggio. Ese soponcio, ese aire soñoliento de ver las hojas dar una y dos y todavía más vueltas antes de llegar, una hoja que cae, y la otra y la otra. Ese clima que entreabre la boca. Que vuelve agua dulce la saliva. Adiós al moho y a la negrura. La muerte del verano convertía el bosque en silencio y suspiros. Me tiré a un costado con el cochecito y dormí. Y soñé que lloviznaba. Pero no, era el ruido de las aletas de las mariposas que se chocan entre sí. Esa sensualidad ligera de las mariposas nocturnas. Mi corazón latió en mis orejas. Me incliné para ver a mi bebé y olvidé que salió de mí. Buen día, niño del bosque. Él miró dos carpinchos apareándose e imitó veloz los gestos con su pelvis chiquita. Mi bebé ya cojía, tosco como ellos.

Si levitar es algo, mirarlo a los ojos era lo más parecido. El ciervo aparecía justo al caer la noche y se detenía al fondo, entre el bosque y el jardín. Desde la casa podían verse sus cuernos en ramas como un candelabro judío. Esa mirada es un momento que dura todavía. Giró la cabeza y aparecieron sus pupilas: ahora estoy ciega. El niño estaba entre mis pies, echado sobre la hierba. Antes de huir, el ciervo tiró la cabeza hacia atrás por el peso de los cuernos y abrió la bocota en U y pareció que aullaba, que deliraba, que su boca era una fosa. El bebé se revolcó, el animal salió de escena. Pero quedaron sus ojos flotando y su bramido. Cuando todo fue negro, y no había atrás ni adelante, regresé con él agarrado de mis pelos, tocando el pasto para saber por dónde voy. Su nariz acuosa chorreaba sobre mí, giré para limpiarnos y pateé una brasa que me astilló el pie. Mi marido, harto de mis accidentes domésticos, dispuso botiquines de primeros auxilios en el baño, en el salón y en la cocina. Ya me quemé las yemas, ya me abrí la cabeza, ya me tajeé entera. Él sale de la ducha pálido y desnudo. La tiene parada y está triste. No tengo ganas de hacer nada, dice, ni de ver la tele. Yo le hago *fuck you* con mi dedo más desgarrado y me voy afuera, detrás del ventanal recién repuesto, dejando al bebé sentado frente al fuego. Al mirarlos tengo la misma sensación de la araña al ser tocada por el agua. Los observo muerta de frío. Mi marido busca una toalla, la apoya sobre el sillón, se sienta arriba y se deja secar. De a poco se le va bajando y la piel se le vuelve naranja. El bebé trata de levantarse sosteniéndose del aire y cae una y otra vez sobre el pañal. Los miro ahora pegando la cara al vidrio, mi aliento los borra, los elimina de mi vida. Ya está cantado, el bebé gatea hasta la chimenea y en segundos va a necesitar el botiquín. Apuesto a que el padre no se mueve. Podría ser millonada si me hubieran dado todo el dinero que gané en apuestas. Y la ganadora es... El bebé pone las manos en las brasas, el padre reacciona a lo Bush en las Twin Towers. Lo veo salir corriendo a buscar vendas y antiinflamatorios con la toallita en la cintura. Se le cae la toalla, no sabe cómo calmar al niño que no llora ni grita, despedaza el silencio con gruñidos. Le pone Merthiolate en la palma de los

pies y las manos. Su sangre parece espuma. Es un extraterrestre. Niñito rojo revolucionario. Yo no entro porque soy una marginal, no sé hablar sin insultar, espío la casa de la gente y hace días que no me baño. Lo veo venir contra mí, contra el vidrio, resoplando por la nariz y sé que cuando abra el ventanal voy a ser un cisne negro, y cuando empiece a gritarme voy a ser un pato castrado. Voy a entrar. Voy a dejar de pedirle peras al olmo. Voy a contener mi demencia, a usar el cuarto de baño. Voy a acostar al niño, masturbar al hombre y dejar la insurrección para mejor vida. Yo, que quería parir un hijo no declarado. Sin registro. Sin identidad. Un hijo apátrida, sin fecha de nacimiento ni apellido ni condición social. Un hijo errante. No parido en una sala de partos sino alumbrado en el rincón más oscuro del bosque. No silenciado con chupetes sino acunado con el grito animal. Lo que me salva esta noche y el resto no es para nada el amor de mi hombre ni de mi hijo. Lo que me salva es el ojo dorado del ciervo, mirándome todavía.

OceanofPDF.com

El bebé lloraba con falsas convulsiones. Cayó agua del cielo y el cloro no alcanzó para evitar que la pileta se oxidara. El reflejo, ahora más espeso, dibujaba los árboles retorcidos con sus plantas parásitas. Me lo até al cuerpo y fuimos un canguro con su cría trotando a lo largo del predio con espinas, abejas y flores silvestres. Corrimos sobre los montones de tierra que los intrusos subterráneos, ya instalados, estaban dejando por mi parque. Andaba sobre un gran depósito de cientos, miles de lombrices. Salté con mi cangurito para aplastarlas. Me lastimé los tobillos y, mientras trotaba hacia el verde espeso, me arranqué gorgojos y ortigas agachándome a un ritmo regular, lo que daba a nuestro galope un aire de mono divertido. Al llegar al bosque lo desaté y lo dejé andar cuesta abajo. Un instante después lo perdí de vista, corrí con los brazos. Algo dije. Escuché un disparo y di vuelta la cabeza con la misma intriga cándida de los bambis. Paré las orejas. ¿Qué fue ese estruendo? ¿Dónde está el bebé? Mi corazón se aceleró tanto que pensé que lo vería embarrado entre las hojas caídas. Después lo busqué como solo una madre busca a un hijo. No corriendo ni caminando, no mediante acciones físicas. Lo encontré acostado sobre unas ramas más altas que lo que yo hubiese trepado. Me hacía cu-cu ma-ma con la mano. Apenas camina y ya pudo treparse a un árbol. He parido a un pequeño bárbaro. Subí y nos quedamos abrazados. Desde allí vimos el agua balancearse de un lado a otro del bosque ya convertido en selva. Los pequeños cráneos de conejos. Vimos también la muerte de un pichoncito desprendido de su nido. El pico negro y afilado de su mamá abierto de pavor. Le di de probar el agua empantanada del estanque. De comer los pétalos de las flores más coloridas y perfumadas. De morder las hojas para beber la savia. Imitamos los sonidos de los animales y fuimos parte de ellos. Nos respondieron las aves diurnas y nocturnas y hubo ese grito sereno que se toma fúnebre a la mitad del sonido. Esa vocal simpática Aa que se vuelve consonante ronca, temible Oj. El pájaro que grita y es dos pájaros. Sano e insano. Manso y asesino. Metí a mi hijo en el agua helada y sin querer lo bauticé. Que Dios me perdone. Vi que estaba demasiado blanco para ser real. No era un niño sino un cuadro,

el boceto de un niño, el arquetipo. Había languidecido. Como las bestias que paren crios muertos a la mitad del camino y se quedan ahí durante días después del nacimiento pateándolos para que resuciten, lo sacudí y lo envolví en mi carne roja. A medianoche se reanimó.

Ya terminada la hora entre el perro y el lobo, es el turno del murciélago. Lo empujo con las patas, lo arengo, pero sigue jadeante. Nos rodea la ruta y más allá los alambrados electrificados de vacas blancas con cuernos cortos. Estábamos en un coto de caza. Unas voces dicen nuestros nombres que ya olvidamos. Nos buscan. Bla bla bla o co co ri co da igual. Mejor harían en cerrar el pico. Los animales se zumban de ellos. El ciervo se detiene embalsamado, los ojos de vidrio. Está conmovedoramente quieto. Él es mi hombre, el que sabe mirar mi tristeza infinita. Los otros son apenas hombres. De qué sirve ser uno de ellos si el idioma que hablan no alcanza. A mi hombre le falta humanidad, es cierto, pero quién quiere humanidad. Mi hijo le tira de la oreja triangular y de su trufa negra, pero el ciervo no ríe. Disimulémonos en el paisaje, cubramos nuestra piel de tierra y verde. Gritan más fuerte. Son los vecinos con lamparones que nos quieren arrancar de nuestro enselvamiento. Es papi. Hay medio mundo allá arriba pero nadie nos hace bien. El gentío hace daño, es una punzada.

Sonó el teléfono, dejé al bebé con el pañal colgando y alcancé a decir poco y nada. Hola, mmm, es así, es así. Me delató el tono, podría haber dicho ¿cómo está la familia? o qué temporal se nos viene. Es siempre el tono y la manera de clavar los ojos, de entreabrir los párpados, con rudeza. La lengua seca o empapada. Oí un grito, están matando a mi hijo. O están atrapando por el pescuezo a un ternero. Algo hay. Una carnicería organizada allá afuera. Pero es acá dentro. Mi marido se acerca y pienso que esta vez por fin me toca. Trago pero no tengo qué. Todo se lo llevó él. Me dejó una boca por la mitad, rocosa, una boca de aire áspero. Mi cónyuge escuchaba todo detrás de la puerta, el dramaturgo de mi vida es tan mediocre. En cambio, me dijo que cortara, dejara al bebito con la abuela y que saliéramos ya a practicar manejo, que tengo que sacar el registro con urgencia, que no puedo ser tan inútil, que qué pasa si de pronto tengo que salir a las corridas porque le pasó algo a nuestro hijo. Que la gente en estas zonas no tiene tanto espacio para ser imbécil. Tengo la sensación de que apenas entre al auto me ahorca con el volante. Estás destrozando el embrague, meté el cambio, mételo, grita. Era la hora en que las moscas dejan en paz los ojos del caballo después de haberlos torturado en cada pestañeo durante todo el día, en hileras negras, en remolinos oscuros se van y los dejan solos y ciegos. Los animales nos seguían intrigados. Y mientras mi familia sucumbía a las radiaciones de la infidelidad, meto la mano en el alambre de púa que divide bestias de hombres y espero que el caballo se digne a galopar con las fauces abiertas y descargar su avidez. E incluso cuando escucho la palabra divorcio y papeles pienso qué experiencia de lujo es estar tirada contra el piso de un paraje mugriento cerca de un cementerio municipal. Bosta y paja alrededor, pero tener un cuerpo hambriento encima, que no es un cadáver, que no es un presidiario de guerra, el lujo de tener sobre las tripas un hombre entero, pies y cabeza sobre mí. Un paisano camina con un fusil al hombro, lo perturba un árbol retorcido y le tira a matar. Tatatatata, hubiera querido luchar en el frente. Llena de agujeros el tronco pero no cae. Se tambalea y sigue en pie. Mi marido hace como que

no llora. El tipo encima de mí se mueve con ondeos, me toma del cuello, me hunde, no le veo los hilos a la pasión y sigue siendo apasionante. Telón. Abogados y disolución de la familia de común acuerdo. Cifras, firmas, leyes, papelerío. Pero eso no va a ocurrir. Busco a alguien que pueda perturbarme como lo haría un animal moribundo. Y cuando deseo soy una vaca con la cabeza atorada. Y si deseo soy un ciervo entrando al bosque como lo haría un novio a la iglesia.

OceanofPDF.com

Recuerdo lo que no está. Una isla habitada por hombres que buscan belleza y solo la encuentran en la vastedad del encierro. Me reconozco sádica. Digo que no hay posibilidad sin alma, como no hay imagen sin el otro. Pero no tengo otro. Ni alma. Escribiré el signo fatal sobre tu vientre y marcharemos hacia una tierra húmeda, me prometió un joven enamorado. ¿Qué fue de eso? Esa noche está a cien mil noches y el enamorado está perdido. Sigo esperando a que aparezca entre los espirales que surgen de mi boca. Llevo grabados olores como a fuego fatuo, el de unas manos en la penumbra, el de una espalda blanda, el de una garganta endiablada. Terminó y se fueron todos. Sigo siendo una pequeña bruja que espera encantar. El vecino sucumbió a una sobredosis de heroína con su bebé en brazos. La de las ventanas tapiadas se asfixió con el humo de su propio fuego. Los animales se extinguen antes de reproducirse. Eso es morir por estos pagos. En cambio, en mis noches soleadas en la isla, todo era tertulia, ensueño, besos furiosos. En cambio, en la dorada época en que existí, todo fue fruición de sexo redivivo. Una oleada de antipatía por el mundo brota desde lo íntimo. No sé qué pensarán las bestias que ahora forman un círculo y me miran pasmadas, las mandíbulas desenganchadas de sus cuerpos. Caigo de rodillas. Si un lugareño pasara con una canasta buscando setas y frutos creería que es un acto de misticismo.

Ahora la que lo espía soy yo, en bicicleta. El marido en la ruta, al menos eso dijo, el nene a salvo en la casa de la abuela Seguramente está siendo bien alimentado y de paso ella aprovecha para dormir con alguien. Dentro de su hogar, el padre calma las convulsiones de su ángel sin cerebro. De su pececito sin escamas. Lo veo balancearse apretándole los huesos. Reventándole las caderas. Los ojos de ella dados vuelta de regodeo paterno. Qué le hace el padre a la hija. La chica protesta. Le babea la cara. Una lobita enjaulada y malcriada. El padre la aprieta demasiado. Le tira del cuento, la besuquea. El costado izquierdo del cerebro es plano, salió a la madre. No habla, no camina, no se sienta No llora. No toma agua, no fija la mirada ni para parecer. Las convulsiones terminan. La electricidad se va del cuerpo dejándolo flojo. La hija queda abatida en su cuna, las piernas y los bucles salidos. El cerebro sin relieve no impide que el cuerpo siga su curso hacia la podredumbre, que menstrúe, que deje de menstruar. Lo veo enfundarla con un acolchado de plumas y volverla faisán con su anillo de plumas blancas alrededor del cuello. ¿Qué estará pensando ella?, ¿lo recordará cuando tenga memoria?, ¿qué se dirá para sí, sin palabras, sin lenguaje?, ¿qué pasa en su malograda cabeza? Una niña en estado de senilidad. El padre la arrulla, acaricia sus tobillos. Mi deseo alcanza para entrar por la ventana de un golpe seco con el puño y violarlo de parado frente al aliento infantil, frente a las estrellitas fluorescentes del techo. Mi deseo con los ojos cerrados lo invoca y mi cerebro pensante entrenado en argucias retóricas se aplana. Él mira hacia la noche como se mira un cofre en lo arcano del océano y yo me escondo como un ratón debajo de un mueble. Él sale en pantuflas, el cinturón colgando, y toma la precaución de agarrar un fierro antes de ver qué se mueve entre malezas. Es un cavernícola con el pelo suelto, las rodillas separadas en un arco, es un primate. Retrocedo y caigo en una fosa. El barro destroza mi feminidad. Él apunta a mis patas. Tiene ganas de decapitar al intruso para sentirse macho cabrío. Un padre de familia. Para clamar desde la cueva. Toca mi vientre con el fierro y lo hunde en mi carne flácida. Se huele las axilas para darse

coraje. Tirada en el hoyo solo quiero sacarme la pollera en una habitación que dé al río o desde la que se sienta el río venir con sus rocas en punta. Mis piernas sobre las del padre alto, huesudo, sacarme la pollera y poner mi bombacha en su cara, la cadera en sus cejas. Volver esos ojos más bizcos. Volver su boca fucsia. Su hierro tantea mi cuello, en el horizonte campestre no hay animales, se dejaron arrastrar por la corriente. El aire está cubierto por una fina ceniza. Él vuelve a palparme y yo me zamarreo. Por fin reconoce mis movimientos y me rescata tirando de mi lomo barroso. Desde la ventana oímos aullar a su chiquita. «Señor, daños la paz que la Tierra no puede damos.» Y en sus brazos oí el bwa bwa bwa o pfa pfa pfa del agua contra la costa a veces de piedra, a veces de cemento, a veces una inclinación suave resbalando hacia la orilla. Es la hora de la cena, del monasterio, de las ruinas. Me guía de la mano hasta su casa pero entro sola al altillo, ni idea dónde quedó su mujer. Una cama simple, una silla, un tapiz romántico bordado por la otra. No se necesita amueblarla. Entra y cierra con la llave de hierro. Abajo en la casa ellas van a creer que somos dos roedores bailando tiqui tiqui tiqui. Su presencia me apuna. Me toma del cuello y me aspira. Lo dejo ir, a mi cuerpo. Que se queme, que se enrojezca. Él se saca la ropa y acuesta su metro noventa sobre mí. Los pies por fuera del colchón. Nos mutilamos y me veo reflejada como un caleidoscopio. Mi boca abierta son varias bocas. Giro y me subo sobre él felinamente, si hubiera podido lo habría sodomizado. Un roedor que sodomiza. Gozo, pierdo la noción. No es día ni noche ni altillo ni campo. Pero antes miro su cara y hago lo imposible por retenerla. Y obviamente no puedo y se me viene como un alud la oscura luz de la mañana siguiente donde estaremos uno dentro de otro.

Y así se levantó de la cama angosta en medio de la noche mientras yo seguía desnuda. Me había dejado una nota sin lírica. El comienzo del espanto seco. Algunas horas antes habíamos levitado, pero qué es al día siguiente la noche anterior. Salté de la camita con la boca descascarada. Abajo, los tres habían salido de compras. Cuántas veces entró y salió de mí, el aire del altillo hecho de miel. Cuántas veces el deseo rozó lo insoportable, la boca de un caimán abierta a más no poder. El río me arrastró y fui una rama seca. Pedaleé los veinte kilómetros hasta mi casa queriendo vomitar. Pedaleé y pedaleé sin separarme de su gusto en mi saliva. El deseo me siguió a lo largo de toda la carretera, pegajoso, maloliente, servil. Quiero un tratamiento agresivo con láser para olvidar su mandíbula, para deshacerme de su frente. Lejos entre balas de pasto empaquetado un joven que nunca vi iba haciendo equilibrio sobre la rueda trasera de un *scooter*, de su labio inferior se enganchaba un pucho. Tal vez mi hijo en unos años. Sigo pedaleando con mis piernas largas y quisiera patear el piso como una yegua con colmillos.

Ya pasaron cinco semanas y no tengo claro si te pasa algo con eso. Deja de contar, ¿querés?, es horrible. 5 semanas, 35 días, 840 horas, no puedo parar de contar. Vas a tener porque así no voy a poder, y no son cinco, son tres, ¿o te olvidaste de cuando volvimos de vacaciones? ¡Son cinco! Fue una noche que llegaste de un viaje, te acordás. El día que dieron el programa de los tipos encerrados en la isla por última vez; yo te insistí y después de pelearnos estuvimos juntos en el sillón, lo tapamos con una toalla, me acuerdo de la posición y todo, y después vimos la final comiendo chips. Para mí estuvimos otras veces después ¿o en el viaje nunca acaso? Pero no quiero discutir. No, me acordaría. Qué, ¿anotas cada vez? No hace falta que anote. Bueno, como sea, ¿querés ahora? Como quieras, esta noche, si te parece, pero no me lo hagas de favor. ¿Alguna vez te lo hice de favor? ¿A vos te parece que dejé de darme cuenta de lo linda que sos? ¿Después o antes de cenar? Mejor después. ¿Tipo doce? Sí, doce, dale, después de acostarlo, pero, te repito, de favor no. Ok primero vemos las informaciones,

parece que tiraron misiles otra vez. ¿Serán los misiles o los latidos de mi corazón? Descolocar no es difícil pero si lo hago reír lo tengo por treinta segundos donde quiera. ¿No será el pucho el que te hizo caer la libido? ¿De qué caída de libido me hablás? Ponerlo molesto es lo más fácil de todo. El pucho te saca ganas. No digas cualquier cosa, el pucho no me hace nada. ¿Y entonces por qué nunca tenés ganas? ¿Ganas de qué tengo que tener? Pero, a continuación del pucho de la cena, del olor a comida acumulado en la pileta y del café, lo fui a buscar con el hombro descubierto y dijo que estaba fusilado, estoy *silado* escuché como una gárgara tras el buche de humo. Tenía los labios y las encías alquitranadas así que por las dudas contenía la respiración para evitar su aliento. Me quedé merodeando depilada, con bombacha nueva, bañada. Me quedé por si me agarraba de la cintura, por si me metía mano, por si se le daba por tirarme contra la pared o en el sillón como la última vez hace cinco semanas, no tres, si fueran tres estaría mejor y las vacaciones no cuentan. Así fue que nada. Pero nada. Y eso me altera los nervios, me pone los caninos como sevillanas. Lo puteo, le hago *fuck you*, me salen pezuñas. Voy al baño, cierro la puerta y me tiro en las baldosas frías. Y meto los pies en la ducha. Y me muevo con espasmos. Para nadie. Mi marido quiere cagar. No lo dejo entrar, pequeña venganza, que se aguante. Yo aguanto también, soy una víbora en celo enroscada entre el bidé y el inodoro. Dale, dejáme entrar por favor, después lo hacemos, te prometo. Me chantajea, ahora que se joda. Te suplico, no jodas. Y yo trepada al inodoro le hago todo un planteo existencial con toques filosófico-psicoanalíticos y, cuando termino el monólogo, él dice, todo eso está dentro de tu cabeza, nunca dijo nada más que esa frase. Al final salgo porque me da lástima, me da un pico desabrido que no me sirve para descargar, necesito un búfalo y me dan un puercoespín. Me empuja, me saca afuera. Lo escucho defecar, el sonido del agua al caer. Lo espero en la cama. Leo algo pero solo pienso en saciar mi cuerpo que va detrás correteando, sudado. Tiro el libro. El bebé duerme torcido, tosiendo como un tabacalero de fábrica cubana. Lo acomodo y me duermo, mi marido todavía en el baño jugando con el teléfono. Me termino sacando el corpiño, me lastima el arco, me termino cambiando la bombacha, me froto la cara y me lleno de crema. Después, nada. De madrugada me despierta un griterío agudo, de trompeta. Un silbido enredado. En el salón el fuego está apagado, soplo pero solo levanto polvareda y la ceniza se me mete en la nariz. Escupo. Estornudo.

Tengo alergia. Sangre nasal. Intento encender el fuego. La agitación sigue. Se están trenzando allá fuera hombres y animales. Hubo un choque múltiple entre un camión de gallinas y un auto con una familia tipo. O un canguro está pariendo una manada y se le quedaron atascados. Salgo descalza. Me empapo, resbalo en las piedras, busco el enjambre de voces y gruñidos. Voy a la ruta, al bosque, al descampado adonde van a procrear los turistas dejando sus desechos de plástico llenos. Viene del cielo. Cientos de pájaros se entrecruzan, embrollados. Nadie los guía. El norte y el sur confundidos. El bebé llora su cuota de angustia matutina, su pesadilla del lobo hambriento entrando por la ventana. Duerme sin detector contra incendios. Lo meto en la cama con mi marido. Los hago abrazarse, están fritos, se aspiran el aire bucal. Mi vástago vampiro va a salir fumador. Vuelvo a salir. El cielo me atrae por primera vez. Los pájaros se sacan de quicio y elevan sus corvas como toros. Hasta que uno va hacia el sur y el resto lo sigue, berreando. En la habitación lo encuentro debajo de la cama a los gritos pelados, parece un pájaro más. No sé qué estamos haciendo de nuestro pequeño deforme, de nuestra carne. De nuestras vísceras aunadas. Estamos dejándolo criarse entre arbustos y huesos. Estamos dejando que se raspe, se estrole. ¿Cómo me lo vas a dejar si me ves que estoy durmiendo?, en qué cabeza cabe, dijo y se volvió a ir. Me acosté entre mi marido y nuestro hijo. Los miré respirar. Lanzarse el resuello dormido. Miré una cara, miré la otra. A mí en el medio. Me aburrí de sus facciones, me alarmé al ver que, después de mucho mirar, dejé de reconocerlos.

A las siete en punto el bebé se despertó sin importarle que fuera domingo. No falla su reloj interno. La niebla tapaba el campo, podía ser la playa o el desierto. Podía ser un sueño blanco, un delirium tremens pero era la puta realidad. Ya era casi invierno y no se veía otra cosa que leña amontonada en las puertas de las casas. Durante el resto del día veré cómo vuela la ceniza quemada. Pasé la mañana insultando al bebé. Le dije de todo menos lindo. Al bebé. Qué no le dije, lo recontra insulté. Una boca sucia de madre. Lo llené de agravios al pobre. Espero que no reconozca ninguna palabra, que más tarde no repita delante de todos la concha de tu madre. Me miró diciendo; mamá, pis, y lo mandé a hacer pis solo, a que se alimente por sus propios medios. Ese domingo de invierno comenzó mal. Siguió de mal en peor y no eran ni las dos. Estoy cansada de que no esté bien andar a escopetazos o denigrar al bebé. Pasamos el día en el sopor del gas saliendo de los caños, para mí que algún escape hay, algo reventado, si no, no se entiende este olor a podredumbre, dijo una vecina con el vestido desabotonado. Para mí que por eso mi marido sigue torrando, ya va a ser un día. Cada tanto pasa algún camión rutero. Con mi bebé salimos al parque cubiertos con pulóveres de lana de cordero y él dice brum brum, mientras a mí se me entrecorta la respiración. Adentro el fuego sigue quemando.

Acabábamos de despertamos del fin de semana y ya estábamos peleando. A las ocho y media pegué el primer grito, a las nueve y veinte amenacé con irme, a las nueve y cincuenta dije que haría un infierno de su vida. A las diez y diez estaba detenida como un carnero en el medio de la ruta, valija en mano, sombrero de paja, moscas en los tímpanos. Me viven esquivando, pasando al ras, sorteando por un centímetro las bicicletas, los camiones de remolque, los perros cojos. Me viven tocando bocinazos, insultando, corréte, salí de ahí, los autos de los vecinos. Todos temen pasar la noche en la comisaría dando explicaciones, nadie quiere pagar un abogado, meterse en temas judiciales. Le huyen a la burocracia de la ley. Un uniformado de azul es el demonio. Lo de menos es verme atropellada al costado del camino. Lo de menos es que mi cuerpo torcido con sangre marrón quede despatarrado entre la fosa séptica y el gallinero. O que mi cuerpo vuele y se rompa contra un garaje de chapa. A lo sumo tienen piedad, pero no de mí. De dejar a un chiquito sin mamá. Todos dicen eso en los velorios de las jóvenes drogadictas mientras se sirven más café. Pobre el chiquito que queda sin mamá. Pobre huérfano. Nadie llora a la desgraciada con los brazos picados y el ardor de una vida opaca. Todos miman al hijo en cuatro patas cerca del cajón. Le dan galletitas y es un mono. Y yo en este otoño-invierno agrio sigo parada en medio de la ruta. No sé por qué me quedo ahí, como un bicho, las antenas paradas, un espantapájaros, la valija con la que llegué llena de ropa y libros. Me gusta caminar descalza en el asfalto, tener los pies grisáceos. Mi marido desarma la pileta de plástico y vuelca el agua oxidada en el jardín. Miles de hormigas se ahogan pero a nadie le importa. Yo espero un llamado. El murmullo de la autopista es un ruido cerebral, los autos que pasan como flechas son mis ideas. Espero un llamado y se me confunde el eco de la autopista con el del teléfono, un maullido y yo respondo hola, un martillazo y yo agarro el teléfono. Todo es una gran distorsión. El auto miniatura de mi hijo brum brum puede atropellarme. La sierra del tipo subido a la escalera con el pantalón caído es un grito de goce. Todo el día con el celular ardiéndome en la mano y nunca llamó. Voy y

vengo por el camino, las piedritas entre los dedos del pie mientras la frente de mi bebé se dispara. Tampoco pasa la moto. Desear es un caramelo pegado al cuello, al cuero cabelludo, a la yugular. Hasta que mi marido me viene a buscar cuando ya no se ve nada. Ni siquiera los frutos más brillantes, ni los carteles rojos de STOP. Mi marido viene silbando el triunfo. Hace señas y sus manos son ráfagas platinadas, parece que ayuda a estacionar un avión. Al menos entrá el cochecito, me grita. Y de la punta de los pies a la cabeza soy una sombra. Y sí, ya va, ya entro, vamos a cenar, a mirar la tele, a acostarnos. El fuego de la casa se ve en la chimenea torcida. Calor de hogar pero mis ojos lo incendian todo. Me quedo todavía un poco más en la ruta. Intoxicada, viciada, atosigada. Mi hijo me señala un gallo y dice cocoricot. Cada vez hablamos peor. Veo arañas zombis marchando en fila india. Son los dedos de él, que me acarician, culpa del deseo, ese apetito destructor. ¿Le tomaste la fiebre hoy?, escucho salir de la nada. No recuerdo. La fiebre sube. Trepa a cuarenta. La mía también, pero a quién le incumbe la salud de la madre. Primero ellos. Debería llamar a las urgencias y sin embargo no me muevo, no puedo dar un paso, sigo en la banquina, al ras de los autos que no me ven. Miro el viento balancear el pasto, ondularlo, separarlo de la tierra. Miro la naturaleza, ella me mira a mí. El deseo es una alarma que no puedo desactivar. Mi bebé mastica el chupete y lo despedaza, miam miam. Mi bebé quiere ser adulto, se pone los zapatos y se los toma. Lo bien que haría. Empezar de cero. Mi retoño me pega una flor de piña, pum en el labio inferior, diciendo, ¡no mamá! ¡Mamá no!, le levanto el dedo y le digo con gesto de madraza: eso no, ¿eh?, y se me ríe en la cara. ¿Venís? Ahí voy, dice mi voz desde la noche azul de campo. Terminamos la velada en una ambulancia los tres y después de regreso a casa abrazados. Antibiótico y compresas de agua fría. Incluso cavar una fosa, un agujero, sería demasiado poco. Hay que tirarlo al desierto, que lo devoren las bestias. Al deseo.

Yo quería que todo terminara rápido o hacerlo en una situación de legítima defensa. No es que pensara seriamente en matarlo, pero, en ese momento, con esa luz, estaba tentada. Encima ese perro que no paraba, no paraba y dale con el ladrido y dale con el ladrido, les ladra a las ruedas de los tractores estacionados el muy idiota, córtense las cuerdas vocales de una buena vez con una trincheta. Que terminara rapidito y a otra cosa. No es que fuera a matarlo bajo esa luna, pero todo es cuestión de segundos. Y esos segundos eran, cómo decirlo, en esos segundos me sentí cómoda con el peligro. Una especie de comunidad erótica con una pala que había por ahí, con un rastrillo, con el filo de una navaja oxidada que mi marido llevaba colgando del pantalón gauchesco y que se movía como una campana. Es decir que no soy para nada una asesina. No tengo el perfil ni me da la historia trágica para zafar con eso de actuó bajo emoción violenta. No me violó mi abuelo ni mi tío, yo infancia tuve, pero la olvidé. No recuerdo nada anterior a ayer cuando me tomé el buque. Los expertos van a tener trabajo conmigo. Soy fruto de una familia normal. Demasiado normal. El abogado de la competencia se refriega las manos. Una familia normal es lo más siniestro. Mentira. O no hay nada más siniestro que ser fruto de una familia normal. Los demonios son de mamita, yo los crié, los alimenté, los engordé. Te vas a casar con él, vas a terminar teniendo tres hijos, porque uno atrae al otro como los puchos se prenden uno con el fuego del siguiente. Van a comprar esta casa o una más grande que veamos en Internet, con una verdadera pileta con barreras equipadas con alarma de seguridad para cuando un infante caiga al agua. Digo yo. Pido un segundo. Pregunto, mientras se zarandea detrás de mí, ¿si caigo de rodillas y me lastimo, me parto un hueso, si aprendo a rezar, hay alguna posibilidad de hacer girar el tiempo aunque sea en falso, o esta historia terminará con la madre que se olvidó de conectar la alarma? Y fue ahí, después de ese pensamiento yo no diría oscuro, sino más bien realista o luminoso, que alcancé el máximo resplandor y tanteé el arma. Hay que tener extremo cuidado con el resplandor. Cuando la mente, por más mal que funcione, resplandece. No

me burlo de él, pero está ridículo detrás de mí, la pelvis adelante, mis ojos enfocando el toldo verde que el vecino usa para tapar sus porquerías. Cómo acumulan porquerías en el campo. Más lugar tienen, más lo llenan. Cajones, estantes, cobertizos saturados de chucherías, habría que hacer una fogata. No estoy asumiendo que quiero cortarle la garganta. Digo solamente que me irrita la sumisión. El perro sigue ladrando. A quién no sé. Mi cuerpo está seco. Séquito. Secóte. Echémosle la culpa al frío. Me fui de ahí sin saber si pisaba su cabeza o estiércol. Menos mal que todo terminó rápido, muy.

OceanofPDF.com

Se despertó viendo a su esposo leer el diario en una reposera rayada. Oyó cuando pasaba las hojas, vio qué artículo leía de qué sección. Lo escuchó carraspear. Vio que descruzaba las piernas. ¿Cuándo voy a empezar a sentir que está muerto?, ¿cuándo lo podré rezar? Son preguntas difíciles de responder a las cuatro y media de la mañana, mamá. Tomate algo y durmamos. Y resopló de impaciencia. La cama de mi suegra con marcas de haber luchado por dormir. Dale, dormite. Pero ella, imposible. Sus párpados pesados. ¿Qué es un hombre que muere? dijo parada sobre su viejísima calentura. ¿Me estás preguntando a mí? dije, hundida en mi pijama. Los cuadros, las estampitas, las fotos. La ropa apilada, las toallas, el perfume. Y el cepillo de dientes, el peine, las medias. Su pomada, su talco, sus libros marcados. Y su sillón, su pipa, sus fósforos. Y sus calzones, sus camisetas, su crema de afeitar. Y sobre todo nada de eso. La manera de respirar, la marca que deja su culo en el almohadón, el aliento mañanero, el ruido de cabra al masticar, al desperezarse y sonarse los nudillos mientras te habla. Su cuerpo quieto en una silla o parado. O apoyando la espalda contra la pared. Y mucho más que todo. Una manera impalpable, inadivisible de mirar algo, un moscardón, un gusanito, un pedazo de tierra infértil. Un deseo no cumplido y sin embargo feroz como para incendiar una aldea entera. La figura de un hombre en el camino. A lo lejos no sabemos qué cosa es. Una cabeza. Un cráneo que será adorno en la repisa. Mi suegra pregunta y pregunta. ¿Qué puedo hacer, hijo, mirar al cielo? Tomate el té, mamá. Dale. El hijo se preocupa por su salud. Cuando los padres sufren son hijos. Yo sigo abollada en el sillón cerca del fuego apagado. Me miro en chinelas, quiero ser Heidi. Pero entiendo a mi suegra al punto de querer correr y meterme en su pecho. Meterle dedos en los ojos. La comprendo al punto de querer entrar en su bata. Podríamos tener cuatro manos, quizá la aliviaría. No digo nada. Me quedo en el molde, una mosquita muerta de nuera. Me quedo mirando atontada el armario con sus miles de frascos de dulce casero hechos por el sepultado, verano del 94, verano del 97, otoño de 2002 cada uno con su etiqueta. Es demasiado violento entenderse. Es

preferible callar, es lo que hago, hacerme la sota. Mi mando le revuelve el té de yuyos, se niega a ponerle azúcar, le hace masajitos, le dice no hay nada que hacer, mamá, papá dejó de estar, no hay palabras, no está al alcance de los hombres el consuelo. Que tenga paz en su tumba, le dice, y pfff, aburrido. Me embolan las palabras sobre muertos. No sabe cómo detener la bala que la alcanza tarde o temprano. Cree que haciendo cosas la ayuda. La guillotina ya está en el aire pero le falla el olfato y no prevé el metal. Madre e hijo se abrazan, pero la madre no está. Es imparable ese globo sacudido por el viento. Esa cosa liviana que atraviesa un cielo descampado y es devorada por las ráfagas. Yo la miro como si no pensara, encogida de hombros, como se mira al convaleciente, al que se apaga mientras nosotros continuamos de pie y miramos de reojo la hora. Lamento que no siga cocinando para mí, llenando la casa de perfume, dando de comer pan con manteca a los pichones. ¿Qué es un hombre que muere?, ¿qué fue que no fue de su vida? Ya son las seis de la mañana, suegrita, digo, afloje, y después nadie le responde. Ni falta que hace.

Llego justo a la bajada del bosque y escucho en la radio a una mujer hablar de *Mrs Dalloway*. Capto el programa empezado, pero igual me doy cuenta de que hablan de ella. ¿Hasta dónde vas a ir? Mi marido se baja del auto en movimiento, pone el freno de mano para que no me vaya al lago. Hoy estuviste bien, dice, manejas cada vez mejor, falta que sepas dominar el auto en las curvas y la marcha atrás. Lo veo alejarse y poner clavos en la nueva terraza. Me quedo encerrada en el auto con los vidrios empañados, subo el volumen, saco el pie del embrague. «*Mrs Dalloway* es una novela sobre el tiempo y la interconectividad de la existencia humana», hace cuánto que no escuchaba ese léxico, interconectividad. Puta madre, trato de hacer girar la rueda de plástico pero este asiento no se reclina. Mi marido me ve putear de lejos, me lee los labios y sonríe con un pucho detrás de la oreja, es un almacenero. Cómo vería yo este mismo bosque, este aura campechana, mi casa a medio construir, ese hombre instalando vigas de madera, si un crítico dijera que lo que escribí trata sobre «la interconectividad de la existencia humana». Me río, una risotada nerviosa. El otro día estaba intentando leer algo cuando escuché unas patitas hacer tic tic y vi un ratón pasar tranquilo por debajo de mi biblioteca, tuve que llamar al vecino que vino armado de un palo, después trajeron un gato gris que andaba paseando por las alcantarillas y lo soltaron en mi habitación, husmeó por todos lados, me dejó la cama llena de pelos, pero no hizo nada, así que ahora leo con una trampa para ratones a cada lado. Hablan de Septimus, el personaje héroe de guerra traumatizado que también daba batalla contra la depresión maníaca y la locura y que sí se tiró por la ventana, en la novela. Pienso en los efectos paliativos que podría tener sobre mi vida escribir o tirarme de una ventana. El que escribe no necesita un saco de piel porque en su universo es verano. Pongo la mano en la palanca de freno. Ciertas noches me alivia saber que al entrar tarde a casa con la lengua pastosa no van a aparecer serpientes por las canillas. Nunca, que es imposible. Aunque un tigre en el living, sí. Que alguien pueda hablar de un personaje mío como hablan de *Mrs Dalloway*. Apago la radio e

intento escuchar a los pájaros platicar en griego, pero esa es una herencia envenenada. Cómo sería, cómo sería, me digo pateando el volante, puta madre, mientras me quedaba dormida ahí, con el asiento a medio reclinar, las patas marcando el vidrio. Mucho más tarde abrí un ojo y vi a un mirlo negro con el pico bien amarillo saltar hacia mí.

OceanofPDF.com

Quiero ir al baño desde que terminó el almuerzo pero es imposible hacer otra cosa que ser madre. Y dale con el llanto, llora, llora, llora, me va a trastornar. Soy madre, listo. Me arrepiento, pero ni siquiera lo puedo decir. A quién. ¿A él sentado en mis rodillas, metiendo la mano en mi plato de restos fríos, jugando con un hueso de pollo? ¡No! Deja eso que te atragantás. Le tiro una galletita. Me la devuelve. Tengo la boca llena de su saliva, de migas. Tengo tomate pegado en mi brazo. No lo dejo terminar y le meto otra galleta, se atora. No me hago cargo de lo que pueda pensar de mí. Lo traje al mundo, ya es suficiente. Soy madre en piloto automático. Lloriquea y es peor que el llanto. Lo alzo, le ofrezco una sonrisa falsa, aprieto los dientes. Mamá era feliz antes del bebé. Mamá se levanta todos los días queriendo huir del bebé y él llora más. Quiero ir al baño, pero ese cacareo interminable, esa queja, me lo hace imposible. Qué quiere de mí. ¿Qué querés? No me deja dejarlo. Se arquea. Ayer tuve que ir a hacer con él, hoy prefiero hacerme encima. Llamo a mi esposo. Necesito refuerzo. Mientras marco lo tengo colgado de un hombro, me va a desgarrar, me pega algo viscoso en el ombligo. Que atienda por favor, que atienda. Hola, escuchá, amor, tenés que venir no puedo más. No, no podés tardar tanto, tenés que venir ahora, no me entendés, no me estás queriendo entender, no aguanto hasta la noche, y le cuelgo porque se hace el que no entiende; al menos que se asuste y venga. Y nos quedamos dando vueltas enredados en el cable por si llama y me lo llevo a la puerta a ver si pasa alguien al que se lo pueda dar. Pero no hay vecinos como los que necesito. Hay bastardos. ¿Y si le toco la puerta a la anciana que vive con las ventanas cercadas y sus tortugas agresivas? Seguro podría distraerla, sería como tener televisión, como ir al cine. Nadie pasa, nadie lo quiere, nada se mueve, aire quieto endemoniado. Lo dejo tirado a mis pies. Se retuerce, se estira, me grita, se saca el pañal y me desabotona los zapatos, se come la tira de cuero. Yo lo miro como un cangrejo mira a un niño. Un auto de carreras pasa con una familia. Tienen las caras fuera de las ventanillas. Es de noche y sigo apoyada en la tranquera, me veo embarazada, cuando creía que llevaba

dentro una gárgola. Me veo pariendo, expulsando. Nos pican, tengo que entrar y encender el hogar, levantar el almuerzo colmado de hormigas rojas cargando comida para el invierno próximo. El padre ni se mosqueó. Me lo cargo en la espalda y lo entro sudado y hambriento, las uñas filosas. Tengo que hacerle fideos o sopa, ir a sacar alguna verdura a la huerta del vecino pero me da fiaca. Ser madre es tan poco excitante. Me muero de ganas. Se me hace una bola adentro. Lo dejo caer, cruzo las piernas. Corro y me encierro. Lloro como los asiáticos en los velorios rasgándose las vestiduras. No aguanto y le abro, pienso en qué asqueroso es todo esto.

OceanofPDF.com

Nunca estás cool, nunca estás zen. Todo el camino las mismas palabras. Nunca estás cool, nunca estás zen. Estoy atacada. Cruzo y descruzo las piernas. El pecho ni te cuento. Atrás está mi hijo en la sillita. A los costados, pueblitos y pueblitos, la colina mostrando el paisaje que podría ser bello. Sé normal, cálmate, dice y baja, entra en la panadería. Yo bajo también, cruzo, miro el auto desde la calle. El hijo no pierde de vista al padre que compra masas, que elige detrás del vidrio, ¿de qué tipo de chocolate está hecha? ¿Y de crema pastelera hay? ¿Cuántas llevo, amor? La panadera con los ojos colgándole de la nariz espera con la pinza. Los dedos embadurnados en azúcar impalpable. Apenas echo un vistazo y voy de regreso a la basura. No sé qué digo. Voy y vengo por la calle. Mi marido sale con un paquete de cartón que pone sobre mis piernas. Cuidado con la caja. Compré seis. Tres y tres. Dos de cada. Tengo la mano en el picaporte. Me tiembla. Me arde. Veo en un jardín un trío de animales, uno por atrás, el otro oliéndole el ano. Me saca la poca hambre que tenía. Se me revuelve el estómago, tener sexo con este frío. El auto gira en una curva. Se me cae la caja, hay crema en el asiento. Griterío. Salvo las masas como puedo, las acomodo. Mi marido las mira con desprecio, tienen marcas de tus dedos, dice. Trato de que no se note, se nota más. Nunca estás relajada, me dice. Nunca te veo cool. Destrozás todo. Y prende el pucho en el auto, cosa prohibida en la familia. Y lo dejo porque total. Qué familia ni familia. Y la ventanilla abierta dándole en la garganta al bebé bajo antibióticos. Y bueno. Llegamos a la casa de los amigos tosiendo los tres. Una gran alfombra beige, una puertita que da a las hojas de otoño, las bicicletas oxidadas de los chicos y gomas de auto de repuesto. Una carpa armada en medio del living, un perrito blanco dándoles besos en la boca a los nenes. Una tetera, las cajas con las masas de los otros, servilletas, cucharitas, secreteos. Lindo ambiente. El de los otros. Tanta gente civilizada me sorprende. Están peinados, huelen rico. Hola, qué tal, hola tanto tiempo, en qué andan, acá andamos. ¿Y ustedes? Abrazos, palmadas. Palmaditas. Abracitos. Todos alrededor de una mesa diciéndose feliz Año Nuevo aunque eso fue hace

mucho. Frente a nosotros un espejo. Nadie dolorido, nadie sacado, nadie invocando a los muertos. Guirnalda del último cumple de uno de los chicos. Titi, no te metas eso en la boca, salí de ahí, ¡no! ¡Las escaleras! ¡Vengan a merendar los chicos! ¿Quién quiere lechita? ¡Vengan a la mesa los nenes! ¿Y ustedes? ¿Qué le dan? Nos miramos por primera vez con mi marido. ¿Qué le damos? Lo que sea. Lo mismo que a los otros chicos. No traje su merienda. La olvidé. Traje el óleo calcáreo, el cambiador, un pantalón de más, las gotas. Los niños meriendan juntos y parece un jardín de infantes, mi bebé ríe, no reconozco su risa. Bajan al patio, se trepan, se revuelcan en las hojas. Los adultos nos servimos varios platitos, mi marido tiene vergüenza de abrir nuestra caja y la deja a un costado. Nadie la toca. Las seis masas se derriten. La tarde va pasando y es un animal pesado, una foca gigante entrando al agua. Detrás los listones de los viñedos clavados en la tierra. Alguien pregunta qué hay en la caja. Nadie nota mis huellas digitales. Llantos, golpes. Los padres viendo si es el llanto de su hijo para ir a rescatarlo. Mi marido se descompone comiendo un bizcochuelo, una punzada en la costilla. Todos lo miran hasta que alguien dice ¡un médico! Salen a buscar uno entre burros y bodegas. Ah, los médicos. Miro la escena sentada, no me convocan, no me incumben, no me consideran a la altura. Un médico, gritan, un médico. El resto somos una manga de fracasados. Van de casa en casa, hay de todo, pero un médico es raro, para eso hay que estudiar. Al final vuelven con un veterinario que encontraron pariendo a una vaca, brazos y manos con líquido amniótico. Lo acuestan sobre la alfombra. Deformación profesional, el veterinario se pone los guantes de látex. Los chicos hacen un círculo, esperan ver salir algo, piensan que es un número de magia. Yo también, un alumbramiento. No quiero que termine la escena, no quiero volver a casa. Chau, que estén bien, saludos a la familia. Chau, chau, hasta pronto. Mi marido me dice, casi se me detuvo el corazón. ¿Es mi culpa?, pregunto. Es una alarma. ¿Y qué querés que haga con la alarma? Que escuches que suena. Bueno, bueno, digo, pero quiero sacarme el zapato y tirárselo. Nadie probó nuestras masas, las compré para tirarlas. Y quiero correr calle abajo rengueando. Sí, alguien comió, pensé, pero para qué discutir. No me respetás, lo de la caja es un ejemplo. ¿Vos te merecés mi respeto? Pero para qué discutir. Y dijo algo como que la caja representa la pareja, la familia, la dejo caer, intento arreglarla pero ya es tarde. No escucho bien. No entiendo sus metáforas, debe ser que no me da la cabeza.

Estoy ausente pero como sobresaltada por una pesadilla. Quiero correr calle abajo sin frenar cuando llegue al reguero, quiero correr sobre las flores en una carrera amarilla contra mí misma. ¿Qué te pasa?, dice, y tengo un aire a hija sin padres. ¿Vos no lo podés criar solo?, pregunté. Yo me tiro del auto ya mismo. El bebé iba atrás sonriendo con sus tres dientes. Me tiro y la próxima tenés las masas enteras. El campo se veía venir con sus tiros de escopeta volando erráticos y sus aviones militares siempre boca abajo. Me tiro, le grité, me tiro y abrí la puerta y saqué una pierna. Llegamos a casa, ¿qué cenamos?, pregunta Me pongo el delantal y corto cebollas, corto cebollas, corto cebollas bien finitas hasta rebanarme el dedo. Y me rio. Más serio es, más ganas de reír me da. Me tiro al piso lleno de gotitas terrosas. Carcajadas me da toda esta historia de las masas. Tapate la boca cuando tosés. Tapate la boca al estornudar. Tapate la boca si fumás, me oigo decir. Lo vivo tapando. Soy tan sucia, soy tan necia, tan guacha que da calambre. La casa es un vaho a cebollas.

Uso su mano dormida para tocarme, no me mira, sueña. Usa mi mano muerta para tocarse, no lo miro, duermo. En cuartos separados. En colchones separados. Hay una falla. No estamos hechos para ser uno. A nadie le gusta ser siamés, que se pegoteen los órganos. Sonríe mientras sueña. Yo no lo hago sonreír. Lo puto. Lo golpeo con el puño cerrado al hombro, a la cara. Se satura de mí y viceversa. Nos empalagamos pero seguimos. Le hago *fuck you* ni bien me levanto. Buen día, ¿qué querés desayunar? Mi dedo estirado en su cara. Le rompería los dientes. El niño saltarín canturrea entre sus dos papis. ¿A quién querés más?, le pregunta. Va a explotar en cualquier momento. ¿Tanto le cuesta un cómo la pasaste ayer? Parece que sí. ¿Cómo la pasaste ayer?, me digo, y me respondo, bien, y me cuento lo que hice, me converso a mí misma. Me voy y él se come mi medialuna y se termina mi café y me deja ir, obviamente, pero después se arrepiente y sos mala bicha me larga mientras me conduce a los pastizales altos que nos llevan una cabeza. No da el brazo a torcer, me hace caminar sin ver, los pastizales dándome en la frente como hieres, como osamentas. Después aprovecha la boleada y me apoya, pero no la sigue, me empuja más adentro. Me pongo a hablar, no sé qué digo pero hablo, me dice cuando hablás es como la alarma del auto, suena, suena, es inaguantable. Entonces hablo gritando, ni me doy cuenta de que se me va el volumen, ¿podés hablar sin gritar? ¿Podés aflojar con tu incontinencia? No deduce que no puedo. Contrólate, dice, no se te entiende nada si hablás de corrido. ¿Por qué no hacés un curso de pronunciación? ¿Por qué no intercambiás idiomas con algún lugareño? Nos detenemos en algún lugar. ¿Y ahora? Pero cuando voy a decir algo me chista y se aleja unos metros donde ya no puedo verlo. Apoyo los ojos en las manos y me los ahueco, me duele, de qué sirve llorar. Soy un venado asustado, tiernito, infeliz. Refresca, él no regresa pero tampoco se va, soy un pastizal más. Nada pasa hasta que se oye un bullicio ronco. Corro en círculo y voy a parar al asfalto con rayas. Ahí estaba él también viendo el espectáculo. Las vacas son separadas de sus terneros, hace un instante estaban tan plácidas pastando, llenando las fauces. Qué

escandalosas son esas madres vacunas, se vuelven afónicas, resisten, pero igual se los llevan a todos. Chau, temeros, digo moviendo la mano. Buen viaje. Ellas quedan atónitas a un costado de la ruta. Los buitres llegan puntuales a almorzar con sus cubiertos y servilleta al cuello. Nos volvemos juntos, abrazados, nos queremos tanto. Canturreamos una melodía pegadiza, *porqué será, porqué será, que estando la vaca atada el ternero no se va*. La desgracia ajena es un chutazo de caballo.

OceanofPDF.com

Las flores salvajes empujan la tierra al costado de la ruta. La desgarran, la destierran. Como nosotros. Nos dimos cita en el borde de los autos. Miro un nogal y pienso que lo prefiero a los hombres. Veo un halcón sobrevolar el pasto como si fuera el mar y pienso que es dichoso. Lo veo llegar entre la neblina de noviembre, al final de las casas. Camina detrás de un tipo que tiraba de un carro, iiiii, iiiii, un chillido de dientes. Parece que vende frutas y pescados. Habíamos quedado en hablar, cómo seguir, cómo no ir a parar de frente a un muro. No fue necesario nada. De nada. No escuché su voz ni una sola vez. Podría haber sido mudo, tener rotas las cuerdas vocales. Nos alcanzó el falso silencio de la ruta, besarnos sobre las lomas de burro, besarnos a la vera del camino inmersos en el tóxico de la central nuclear. Y llegar a la cima. Esa obsesión erótica, la palabra textura dando textura, el color cobre, malezas sobre los ojos, en los ojos, detrás de las pupilas. Así anduvimos con los bebés colgados cabeza hacia abajo llenos de sangre, yendo y viniendo, ellos babeaban, nosotros también, ellos emiten chillidos igual que nosotros. Y ciegos caímos en la fosa, nos revolcamos como dos retardados, los bebés nos saludaron desde la superficie, nos tendieron la mano. Y cuando la noche pasó como un perro con convulsiones, nos despedimos. Y fue como una asfixia montándose en mi garganta, una garrapata escalando mi cuello, algo que se trenza, se atranca, una tenaza en mi faringe. Y el regreso a casa fue seguir las líneas blancas de la ruta como un funámbulo, un pie delante de otro, mis huesos siguiéndose como un esclavo, los brazos en cruz. Durante el amanecer empujé al bebé que canturreaba. La la la. ¿Qué dice? ¿Cómo puede tener ánimo para decir algo? Mi lobito con el hocico frío aullando a algún planeta. Al entrar, la casa estaba humeante, una nota con el menú de la cena y besos pegados con cinta adhesiva. Desabrigué al lobito sacándole la piel. El calmante homeopático que tomé bajo la frazada no hizo ningún efecto cuando horas después me desperté violácea. Tardaba mucho más de lo normal, me ponía una media, se caía la otra. Me abrochaba un botón y saltaba el otro. Me peiné, miré mis dientes, mis uñas. Nada estaba en su lugar. Mi cuerpo no

funcionaba, no se dejaba vestir, ordenar. Golpearon a la puerta cuatro manos, qué pasa, qué pasa. Qué pasa de qué, digo. Sacarme el traje del sueño, la piel venenosa, volver a tener olfato, pestañas. Volver a pronunciar, tragar. Me miro en el espejo, no me parezco a ayer. No soy madre. Afuera lloriquean. Patalean. Les parece gracioso volverme maniática. Se tiran al piso, pasan mensajes obscenos debajo de la puerta. «Mami te amamos.» Qué cómicos los dos chiflados pintándose de rosado los labios. Intento reír, festejar las ocurrencias, ahora el chiquito se sube a la cabeza del grandote, son un monstruo, quiero celebrar pero imposible. Salí de una vez, se impacientan. Dale, mami, salí, dice con voz aguda mi marido, tenemos hambre. No van a lograr que salga. Me visto como puedo con los pies chuecos y dejo la mano en el picaporte. Del otro lado, silencio. ¿Se habrán ido? ¿Esperan a que abra para dar el zarpazo? Me agacho y miro por la ranura. Veo sombras ¿serán sus pies? Se escondieron o se acostaron en el piso, o se fugaron. Le pego una patada a la puerta. Ya estoy del otro lado. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí? Bebé, es mami, ¿estás? Salgo a la terraza. Piso restos de la noche anterior. Mi amor estuvo sufriendo, se quemó las yemas con las colillas, pero el deseo es bendito. He ahí el dilema, me digo con los dedos grises y cortados. Está mal irse con otro, dijo una vecina, y mi suegra asintió. Está mal, repitieron a coro dos borrachos y se lanzaron sus botellas vacías. Baila, condenado. Las esposas adúlteras eran forzadas a desnudarse y perseguir un pollo por todo el pueblo en la Francia medieval, se oye decir a lo lejos y no sé por qué me suena que el mensaje tiene destinatario. A lo lejos asoma el bambi, ojalá supiera qué intenta decirme. Dos figuras se despliegan en el aire demasiado abierto. El suspiro aliviado que sale de la boca de un lobo. Son mis hombres brincando, volando, uno montado en el otro. Me llega el eco de su gran felicidad.

Cada vez que mi marido me la da, pestañeo y es como si derrumbaran un árbol. Como hachazos. Como con la mano y queda la grasa chorreando. Hablo fuerte, babeo, igual me la dan, sigo siendo apetecible. Contra la pared como a vos te gusta, dice lascivo. Maniatada como vos pedís. No lo reconozco. Parece que tomó apuntes. Me la da y mis ojos estallan varias veces. El exorcista. Me quedo ciega. Una pedrada en la frente. Me la da, me la da y es un derrumbe, objetos que caen y golpean. Las tacitas de porcelana de la abuela. Los cuadritos traídos de Italia. Mi casa es un depósito de vidrios. Me duele el fémur. No digo nada. Por una vez le sigo la corriente. El maridito de las tautologías se me avivó. Se despertó el rapaz. Me dejo ahogar por sus fluidos. Hasta dice puta. Dice. Y se le llena de agua rabiosa la boca. Agua contaminada. No son sus palabras. Alabado sea el Señor. Aprendió, ¿habrá observado al otro? Pero ya no me sirve. Intento pertenecerle. Le doy mi cuero cabelludo. Tomá. Le doy mi cerebro. Le doy mi piel estirada. Tironeé. Le doy mis pestañas, no me importa perderlas. Que mis ojos se sequen de un abrir y cerrar. Me ofrezco. Agarré. Tené. Probé. Quiero ser su mujer pero lo miro con el asombro de una desconocida. Una mujer que duerme la siesta y es atacada por una sombra. Una mujer que mientras camina es manoseada al pasar. Me caigo hacia un costado. Me descompongo y me dan un vasito de agua. Siéntese, señora, dicen los niños. Me dan sal en un puño, como a un pajarito. Con el pico, lo muerdo. Terminó. Me dejo que siga tocando. Estamos babeados. Ahora viene el abrazo y el beso húmedo. Ahora viene el acoso del amor. Quiero fundirme. Pero es como disparar a los pies. Como enterrar algo en la superficie para que brote. Una pareja de viejos bajo un golpe de calor.

Pero tampoco es idiota, tengo cara nomás, dijo y una mañana a las siete y cuarenta, con el viento pateando sobre nuestras cabezas, dijo vení, sentáte. Y vení sentáte es todo lo que uno necesita para saber que se terminó. Ya está. Se me aflojaron las piernas. Qué importa lo que venga después, más o menos horas frente a una mesa, las manos cruzadas, si lloramos, si se hacen las valijas, si se dividen los bienes. Qué importa lo sucesivo, si tenencia compartida, si el niño es secuestrado por uno de los progenitores, si se viene un juicio y un litigio por manutención. Vení sentáte y no eran ni las ocho de la mañana, la boca agria de una noche pesada, dura, sangrienta. Vení sentáte, aunque uno después se consuele pensando que algo puede mejorar con la excusa de que las heridas cicatrizan. Que el tiempo hace algo por nosotros. Sentí una punzada en el sexo y tuve que arrastrarme hasta la silla. Si pudiera usaría bastón, me vestiría de anciana, teñiría mi pelo de blanco, tomaría pastillas para enfermedades neurológicas hasta que mi cerebro les hiciera espacio. Quiero ser una vieja. Desagradable en todos los sentidos, hedionda, insoportable, me olería, y tomaría la medicación para que tuvieran que lavarme por mucho tiempo. Así que todavía con el sexo latiendo lo escuché, lo vi mover una boca ya lejana, decir palabras que no entendí. Las hojas se cortaban en el aire, el decorado se sacudía como si alguien nos dirigiera. Hasta que escuché, curación. Eso veía de mí. Una mujer que debía calmarse. Volverse una ameba. Irse a un lugar de sábanas y paredes blancas, bajo la lengua, pastillitas, pildoritas, comprimidos. Conocer a la vecina de cuarto, tomar el jugo con los otros desgraciados, hacer talleres de manualidades, leer libros de tapas duras e ilustraciones. Hasta que un día los otros internos inflan globos y pintan carteles de despedida con crayones y soy dada de alta y vuelvo a la sociedad. Contuve una arcada mil veces superior a un calambre, una contracción, mil veces peor que las llagas, el apendicitis, el mal de ojo. Me convertí en un escuerzo y como un meo venenoso largué, de una, diez años de pareja sobre la mesa, la silla y el sofá. Y frente a los destrozos no supo si pasar un trapo, abrazarme o llamar una ambulancia y que por fin me internen. Y el chico

nos miró entre las patas de la mesa y entendió como adulto. Adentro todo era esquirlas, la criatura me mira con una faca tumbera en la boca. Me levanté temblorosa, había perdido mi casa, salí a los pastizales. Estaría menos perdida si en la radio dijeran que algo detonó la guerra. La naturaleza se rió de mí, esta veterana ya no era la patrona. Los bichos ahora se montan sobre el cuerpo. Me quedé mirando arriba, revolcada entre yuyos y cuando terminó, entré. Mis niños miraban un programa de sorteos en la televisión y comían hamburguesas, se respiraba olor a fritura. Casémonos, dije. Y un minuto después mi hombre, sin perder de vista la tele, dijo acepto.

OceanofPDF.com

Hoy se toma el champagne en copa. Tacos altos por primera vez en mis pies. Una cintura que no sabía que tenía. Mi pelo resplandece. Afuera se meneaban dos ardillas. Todos estamos alcoholizados. Hasta las piedras. Y una mesa larga, el mantel blanco resaltando las manchas de rouge. Alguien me lleva al centro de la pista y me da vueltas, me enseña el un, dos, tres, me hace reír. Me parece poco creíble reír. Me toco con los dedos la sonrisa. Y los invitados danzan locamente y las mujeres giran sus cuellos de cisne trescientos sesenta grados, algunos caen por la bajada al bosque y no volvemos a verlos. Hay más desaparecidos que gente. Los vecinos duermen o están muertos en sus camastros. El aire es denso y por momentos brilla. Mi marido viene y se va, me da besos sin lengua, me acaricia el hombro, hasta los animales lo miran con respeto. Y antes de las danzas macabras, bajo una capilla improvisada, un párroco, yo tengo más religión que él, nos dice performático: «Estamos aquí reunidos en la presencia de Dios y de estos testigos para solemnizar ante el Todopoderoso y en el nombre de nuestra santa religión, el contrato de matrimonio entre este hombre y esta mujer.» Y esta mujer vendría a ser yo. «¿Toma usted a esta mujer, cuya mano sostiene, como su legítima esposa: promete usted solemnemente, delante de Dios y de estos testigos, que usted la amará, honrará, consolará: que se conservará solamente para ella, cumpliendo los deberes de un esposo para con su esposa, mientras Dios le conceda vida?» Sí, lo haré. Pero no oí nada. Un balbuceo. Un zumbido. Todos me observan, soy yo la atracción. «¿Toma usted a este hombre cuya mano sostiene como su legítimo esposo; promete usted solemnemente, delante de Dios y de estos testigos, que lo amará, honrará, consolará; que se consagrará solamente para él, cumpliendo con todos los deberes y obligaciones que una esposa tiene para con su esposo, mientras Dios le conceda vida?» Mientras Dios me conceda la vida, y mis piernas corren sobre la ruta hacia un camino paralelo. Y en mi mente todavía tengo fuerza y voluntad para enterrar el cuchillo en la carne de una vaca. Y antes del «sí, lo haré» me veo forrada en hierba. «Sea esto el sello de vuestra fe mutua y vuestro mutuo afecto y felicidad, recuerdo de este

sagrado servicio, y de los sacrosantos lazos del matrimonio, por los cuales os habéis unido en santo matrimonio hasta que la muerte os separe» ¿Pero cómo nos separará? ¿Quién verá al otro cadáver? ¿Quién entierra a quién? «Por cuanto este hombre y esta mujer, solemnemente, y delante de Dios y de estos testigos, se han dado y empeñado su fe y palabra el uno y el otro, y lo han manifestado por la unión de las manos, yo los declaro marido y mujer. Lo que Dios ha unido, que ningún hombre lo separe.» Y gritaron como chacales, como hienas, y busqué desesperada a mi ciervo. Y busqué a mi hijito, pero se había escondido. Y no había nadie, no hubo nada que pudiera detenerme. Y nos alzaron sobre sillas, nos revolearon en sus brazos y «¡Hurra!», «¡Vivan los recién casados!», «¡Aleluya!», y tiraron arroz crudo que se metió en los poros de mi cabeza, y me besaron las bocas grumosas y una manada de perros de caza sueltos con colas de reptiles giró en remolino sacudiendo el mantel y rompiendo copas, botellas y flores. En mi mente también corren perros, ¿o son potrillos? Campo abierto vi que cuchicheaban algo mirando asombrados mi cara, yo era la emperatriz, la mujer barbuda. Madame Zingare. Me palpé y noté que, en vez de la sonrisa, de la comisura de mis labios caía algo hosco, tibio, viscoso.

Yo era un vestido blanco con voladitos entallado en la cintura en esa habitación con ventilador de techo totalmente empapada. Y rondaba la entrepierna, pero no era eso lo que andaba necesitando. Y rasqueteé un poco por ahí, pero nada. Y me palpé, me golpeé la mano para ser el otro el que me toca, me saqué las ligas con los dientes, me arranqué el bordado de las uñas, me puse la mano en el corazón, me mojé la nuca, me tiré gotitas, me desnudé varias veces. Me cambié de bombacha. Intenté olerme, no llego, aunque estire el cuello hasta quebrarlo. Quise dormir boca abajo. Boca al medio, boca arriba. De un manotazo cacé la tijera, me corté el flequillo y lo dejé sobre la almohada. Ahora somos dos. El ventilador daba vueltas cada vez más lento, se me venía encima. El teléfono mudo. El colchón era un charco. Las cortinas de yute sonaban despacio. Me había prometido llegar temprano a nuestra noche fogosa. Dejar al niño con la viuda y venir. No es mi culpa, me dejan a mí con las tripas abiertas. No sabía cuánto tiempo hacía que lo esperaba, pero de tanto abrir y cerrar las piernas se me acalambraron. Me levanté de un salto y me dolió no tener corpiño. Caminé sobre la cama y me puse en cuatro. Me reí envuelta en tules en el espejo berreta, descascarado. Era una actriz de Hollywood, encantadora y trágica. Me metí en la bañera y chapoteé. Pero seguía en falta, frenética. Y no llega y doy una vuelta carnero, me ato, me suelto. Y si no viene empiezo sola, la entrada, la previa. El precalentamiento. Respiro el olor a carne cruda de este hotel. El vestido mojado me pesa, lucho hasta deshacerme de mis algas enredadas, la tela de la enagua que me ahorca. Ensalivo mi dedo sabiendo que es poco, que nunca tendrá la fuerza bruta que necesito. Indiferente, demasiado desnuda en mi cuerpo. Quiero una piña, un sacudón. Quiero una embestida. Llamo al conserje, lo despierto, habla como si tuviera los ojos pegados. Le pido un martini y le aclaro que sin aceitunas, con dos hielos y una rodaja de limón. Me pone música de amor, en su voz hay compasión, una novia a la que nadie visita. Quién ha visto. Me ofrece subirme un refresco, intenta levantarme. Corto. Hago un striptease de alto voltaje parada en el inodoro, me balanceo, me meneo,

perreo. Saco la lengua. Camino con los tacos por toda la habitación. Mi público alzado soy yo en el reflejo del botiquín. Al final tiro la cadena El novio todavía no llegó. Todo debe ser gracias al niño.

OceanofPDF.com

Apática y en short amarillo en el asiento trasero, bolso de viaje en mano, cara de maniática para ir practicando, subía y bajaba las cejas. Actuar normal y de pronto, sin razón, quedarme estática mirando fijo. Aprender también a mirar a los ojos con absoluta atención, pero que se note que en realidad estoy en otra realidad. Tengo que dar con el perfil de Zelda Fitzgerald camino a Suiza, no precisamente a comer chocolates ni probar relojes. Con las rodillas en alto devoro la ruta, el camino sinuoso. Muerdo la ventanilla. Mi marido me hace el gesto de que pare por el espejo retrovisor. Hace el gesto de que ayer ya lo discutimos y estuvimos de acuerdo en que era lo mejor. Para los tres. Mi cura se aproxima, la veo venir. Un espeso espejo nos separa, ella y yo, la que seré al salir. Largo una risotada, mi hijo se da vuelta y me mira intrigado. Sí, es su madre la que ríe. Flor de imbéciles. Hijo y padre. Al unísono. Paridos por la misma mujer. Estoy rota y descosida. Llevo zapatillas sin cordones y el shorcito se me cae. En mi bolso hay un anotadorcito de colores, ¿qué podría anotar ahí más que imágenes sin moraleja? La ruta está despejada, el servicio meteorológico anuncia buen tiempo para el fin de semana, dice mi marido, vas a poder descansar al sol. El auto sube sin problema las colinas. Le hizo el control técnico para poder llevarme, debería haberme escapado con una aguja, pinchado las gomas por la noche. Tenemos gasolina para ir hasta Siberia, ida y vuelta por la nieve sucia concentrada en las banquetas. La novela empieza así. El personaje que va detrás es llevado lejos, parece sumisa en su short y su pelo recogido, casi una colegiala, pero en realidad ahuyenta perros y tiene los ojos heridos de bala. Pero, en realidad, ve los árboles girar acelerados por el movimiento del auto. Se imbrican, se entrelazan, todos son uno. No árboles sino un sentimiento exaltado, la boca mareada, en falta Arriba, debajo de la tierra, por todos lados en el aire. Algo falta. La mirada de mis hombres son patadas en las costillas, los dos canturrean *love me, love me, say that you love me*, yo los tapo con Mozart, *Divertimiento en Re mayor, K334*. ¡Llegamos!, dice. Un bloque de piedras irregulares con chimenea será mi hogar. Voy a desayunar tostaditas con

mermelada casera de ciruela hecha por una banda de alterados. Como yo. Voy a trabajar en la huerta y en talleres de manualidades y voy dormir en un colchón estrecho, mis vecinos de cama van a tener pesadillas. Como yo. Voy a caminar entre colillas no terminadas. En pleno auge de mi vida, caída libre. Voy a revivir muertos, en eso voy a ocupar mi mente, los haré saltar la valla como ovejitas. Adiós a la morbosa ansiedad sexual. Bajamos del auto los tres con aspecto de turistas abombados, foto, foto. Pienso que nos van a mostrar las instalaciones, piscina, sala de juegos, comedor. Pienso que estoy de luna de miel, como las otras. En cambio alguien me estira los brazos, me aprieta enérgico. Bienvenida y me empuja un poquito. Y veo cómo mi hijo y mi marido, hasta hace nada junto a mí, dicen chau chau linda, chau chau mami, con la mano. Y todo pasa tan rápido, escucho el motor, ya ruedan por las colinas, ya cantan otro tema. Giro. Un pasillo de puertas cerradas, alguien me hace avanzar y me interna.

OceanofPDF.com

La primera mañana del resto de las mañanas estuve acostada, los dedos colgando. Un médico se acercó. Sus anteojos deformes sobre mí, sus cuatro pupilas. Soñé que dejaba a mi bebé durmiendo bajo la lluvia ácida. Soñé que no podía traerlo. Que me miraba distante. Perdón. ¿Qué dice? ¿Qué digo? Estaba pidiendo perdón. No, era un sueño. ¿Me tengo que levantar? No tiene que hacer nada. ¿Me puedo quedar en la cama? ¿Acá se vive de día? Viva como quiera. ¿Mi marido pagó para que viviera como quiera? Se puede ir cuando le dé la gana. ¿No es este el nuevo mundo? Es solo un lugar más calmo que el resto. Y así se fue arrastrando los pies, como todo médico que se muestra atormentado. Me quedé mirando una mosquita tornasolada darse contra el ventanal una vez y otra hasta abatirse. Sus alitas azuladas esparcidas en mi cama. No vi a ninguna otra persona respirando cerca. Nadie me espiaba, salvo yo. Me levanté contenta de estar de pupila en un establecimiento que tenía mucho de hotel, al parecer limpio y confortable, y bajé al comedor con la impresión de vivir. Estaba sola, alguien había resucitado. Saludé a cada persona y hasta pregunté sus nombres. En general, no me importa cómo se llama la gente, qué diferencia hay. Di unos besos en las mejillas, apretones de mano y golpes de aliento en la espalda. Parecían decirme, que Dios te ayude o bendita eres tú. Me ensalivaron los enfermos y empleados sanitarios. Mua. Mua. Alguien gritaba que quería Rohypnol. Interesante. Atravesé el comedor con olor a sopa de cubito y salí al parque. Una medianera alta nos separa de un caserón con una manada de ovejeros. De algún lado viene una cumbia pornográfica. Alguien lee el diario, un presidente cayó con su avión. Otro comenta que un padre mató a su hija en pleno festejo navideño. Me doy cuenta recién ahora, mientras me acaricio el pelo, de que no veo mujeres por ningún lado con excepción de dos hembras que no podría considerar en la categoría. Mi marido me encerró con hombres. Solo veo cabezas rapadas, como nueces. Huelo a testosterona. Uno tose, el otro carraspea, todos fuman. Solo hay voces graves, plumizas. ¿Y si se confabulan médicos y pacientes y me postran? Uno de blanco me guiña el ojo. ¿Para qué me trajo

acá?, para ver cuánto resisto, para asquear a la ninfómana. Tomo la sopa de cabello de ángel en una mesa redonda y al terminar cambian los platos por un juego de cartas que parece divertimos a todos, un compañero de equipo pretende pasarme una seña y me mira con falo en los ojos. Por la noche oigo ladridos que traspasan la muralla como algo que pertenece a otra vida. Me escurro en las sábanas, cuántos de los que durmieron acá ahora muertos. Aparece él. Su maxilar en mi boca. Su ojo en mi culo. Quiero borrarlo con una llamarada, pero no puedo y me dejo llevar por el bálsamo del deseo. Y ni me acuerdo de mi hijo.

OceanofPDF.com

Hasta que no me digas lo que pasó voy a seguir escapándome, no voy a querer tocarte, voy a estar en estado de alerta. Que hable bajito, que se calle, que acá todavía no me conocen. Silencio penoso. El terapeuta nos deja sufrir. Su marido dice que está en permanente estado de alerta, ¿usted cómo lo interpreta? Ninguno de los dos sabe qué hacer con su cuerpo sentados al lado, los brazos colgados, asexuados, amigos. Se supone que nos dieron este intervalo curativo y una baby sitter en el cuarto contiguo cantándole arrorrós al bebé para que resolvamos nuestros problemas conyugales, para que intentemos abrir nuestras heridas, dice el profesional, y me río y pido perdón, pero es que el bebé se debe estar pegando flor de embole con las canciones de cuna. Acá estoy en este ridículo consultorio que da al parque con su pasto artificial, esta bandeja con té, esta música relajante de fondo. Música para pensar, dice el profesional, música para darse la cabeza contra la pared. Mi marido tiene la cara de grana, es un toro, se me viene al humo. Mi marido tiene una pija mil veces más grande que el otro, pero no sabe usarla. Tampoco la lengua. Escucho una serie de consejos que dice el profesional, pero creo fervientemente que vamos a divorciarnos por el mal uso de su lengua. Lengua de reptil. Lengüita de serpiente dormida. Nunca un lengüetazo, un chupón, una lamida. Lengua dócil que no sabe ahorcar. No sé cómo interpreto la presencia de otro, no sé qué quieren hacerme decir. Lo veo siendo un marido infeliz y me meo y te vas a la reputa madre que te parió, ando caliente desde que te conocí, ando neurótica, engualichada, ¿qué tenés?, dice mi marido. ¿Qué tenés? ¿Estás con una simbiosis de qué? Neurosis, le digo. ¿Y qué tienen que ver acá tus neurosis? De eso tiene todo el mundo. Pusiste una mirada rara, ¿en qué estás pensando? Se me cruzó una imagen, pido perdón, pero esa imagen es un caballo azabache con ojos saltones, fuera de órbita y me aplasta y me arquea. Pido perdón. Nunca sos normal, nunca estás relajada, ataca, va a decir cool pero se frena justo. No sé qué cosa le digo, es que no me cojés, bueno, así no me dan ganas, me escapo, ponés mala cara todo el día. El profesional dice la palabra tolerancia y respeto por el otro, lo escuchamos

como debajo del agua. Estos republicanos del espíritu, ¿tole qué? me vuelve a preguntar por el estado de alerta de mi marido, no respondo, me quieren hacer cantar. Controlo mi sudoración, mi pulso cardíaco, no quiero que nada me delate. ¿Por qué cree que se siente en peligro? Qué pregunta capciosa. ¿Qué cree que causa ese estado? Ya sé todo, lo puedo recitar con los ojos cerrados, me aburro, está mal la sombra de otro proyectada, me aburro, cabeceo. El bebé que ya no es tan bebé llora al lado, la baby sitter no tiene la menor idea de cómo calmarlo, se debería haber dedicado a otra cosa Te voy a reventar a palazos, dije. ¿Cómo es que llegué a decide te voy a reventar a palazos? Llamá a la policía, no te asustes. No, no la llames. Demándame por falta de cuidados, eso que ves en las películas yanquis de madres desequilibradas que al final no se pegan un tiro nada, se integran a la familia y cocinan galletas de chocolate los domingos. Sos una negligente, dice. Yo me esperaba mucho más. ¿Querés que probemos con terapia de familia y lo incluyamos al bebí?, boludeo. Sos infantil, dice, frente a la mirada de aprobación contenida del psicólogo, se gustan. Sos un marido de mierda, pensé, y lo abracé fuerte. Pasé por sobre el profesional que anotaba algo críptico y seguramente muy interesante y lo apreté, lo apreté tanto, le estrujé las tripas. Lo toqueteé esperando que no me rechazara, que no me tirase. No lo hizo, mi santo.

Se fue y me quedé mirando el parque como si fuera un acantilado. Se fue y se llevó a su bebé. Tuve la sensación de haberlo arruinado todo. Un soplo de irracionalidad había quemado mi existencia y me encontraba en medio de la apariencia con un arma cargada entre manos. Tenía unas ganas de disparar que no me aguantaba. Pero qué quilombo hacen esos pájaros de mierda. Afuera la naturaleza seguía su rito del atardecer. Algunos salían del comedor con una mandarina o un racimo de uvas a verlos migrar de continente con sus binoculares, los conmueve el aleteo, ese movimiento repetitivo. Al pasar me sonreían y después, al comprender, huían. Me sentía voluptuosa caminando por ese pasillo, las tetas por encima del cuello, los ojos aplanados, el pelo lacio, una sonrisa de ganadora y el arma bien alta. El profesional me seguía de cerca, lo veía en las puertas vidriadas, sus zapatos pegados a mí como chicle. Se quedó preocupado por mi comportamiento en la consulta conyugal. Corrió unos pasos y me pidió agitado que lo acompañara a su oficina, ¿puede acompañarme? Pero al ver que tenía la mano en forma de revólver, el dedo índice gatillando, se echó hacia atrás. Cagón. Luego, recuperó el aliento y me instigó a pasar, detrás de mí, cerró con llave. Me permito decirle esto sabiendo que es una intrusión en su vida privada, arrancó jadeante y bostecé. Estaba tentado de pedirme que me cortara la mano pero sabía que era ilegal. Odio tener que perder el tiempo con repetidores de obviedades, incluida yo. Veo detrás del cortinado beige que un grupo de internos juega a correr unos patos. Dice que mi marido se siente impotente frente a la figura del desconocido, como una topadora, que se vuelve viciado el aire de mi casa, que prefiere que me quede todavía una semana más, todo eso hablaron a mis espaldas, es oficial, estoy en penitencia. Quiero que termine de una vez el día, que empiece la noche, que me dejen salir a enfrentar animales. Al final dije que me sentía responsable, que iba a repensar mi rol de esposa y madre, que era útil quedarme una semana más, y dejé que mi mano volviera a tener cinco dedos. Intentó convencerme de declarar, pero vio mi mirada y enseguida abrió la puerta. Salí al pasillo y corrí hasta mi habitación. El vapor de las duchas me dejó

ciega. Llamé a mi esposo. Usted está comunicado con el teléfono de la familia X, por favor, deje un mensaje después de la señal y lo llamaremos a la brevedad. Muchas gracias. Siempre lo mismo, cómo no se agotan, cómo pueden ser tan parecidos, hasta en una manada de cabras uno las diferencia por la manera de levantar la quijada. Corrí por el pasillo, salí por un atajo y salté sobre los carteles de peligro de demolición. Caminé sin cruzar a nadie. Qué estarán haciendo padre e hijo. Los imagino desnuditos en la pileta bajo un chorro bien caliente mirándose los pitos. Los veo jugar con la manguera, dibujar letras en el aire. Están agachados en la huerta arrancando verduras, comiendo hortalizas. Después tomarán el postre-helado bajo la luna, el padre le cuenta el nombre de cada estrella El hijo señala. El papá hamaca al niño, el niño hamaca al papá. Los veo olvidándose paulatinamente de mí esta noche y lentamente la que sigue también.

OceanofPDF.com

Los dos estuvieron con los bolsos y las viandas en la vereda de enfrente, parece que mejor dejar al niño fuera de estos lugares. Bajé a desayunar por la madrugada y me encontré, por primera vez, con el comedor vacío. Después crucé con el pelo mojado y la malla apretándome las tetas y les sonreí. Es un día importante, dijo, y subimos a la camionetita todoterreno que le dio un tío preocupado por la situación. Durante algunos kilómetros, y hasta que pasamos el peaje, fuimos felices con la cara al viento cantando un hit ochentoso en la radio y haciéndonos masajitos en el cuello. La vida fluye. Y también, durante algunos kilómetros hacia el sur, fuimos una familia tipo, madre-padre-hijo, que lleva protector solar número 25, termo y abrigo para el atardecer. Pasamos los controles policiales con éxito y atravesamos un vivero de pinos altos y eucaliptus, después la ruta empezó a oler a sal, estacionamos y mi esposo preparó al nene para su primer contacto con el mar. Me miré en el espejito retrovisor y no vi ninguna cosa rara, mi novio, a veces me gustaba llamarlo novio, me hablaba, no sé qué me contaba de cuando era chico, me sentí una buena mujer escuchándolo, diciendo atenta, ajá, ajá. Bajamos del baúl la sombrilla a lunares, las vianditas y el termo, todo lo tenía preparado y el bebé señaló enloquecido hacia el mar. Buen signo, no te olvides de filmar el momento preciso en que entra, dijo mi hombre, tan atraído como él por ese huracán que avanza y retrocede. Estamos en el trópico. En la arena saltamos quemándonos y riendo los tres y vi que una anciana en malla enteriza y encremada sonreía desde una carpa, satisfecha de ver a una familia unida. Todo iba bien. El banderín anunciaba que el mar estaba calmo, abajo estaban el de dudoso, peligroso, prohibido bañarse y niño extraviado. Algunos dormían en improvisadas hamacas colgadas con hilos de colores, otros se bronceaban desnudos. Uno llamó mi atención, estaba tan rojo que sus rasgos se diluían detrás de esa piel bordó. Había muchos bebés corriendo en círculo, robando los zapatos de la gente, armando remolinos de arena, el mío se entregó al clan y enseguida fueron una manada de bebitos sueltos. Mi esposo me pidió que le pasara bronceador por los glúteos y se acostó. Un segundo después

ya no me respondió. No quise cruzar mirada con ninguna de las que tenían un libro abierto buscando a los costados con qué distraerse, no quise estar bajo la vigilancia de nadie y también me tiré a carbonizarme mientras oía de fondo el alarido de los indios. Quizá dormité unos segundos, quién sabe, la cuestión es que cuando me di vuelta en la incómoda reposera de plástico noté que mi marido, completamente dormido, estaba erecto como nunca antes. Y me lo quedé mirando, pasmada, pero su cara no daba signos, no podía adivinar de dónde venía esa erección y me perturbé porque de algún lado venía ese deseo claramente no provocado por mí, echada como un flan brillé a su lado. Y fue ahí, me parece a mí, por lo que recuerdo, que empezó todo. Lo sacudí un poco, él dice que mucho, y levanté su malla. Y la señora de enteriza me llamó la atención sobre que había chicos, que era una playa familiar y que hay lugares para eso. Y mi marido seguía muerto pero esa cosa ahí demasiado viva me empezaba a obnubilar y me pareció que me ocultaba algo, estaba celosa de su sueño y quise ver más, correr el cortinado y grité ¡despertáte ya mismo!, ¡explícame lo que está pasando! y ahí me miró y me dijo loca y yo le di un golpe seco en el pecho y la nube de niños envueltos en arena se detuvo y como los chicos exageran, se pusieron a llorar a los gritos. Nosotros no éramos sus padres, así que, como los chicos son hipersensibles, las madres corrieron a agarrarlos como si estuvieran presenciando una escena de sexo violento y los envolvieron en sus toallones estridentes tapándoles ojos y orejas mientras un grupo de personas muy comprometidas con el caso le advertía al guardavidas del balneario que al intervenir en este asunto encontró su minuto para sentirse necesario. Mi esposo, recién levantado, no me defendió para nada, me dejó con los leones, con los agravios, con la sarta de obscenidades que dicen siempre los predicadores, y se llevó al chiquito con la nariz negra escupiendo piedritas. Y me dejó, el muy cobarde, con todas las miradas sobre mí, no asumió ninguna. A esa altura, mi esposo ya no la tenía parada, ni siquiera parecía un hombre. Nuestro auto iba en completo silencio justo sobre las líneas blancas cuando nos dimos cuenta de que no lo habíamos llevado a que conociera el mar.

Tuve que revivirlo mentalmente, es lo que queda, la evasión, porque al menos tiempo acá tengo, la noche en la que yo iba y venía por los ventanales con un encendedor primero, con un candelabro de siete brazos, después, iba y venía siguiendo su sombra. Prendía y apagaba sucesivamente los veladores para ver si se iba o se quedaba, si era de los que resisten los tornados. Mi esposo acostado dormía con el celular en el pecho, ni piensa en las radiaciones. Mi bebé se caía de sueño pero seguía yendo a los tumbos por la casa, sostenido por los cortinados y las mesas ratonas de otro siglo, tirando todo lo que encontraba, ceniceros, cubiertos, se mantenía en vela, quizá para que no me tenga otro que no sea papá. Di muchas vueltas hasta que logré meterlo en la cuna, frenar sus alaridos, pasar las páginas de alguno de sus libritos con astronautas y capitanes de barcos y convencerlo de que lo mejor que puede hacer uno por la noche es dormir. Mamá miente. Cuando me acerqué a la puerta apareció mi esposo en calzoncillos cuadriculados buscando un pucho. Pero lindo, todos los hombres son lindos semidormidos, algo se les afloja en el triángulo entre los ojos, la nariz y la boca, algo los hace menos hombres. ¿Adonde vas? A ningún lado, afuera, dije. Y las dobles respuestas nunca son efectivas. ¿Vas afuera? ¿A qué? A nada, a tirar la basura, digo y debería inventar algo más creativo la próxima. Dejé la bolsa ahí en la puerta, yo la tiro mañana. Me caga cuando se hace el bueno. No tengo otra opción que quedarme con las ganas, clavarme un almohadón entre las piernas. O escaparme ni bien se duerma, saltar la reja. Puso la pava, agregó leña y chasqueó los dedos, no parecía muy dispuesto a irse. Esperé a que hirviera sin saber por dónde andaba el otro, ya no escuchaba el titititit del anillo de su mano pasando por las rejas, ya no sentía el estertor detrás de las ventanas. Mi marido me miraba con los ojos hechos una rayita mientras picaba galletas del nene. Se hacía el normal mientras me obstruía el paso, me bloqueaba. Yo hice de todo, fui a verificar que el bebé no se hubiera ahorcado con el piolín del conejo a ruedas, vacié platos, limpié la mesada de la cocina. Di unas pitadas a su cigarro negro marcado por sus labios sentada en la ventana abierta. Dentro dormía el hijo de otra.

Parir, ¿para qué? Repasé mirando la maleza que empezaba a despejarse. Acodado en la chimenea jugaba solo al ajedrez y, al mover un peón, estuvo a punto de decir algo, agrandemos la familia o démosle un hermanito para que no se aburra, pero en cambio, movió la pieza sobre el tablero y dijo que se retiraba. Que hasta qué hora me iba a quedar dando vueltas y dije ya voy, ya llego, vos andá, y me dio un piquito, pero cada vez más de lejos, como dos estatuas. Y cuando estuve por salir me llamó desde el baño. Me dijo que tuviera cuidado, de qué, dije sin entrar, sin permitirle que me viera, vos sabés, cuídate, y se fue directo a dormir. No llegué a salir que lo vi y me olvidé de todo lo anterior, de la casa que humeaba, del rusito dormido con los ojos abiertos de conejo, de mis días previos de ardor. Lo devoré, porque para eso están las noches, hijo.

OceanofPDF.com

La vida no fluye, pensé mientras me sentenciaban a una serie de interconsultas con diversos profesionales como consecuencia de la funesta salida al mar. Uno de los ejercicios consistía en aislarme en un cuarto con un espejo y mirarme durante horas para, al final, poder decir qué veo. Pero no es necesario que malgasten energía, no necesito mi reflejo para saber que soy una basura. Para qué. Por qué no cerré el pico. Olvídate. ¿Por qué dice que es una basura? ¿Es lo que usted piensa de usted o lo que piensa que piensan los demás? Yo ya casi no respondo. Yo ya sé que soy una basura. Afuera se sentía un fuerte olor a pollo condimentado, después verían un film de relaciones humanas para terminar en cine debate. ¿Extraña a los suyos?, preguntaron, y yo tenía la cabeza dentro de un tanque de agua y veía a mi hijo con cara de niño, los cachetes sucios, el culo rojo y el pelo rubio. ¿Extraña su tierra?, insistieron. Un polaquito de campo. Un rubicundo. Un exiliado como yo. Y siguieron haciendo ruido con palabras que se disecaban. Hablaban apenas turnándose, en mi cabeza sonaba *English Suite* oí. ¿Por qué no llegaron al mar?, insistían. Es simbólico, ¿no le parece? ¿Por qué no se animaron a concretar?, y yo me vi con mi mallita, mis dos puntos rosados al viento, la vagina arenosa, los ojos macilentos de mis tres años. Tendrá que ver con eso, pensé, pero no les di ni un dato, si quieren analizarme, que lo hagan sin pistas. Tengo tres años, me escapo de mi familia, en un descuido de mamá pata y papá pato, una discusión que sube de tono, me voy, me pierdo en esa agüita de la orilla que parece saliva. De pronto, no veo a nadie conocido, son todas mallas de colores y bocas que se mueven, pero nadie sabe quién soy. Me quedo toda la tarde sola, yendo de carpa en carpa, comiendo lo que encuentro, restos de facturas, dejándome acariciar la cabeza por hombres que leen el diario con los pies hundidos en la tierra pantanosa, derribando castillos ajenos, gateando en la escollera. Hasta que un grandote me preguntó por mis padres y el nombre y no se me ocurrió entonces que tenía que mentir, me agarró, me subió a los hombros y empezaron a aplaudir. Yo soy una mónita que se pasea trepada a un bañero y alrededor plap, plap, plap, ¿qué quieren? El bañero tatuado me

sonríe desde sus dos metros y sus dientes largos. Yo soy chiquita, pero igual me gusta que me frote la malla en la nuca mientras corren a mi alrededor. Siguen arengando y yo tiro la cabeza hacia atrás y en el galope solo veo celeste y soy una estrella rusa a la que celebran en el circo. Soy una niña consagrada. Ya cambiaron la bandera a niño extraviado, debería haber una para niño fugado. Al final del muelle veo dos figuras que corren y tropiezan, veo dos elefantes estirando la trompa para aspirarme. Son ellos. Me aferro con las piernas al cuello de mi salvador, pero la elefanta me succiona y me abraza. Todos festejan el reencuentro, en el altoparlante agradecen la solidaridad de la gente, se oye el murmullo de aprobación. Estoy tentada de decir ¡esperen, sigan buscando, esa no es mi familia!, pero, otra vez, se me ocurre recién ahora. Los profesionales me miran. ¿Qué piensa? ¿Se le ocurre algo? Ahora veo que mi bebé quiso sentarse en la lona de unos desconocidos, quedarse calladito y, cuando levantaran campamento, irse con ellos, seguir el tren de sus vidas. Damos por terminada la sesión, dijeron al unísono, y yo no abrí la boca. Salí con resaca. Iba a los tumbos, apenas sostenida por la pared del corredor. Esas dos cotorras me habían dado mazazos en la cabeza. ¿Quién soy?, largué y reí. ¿Quién?, volví a decirme riendo más fuerte, y vi que era esa madre que acaba delante de su hijo, esa hijita que vio a su padre. Varios internos me chistaron, ¡dejá dormir en paz! Salí como pude y fui dando vueltas hasta el centro del parque. Me tiré en el pasto. El paisaje y sus alrededores eran negrísimos. Había algo en el aire, una atmósfera de madrugada, de niñez, cuando dormida me vestían para salir de viaje en tren, los zapatos al revés para corregir las piernas arqueadas. Esa noche vi el cielo que hubo cuando sobre los hombros de un grandote estaba perdida y era inencontrable.

Me desperté y estaba dentro de mi bosque. Noté, como le pasaría a alguien que se encuentra con que le falta un brazo o un ojo, que ya no siento el amor de mi hijo. Salí de la habitación húmeda buscando claridad, pero afuera llovía. Oí grititos de animales y la sensación de bosque se hizo mayor. Pensé que ver al ciervo, y que el ciervo me mirara, podía ayudarme, y salí a buscarlo. Pero no encontré sus cuernos sino enfermeras. Caminé por el sanatorio sin sentir. Caminé llevándome por delante una puerta y una escalera. Al llegar a un lugar, me sentaron y me vendaron los ojos. No sé qué hacía sentada, no sé por qué los ojos vendados, pero qué podía importar si, todavía ardiendo, no sentía su amor. Alguien me mareó contando, ¡uno, dos, tres!, y me soltaron dejando en mi mano algo como una aguja. La gente me iba palpando. Yo no supe si defenderme o entender que todo, incluso la aversión por mi bebé, era un sueño. Los gritos de festejo me guiaban, frío, frío, tibio, caliente, caliente, ¡se quemó!, y parece que mi aguja dio con la piñata porque algo explotó y aplaudieron. Yo seguí vendada, me decían que ya podía ver pero yo quería esa oscuridad placentera, hasta que la impaciencia ajena me desvendó. Serpentina, carteles de colores, ofrendas y yo cubierta de papel picado. Te deseamos lo mejor en esta vida que comienza. Me dieron cartas y amuletos y me fueron llevando. Me iba. Era el fin. Pero para mí era el comienzo porque lo tétrico está ahí. Abrieron la puerta principal. Allí estaban. El padre vestido de fiesta, el hijo de la mano vestido de fútbol. Mi caramelito ácido, mi ranita saltarina. Bienvenida a nosotros. Me dejaron que avanzara hacia ellos mientras el resto se borraba detrás. Mi esposo y su hijo. Nos abrazamos los tres, el bebé ya caminaba, tenía más dientes, más pelo y había ampliado su vocabulario a coing coing y taca taca. Mi esposo dijo un chiste para alivianar la situación, ya estás afuera, ahora vamos a poder vivir en paz. Y me saludaron como dándome a entender que estaba lista, que tenía el diploma, que me fuera a vivir otra vez. Se detuvo al borde del camino y, sobre la orilla de un río que nunca vi, me dijo cerrá los ojos, y otra vez dejé de ver. El nene no podía más de felicidad y se agitaba. Mi esposo apretó un botoncito y el techo se abrió tipo

pavo real. Yo me quedé y ellos bajaron a ver cómo se veía. Loco de contento mi hijo alzó las manos y las arrastró por el viento, le tiró piedras al río. Yo le dije que no lo hiciera, que era peligroso, que el viento podía llevárselo, pero a mí no me hace caso. Me quejé ante mi marido, pero nada. Así recorrimos los kilómetros que separan mi casa en el campo del otro lugar, ya caído en la apatía de lo pasado. Me preguntaron cómo estaba, si me había hecho amigos, si les había traído algún regalo. La cabeza se me volaba pero mi marido aceleró para que nos deleitáramos más. Después entramos en el pueblo y nos escoltaron como frente al altar. Allí estaba todo existiendo de nuevo, los tractores, los cobertizos, los vecinos fumando en sus puertas. Entré en mi casa, todo relucía, había cambios, un microondas con la hora titilando, un mantel bordado con flores de pétalos grandes, un nuevo teléfono, ahora inalámbrico, con anotador. Me senté en el sillón frente a la chimenea Los movimientos de ellos eran halos de luz. El reflejo del primer cuchillo con el que soñé volvió a mi mano. Si en vez de penitencia hubiese sido una internación, si en vez de casa de reposo hubiese sido un manicomio en serio, no tendría este facón en mi mano. Salí espantada, la puerta de vidrio que había atravesado ahora traía mosquitero. La abrí y corrí a buscarlo, necesitaba encontrarme con la punta de sus cuernos. Ciervo mío, ciervito de mi corazón, ciervo, ojalá estés.

La casa estaba bien decorada, podía estar orgullosa de mí, banderines de los autitos chocadores, la mesa con los platitos con comida de celebración, un souvenir para cada invitado, el homenajeadito de punta en blanco. Colores estridentes, música, todo lo que dicen que es de festejo estaba ahí. Mi pichoncito ya tiene dos años y en mi mente sigo pujando, que ahí viene, que ya está, que ya se le ve la cabecita. Para soplar mi esposo se puso detrás de mí y varias cámaras, apunten. Allí estuvimos para la eternidad de la foto, estampados, amurallados. Después, el nene, porque ya no es más bebé, decían, escupió la torta de banana y chocolate y se escapó de mí. Lo corrí, lo derribé, lo besé, lo olí, se volvió a escapar y los hijos de los vecinos jugaron a las escondidas, la mancha y uno, dos, tres, cigarrillo 43, porque acá los juegos no se modernizan. Yo me serví el fondo de un vinito del día anterior, lo agité y me paseé por el cumple como cualquier anfitriona, con el pecho ungido. Las otras madres me daban el visto bueno, de sus dientes colgaban hilos de banana, todo salía de maravilla. Terminé el vaso en la hamaca colgante y me serví otro, un fondito nomás, y después otro y brindé por mí, por el cumpleaños que pude organizar. Y no sé por qué fijé la mirada en un montículo de tierra. Al principio no entendí. Me quedé mirando la tierra como uno podría mirar imágenes de lo que pasó hace millones de años, el pasado mirado desde el presente. Después se me vino el perro encima y me hincó el diente. Allí estaba debajo el pobre Bloodie, allí lo habíamos puesto con mi marido, pero recién al mediodía, cuando ya tenía los ojos llenos de moscas. Así que pasó toda la noche con el disparo y sin entierro. Las vísceras salidas. Tan muerto quedó que ni ladró un último aullido. Y mientras veía sus restos escuché la detonación. Los chicos pasaban sobre su improvisada tumba cantando y riendo de la mano. Y habrá sido eso, o el vinito rancio, o las bocas embadurnadas de banana, pero enseguida pegué un portazo y me encerré. Mátense todos. Como era costumbre, tocó a mi puerta. Amor, reina, gorda, mami, preciosura, mi chúcarita, decía, ya no sé cuántos nombres tuve. Y yo nada. ¿Estás bien? Y yo nada. Vení que se están yendo todos los invitados, no lo arruines.

¿Dónde están los souvenirs? Y yo, matate, amor. Y a mí me pareció que Bloodie ladraba, que gruñía detrás de la puerta reclamándome haberlo asesinado. Abrí de golpe y salí, crucé el comedor donde ya empezaban los manoseos de despedida, las búsquedas de abrigo perdidos, los llantos de los nenes que no se quieren ir y me subí al descapotable. Aceleré, no sé si puse primera o tercera. ¿Adonde vas? ¿Estás loca? No tenés el permiso, oí ya lejos. Es tuyo, te lo regalo, te lo doy envuelto en papel de seda, vos te lo merecés más que yo. Te lo doy. A nuestro hijo, dije, mientras salía la gente a ver qué pasa, rumoreando que estaba sacada de nuevo. Más tranquilas, más ovejas, más gallinas aplastadas en el asfalto, más molinos en desuso, más botes hundidos en los lagos, más chimeneas largando negro, más corrales hasta que paré. Salté y entré. En la ventana estaba su princesa. En la casa, nada Ni él ni su mujer. Ni rastros de ninguno. ¿Habrían abandonado a su hija especial? Entré en todas las habitaciones, miré la cama en la que cojen, miré su baño, su cepillo de dientes, miré todo lo que mira él desde que se levanta, me desplomé en su silloncito bordado del living. Arriba la hija gemía. Abajo el tic tac de un reloj de pie. Me quedé dormida y soñé con el sonido ahuecado y dulce de un cuerno, con su espalda acostada, con su pelo pegado a mi cuero, hasta que oí unas risitas. Allí se acercaban por el sendero con canastas rebalsando de hongos. ¿Yo era historia pasada? Salí a esperarlos. La mujer me miró espeluznada. La mandó con un gesto a que subiera con la nena y me sacó del brazo. Caminamos cincuenta metros, o tal vez más. Frente a frente, no dijimos nada, qué asco hablar. Nos besamos. Vi sus facciones transformadas, tal vez mirara alguna de mis marcas de vidrio. Mi lengua en su lengua fue un calmante, yo sabía que era por eso, para eso, que me estaba besando. Fue tan poderoso ese beso, ese gusto a sangre salada, esa suspensión de la muerte en seco. Entonces llegó mi marido en una motocicleta que le quedaba chica y lo hacía ver como de catorce. Mis dos toros, mis caballotes, mis peones juntos. Entre hombres se entendieron con señas y se fueron solos campo abierto, se detuvieron en un punto donde yo no podía escuchar. Vi la sombra de los dos, el relieve de esos cuerpos enfrentados. En la ventanita estaban madre e hija, una más blanca que la otra. Allí los observé listos para el duelo, pero después todo se calmó y fue como si se tratara de un reencuentro entre hermanos hablando de la infancia en la casa familiar, de cómo saldar las deudas de sus padres muertos. Mientras anochecía sobre sus cabezas, sus cuerpos se iban tiñendo. Caía

sobre ellos una lluvia fina y constante. Hablaban mientras mi vida iba y venía. No sé qué decían, ya no levantaban la voz, parecía que se comprendían por la manera de moverse hacia los costados, como rezando, de afirmar con un leve movimiento de cabeza. Uno de ellos bostezó. El otro rió. Se habían puesto de acuerdo. Los siameses se despegaron y uno avanzó hacia mí. Temblé, cuál sería. Como en un mercado negro, quién sería mi comprador. Qué sería de mi vida, en qué hogar, cómo me iba a llamar, quién se había decidido por mí. Tosió y supe que era mi marido, el más fiel. Fuimos hasta el auto sin techo, en silencio. Un silencio más callado que todos los vividos. En el viaje bajo la lluvia descubrí una hilera de cipreses. ¿es nueva?, pregunté. Siempre estuvo ahí, dijo. No se detuvo en la puerta de casa pero pude ver que la fiesta había terminado por unos globos azules que volaban sobre el parque minado. ¿El bebé duerme dentro? Ya no es más un bebé, dijo. Pero yo entendí, tu bebé. Entramos al bosque marcando la tierra con las ruedas. Había pocos animales despiertos. El ciervo no aparecía y en cambio estaba yo. Detuvo el motor, se aflojó, largó un aire retenido demasiado tiempo. Bueno, ¿qué querés hacer? Me esperaba cualquier cosa menos una pregunta. Pensé que el resultado era positivo o negativo, que me diría cuánto tiempo me quedaba, en semanas, en días. Pensé que lloraría. Pero una pregunta, no. ¿Qué decís? Pero no pude decir nada, pobre. E hizo una pausa en la que toda mi vida fue un silbido agudo. El bosque eran árboles como tigres alzados. No voy a poder olvidar, dijo, y por primera vez fue solemne. Silencio, más ahogado que el anterior. Un zumbido agarrado a mis oídos cayó con la velocidad de un pájaro muerto. No se podía hacer nada después de esa mirada, qué me toca agregar ahora. Cuando vio que no iba a dar batalla, dijo, prendiendo un pucho, además, ellos están esperando un hijo. Bueno, dos, porque son mellicitos. Y, aunque intentamos ponernos serios, nos tentamos de risa, no sé de qué, de la palabra mellicitos. ¿Y si tenemos uno nosotros? ¿Otro hijo?, preguntó ahogado en una tos. Y volvimos a estallar de risa. Un hijo más, nosotros. Ahí estuvimos los dos por última vez riendo a risotadas como un matrimonio feliz. Bajé sin abrir la puerta, era un modelo práctico para separarse. Él dio media vuelta y me vio perderme entre matorrales. El primer momento fue puro dolor. Ese tipo de dolor que no se comparte ni con uno mismo. Estuve de luto mucho tiempo, pero en un momento tuve, como la viuda cuando pone la llave en la puerta de su casa, por primera vez, como cuando cena sin hablar, por

primera vez, como la viuda cuando se acuesta sola, por primera vez, una tristeza excitante, salvaje.

OceanofPDF.com

LA DÉBIL MENTAL

OceanofPDF.com

I

OceanofPDF.com

No vengo de ningún lado. El mundo es una cueva, un corazón de piedra que aplasta, un vértigo plano. El mundo es una luna cortada a latigazos negros, a flechazos y escopetazos. Cuánto hay que cavar para dar con el desprecio, para hacer que mis días ardan. Yo podría haber nacido con ojos blancos como este bosque de pinos lisos y sin embargo, me despiertan las cenizas de un volcán sobre los tréboles del jardín. Y sin embargo, mamá se arranca mechones y los tira al fuego. El día comienza, soy un bebé y mamá está sentada de espaldas en su sillón y llora. Me despierto niña, afuera las lavandas, adentro mamá y sus cabellos negros entre las brasas. Hay extractos de nubes en todas partes, bajas y blancas, altas y pasajeras, oscuras e intermedias. Me invento una vida en las nubes sentada en mi clítoris. Vibro, me agito, me trato con morfina en los dedos y durante ese lapso, todo está bien. Mi mano adentro es mil veces su cara dentro de mí, cuánto se puede poseer una cara, cuánto se puede meter una cara en el sexo. Durante ese tiempo la hierba es hierba y puedo correr entre pastizales. De las mil maneras de existir que hay, me tocó esta, no reconozco a nadie y cuando me ataca la gran desesperación, vivo en cualquier parte. Mamá dejó de llorar, ya camino sola, ya hablo, ya compartimos la ropa. Quiero que él regrese contra todo pronóstico, contra todo duelo, quiero que sus ojos me destierren y ver la punta de los árboles. Mi cabeza toma un giro. Mi cabeza en picada se incrusta. De pronto, tengo el tono de una muerta. La cara hinchada de una adicta en la bañera. El cuerpo épico de la que va a saltar al vacío rocoso. De pronto, noto que es mediodía y los ojos azules de las liebres brillan fríos y salgo a comer, pero es pasado. Me pongo a orar o es que estoy enamorada. Le pido que me escupa, que me rompa la cara de una bofetada. Me lo quedo mirando. No estoy tocada, solo poseída, siempre es la misma respuesta. Me aburro, mamá. Mi cerebro son polillas en un jarro y se ahorcan.

Mamá y el tipo se agarran del cuello y se frotan contra el piso de cemento resbaloso. El tipo acaba en mamá mirando las alturas y todo empieza. Pongamos un microscopio en mi cuerpo amorfo esta tarde de moscas lentas. Podrían colgarlo como cuadros abstractos en el salón. A esta hora aparecen árboles calientes, hojas resbaladizas, me escondo de ella. La oigo gritar. Estoy pateando en el monte, hacia dónde. Por el momento hay solamente el ruido del viento sobre la cima y algunos cantos. Por el momento el misticismo dura y son hormigas en mi brazo. Si te gusta vivir en un sueño, quédate ahí, protesta, y se encierra y todo es humo sin ella. Tengo siempre este recuerdo de fiebre de la infancia en un auto calcinado. La mirada de mamá de frente, mamá en la nuca como un insecto de caparazón duro. La mirada de mamá fumando en el sillón de cuerina roto del tren. Yo despierta en el auto cerrado, sin poder hablar, los vecinos llamando a la policía. Me muevo mansa, dónde está ahora. Me agacho a besar la tierra. Cómo es posible este deseo repetitivo, molesto, el primo idiota de la familia que viene a interrumpir los desayunos al sol con medialunas con membrillo y termina tirándose por el balcón. El primo profundamente retardado que se toca la nariz, diciendo, nariz. Este deseo epiléptico, este deseo deforme, un discapacitado deseante y baboso al que hay que levantar entre dos y cargar como una carreta para poder cojer sobre el colchón blando. Y sin embargo, no tiene otra cosa que hacer que cojerme, que desearme desde su silla. Y sin embargo, la aureola densa y transparente en el colchón, prueba que vivo. Preparo el dedo, pero pienso tanto que después me desvanezco. La idea del deseo sobre el deseo me deja chiflada, parásita con ojeras hasta el cuello. Mamá, dónde te metiste, estoy fastidiada, trabajé nueve horas parada, los empleados necesitan reposo. Mamá, tibio tibio, caliente se quemó. Si me viera le daría miedo, descargo un odio impresionante. Si querés quedarte en sueños, allá vos, me insulta desde su ratonera.

¿Por qué somos tan bobas delante de las góndolas sin saber qué comer?
¿Por qué compramos albahaca y perejil industrial si tenemos en la huerta?,
y nos reímos. Morir es una buena opción cuando se le caen todos los
frasquitos de condimentos que levantamos uno a uno como partículas de
esqueletos y nos queda ajo entre los dedos. Acostarme sobre la arena, sobre
la hierba corta, sobre la tierra seca. Dejar de luchar con los brazos de mamá.
Trato de concentrarme en el gusto de los zapallitos. Están frescos, digo.
Apenas los rebocé, dice, sin casi nada de aceite de oliva. Mirá el pasto, mirá
cómo crece por partes, qué raro, hay pedazos secos, como si el sol solo
hubiera dado ahí, hay partes hundidas, como pantanos. Misterio, hija, para
qué preguntar más. Buen provecho. Parece que las gallinas tienen hambre,
no paran de chillar. Comemos, ida y vuelta de la mano a la boca. Dónde
está mi teléfono, mamá. No está. Dijimos que íbamos a hacerlo, lo estamos
haciendo muy bien las dos, echáله algo de sal. Yo tampoco pregunto por los
vasos de culo gordo. Mamá. Él pudo haber llamado. Concéntrate. Mirá un
punto en el espacio y sigamos cenando. Hicimos bien en comprar esta mesa
rectangular, ¿no? Con las sillas no fue cara, nos faltaría una sombrilla y tal
vez una reposera reclinable. ¿Amarillas o a rayas? Así damos algo de color.
Dicen que el color da vida. Qué payasada. ¿O a lunares? Miro un punto en
el espacio, ¿y? Nada existe. La sensación de que se aleja es una puñalada
seca en el estómago. Te llenas de imágenes que son una porquería para tu
salud, ¿por qué mejor no te concentrás en la niña alegre y tontilla que eras
antes de conocerlo armando hospitales para hormigas agonizantes? No
arruines esta cena, qué desagradecida te vuelve, qué tipa áspera. No era
alegre. Cocino en vez de recalentar y ni un gracias.

Levantamos los platos entre grillos. Qué suerte tengo de que no haya un hijo, un plato menos, nada de restos pegados, ninguna voz cortando la mía. Nada que me suceda cuando me arranque la cabeza de un tirón. Crece algo blanco, una niebla que nos come, allá atrás, que nos envuelve, que nos arrasa en la estepa. Mi mamá se acuerda riéndose de cuando se le resbaló mi cuerpito todavía con el cordón violeta en sus manos, todo remite a eso, a cuchillitos bajo el agua, a anguilas. Las dos lavando los platos con detergente barato y guantes, las dos guardando los cubiertos en sus cajones con compartimentos, tenedor con tenedor nos decimos cantando, cuchara con cuchara y hacemos el pasito de baile como una tarantela. Las dos yendo a tomar una botella de pastis afuera, nada pasa. Algo minúsculo basta para ser infeliz, nos pica un abejón en el codo, se rompe un vaso con el viento, o las ventanas y puertas permanecen quietas. Una hamacándose, la otra espera su turno en el banco. Las dos calientes, desde el cuero cabelludo, las dos puerkas abandonadas. Dos lindas zorritas de hocico naranja. Dos alérgicas. En realidad, soñando que entran dos individuos de sombrero de ala ancha por la tranquera, piden permiso y pasan a violarnos contra las sillas, contra el subibaja de madera, en la pérgola, a una por atrás, a la hija por delante. Contra el lavabo le meten algo a mamá, un palo de béisbol del rubio, y no le gusta tanto pero se esfuerza para que vea que goza. Nada importa mientras nos miramos poseer los ojos enfrentados y negros. Nos agarran de las axilas, nos dan vuelta y nuestros pelos largos caen en cortinados tenebrosos contra el forraje. ¿Queda whisky en la despensa, hija? Qué bueno que haya pasado tu infancia, qué alegría que todo quede tan lejos que casi no haya sido, que ya no esté en esta vida ese olor a eucaliptus mojado de cuando te agarraste el dedo con la puerta automática. Ese olor a lona caliente, a goma, a local de alquiler de bicicletas. Ese olor a garrapiñada, a manzana, a azúcar rosa. Desde que naciste esperé este momento. ¿Fuimos o no a los médanos cuando cumpliste seis? ¿Hacíamos equilibrio en la escollera? ¿Nos tirábamos como milanesas hasta el borde de aguas vivas? ¿Es cierto aquel día que escuchaste ese disparo desde la

habitación del hotel y creíste que había sido yo? ¿Dormimos todo un verano clandestinas en las carpas de los turistas, tus montoncitos de caca apilados como murallas? Esos días dorados conteniendo el aliento agrio y llevándote a patinar, días enteros ayudándote a hacer la vertical en la orilla, haciéndote saltar en la cama elástica, lavándote la bombachita con los nudillos. Escondiéndome al atardecer playero en la arena fría a vomitar tu niñez.

OceanofPDF.com

Whisky con mamá desde el azul eléctrico hasta la madrugada y ahora, lejos de la casa, tengo las manos cubiertas de excremento. No conocía mi olor la capa de olor que se forma en el cuerpo con el correr de las horas sin agua. Mi lengua se distrae comiendo pasto. Chupar las tetas duras de un animal chupar su pelaje, los dientes vestidos, o imaginar la muerte de los padres, es igual. A partir del momento en que él entró en mi cabeza, el infierno salado. Fanático martilleo sobre mis venas. El problema del cerebro es que no consigo retenerlo, siempre avanzando entre asperezas, siempre adelante como topadora. Dónde me metí, no reconozco estas mansiones y nunca pasé esta curva pronunciada. Deseo degenerado. Deseo nocivo. Deseo lunático. Ya no encuentro cómo volver y mamá debe estar inconsciente pendiente abajo. Espero que sin los pies tallados. Y a estas altas horas las nubes son troncos y la resaca no afloja y me tiro en cualquier posición a masturbarme, mi pelo electrizado, la piel caliente, los párpados rígidos. Mi mano dándome para después quedar quieta como un bicho, y que nada alcance. Él y yo en un descapotable. Él y yo en una carretera sucia. Las tetas no deberían estar en el cuerpo después de cierta edad. Voy a extirparlas, pensando en mi pecho, cuando sean carne gruesa. Tampoco debería abrirse el sexo. Busco una palabra que reemplace la palabra. Busco una palabra que indique mi devoción. Esa palabra que sea el punto, la distancia, el centro exacto de mi delirio. Deberíamos ser como pequeñas serpientes hasta el final y ser enterradas así, en huecos alargados como cunetas. Ahí me levanto nerviosa, la cabeza en sangre espesa. Camino por la casa y le abro las ventanas. El viento barre los cuerpos de los insectos atrapados en el mosquitero. Allá atrás guarda recipientes de agua oxidada y fósiles de todas las especies. Se lo ve como si no hubiera dormido nunca, siempre necesitando un baño, un nuevo corte de pelo, un pantalón sin orina. Y qué es a fin de cuentas ese escaso placer que tomamos en la juventud de los dedos. Qué es ese escaso líquido dorado cayendo, diluyéndose, si después, más tarde, cuando por fin la encuentro con el vaso de culo gordo batiendo el hielito y pidiéndole al mozo una ronda más, estamos con mamá

sentadas en la mesa del jardín con una fuente de caldo y dos cucharas. Qué es ese deseo restante, hundido, mientras bebemos la sopa y el vapor nos da en la cara, y ya no queda nada, pero nada.

OceanofPDF.com

Nunca más whisky, digo. Nunca más whisky, dice. Nunca más, eh, y hacemos el crucifijo con los dedos y bridamos con agua y tiramos las botellas vacías al incinerador. Qué dije. Quiero decir que reina un halo de muerte. Tampoco. Que la muerte está demasiado presente entre la boca de mamá y la mía y en el fondo del vidrio ahogado. Y que las horas no remedian eso. Iniciar un nuevo día. Como desenchufar y volver a enchufar el frigorífico después de un corte de luz tras la tormenta y apurarse a meter la comida antes de que se pudra. Pero los quesos agusanados y la carne con sus vísceras nos dan arcadas. O arreglar, pasar la semana arreglando, con aguja e hilo, los mosquiteros agujereados en los marcos de las ventanas y pintar los canteros de verde. O poner trampas de alambres enrollados para que no vengan a cagar las lechuzas y dar tiros a los nidos. La yema amarillo patito gelatinosa entre los meñiques. O comprar una tortuguita acuática y olvidar de alimentarla y limpiar el agua. Despertáte mamá antes de que se pase el día, no cabecees sobre la tijera. Se cortó las puntas y el flequillo, como en cada embriaguez. Vamos a dar una vuelta por el camino embarrado. Su cuerpo busca líquido en sus órganos, en las membranas que rodean su cerebro. Mientras la veo frotarse con jabón de lilas por el espejo ovalado, sé que hay otra forma de anochecer que este jarrón de café con calmantes.

Sobre la ruta nos desaguamos, una primera vez sobre el asiento de pana y una segunda sobre el volante. Mamá sobre su blusa azul de botoncitos blancos. Yo sobre mis largas piernas. Cubierta de mis propios desechos tuve la agradable sensación de que ese traje me iba de maravilla. Nos desnudamos en la banquina enredándonos el short en los tacos. Ahí quedan en la parte trasera nuestros corpiños, en el asfalto nuestros estómagos. Seguimos viaje con la ventanilla abierta y rodetes. Apestamos sobre las líneas blancas, sin pañuelos ni lápiz labial, pero reímos por primera vez en tanto tiempo. Nunca lo hacíamos, no es nuestro estilo, ir a 200 kilómetros y reír. Querer vivir y reír de nuevo. Entramos corriendo, dos adolescentes con la piel pegajosa y nos bañamos.

OceanofPDF.com

El teléfono, mamá. Ya está bien. Ya caímos, ya estamos de nuevo ordenando la alacena y barriendo, los huevos calientes riendo en la sartén. Dónde está. ¿Cómo querés la cocción? No hagas que te mire de nuevo. No voy a dártelo, no voy a ceder. Miro los cacharros colgados que pusimos con tanto esfuerzo. Miro los azulejos pegados uno contra otro. Miro los muros y los cimientos, los pedazos de pan. Dámelo, ya. Por qué querés irte de nuevo, estamos saliendo las dos adelante, sin ayuda del doctor Míster cuchillo, solas en medio del vejestorio, lo estamos logrando y el día se pone lindo así. ¿Picnic? Te dejo la hamaca. Dámelo antes de que los huevos estén pasados y vos llorando como siempre frente al plato frío. ¡Debería freírte ese teléfono de mierda! Dámelo ya mismo. Debería metértelo en el horno. Como quieras, entonces, pero bajo amenaza, y sale de la cocina las manos empapadas y entra en la oscuridad del pasillo y vuelve a salir a la luz del salón, que sin embargo ahora es oscuro y me lo tira.

Salgo brincando. Tengo un mensaje de él y es una ráfaga de chispas como una eyaculación que me devuelve a la vida. Escala en mí como una enfermedad. Lo llamo, lo escucho, viene. Lo espero en el cruce de la autopista, debajo del puente con afiches de extrema derecha y grafitis de los drogadictos. Qué se puede entender por fuera de esta asfixia. Mi cabeza es una gran lámpara, intermitente, por momentos los motores pasando a toda velocidad. Un camión y sobre él, una decena de carcasas de autos viejos. El camino hacia el desarmadero. Hace tantos días que no lo veo. Y, mientras habito la antesala, soy un escarabajo dado vuelta y tengo pulsiones fugaces de irme a lo blanco. Pulsiones rápidas de irme a lo puro. Ver únicamente las ramas del árbol por una grieta. El aire transpira. Los caballos, la hierba, la bosta, el aire, están cubiertos de una sola pieza. Todo está cubierto de compulsión. Aparece. Subo al auto. Entramos en un hotel de ruta. Nada hubo en el medio, ni paisaje, ni movimientos, ni tiempo espacio sucediéndose hasta la habitación. Solo un corte, un salto. Me mantengo de pie y mis venas se dilatan. Me desabrocha el pantalón, lo escucho caer. Me gira. Me baja la bombacha, su mano entra en mí como un objeto. La fuerza destructora del sexo borra de un palazo la cabellera rubia de mamá de espaldas, de frente, corriendo hacia mí en la orilla, frotando la sal del forro de la mallita, en medio de un temporal de arena. Las veces que me subía al tren de la felicidad con musiquita y se iba a tomar su aperitivo y yo la saludaba desde arriba, la cabeza en colores. Las veces que la buscaba entre otras señoras, que le daba la mano a una desconocida. Tengo esta monomanía, cuánto más puede subir. Pero escala. Y mientras la habitación existe tiene la claridad de un hacha.

Después, si no desvarío, dijo que no podrá seguir viniendo tan seguido, algo quería decir y no podía. Aunque lo dijo claramente al pasar bajo el puente y el eco lo devolvió. Que su situación, que el contexto, que ser responsable, que nos veremos, que no hay manera de no verse, que no estoy en su cerebro para entender, que entre un segundo a su cerebro, pero que no podrá manejar hasta acá tan seguido, que pone en peligro todo, que me escribirá para la próxima cita. Lo escuché con la reverencia y el sobrecogimiento de una débil mental que se nubla y se pierde en mil detalles a su alrededor, una plaga de microbios sobre la explanada. Confundo el meneo de los animales con el de las plantas, las lagartijas insoladas metiéndose en los canales de desagüe. Y todo al terminar fue difuso, impreciso, brumoso. ¿Qué me había explicado? Seguíamos ligados. Mi boca hecha un estirado hocico. ¿De dónde venían esos vocablos? ¿Por qué había preferido esos y no otros? ¿Qué idioma elegir para bautizar las cosas? ¿Cómo alguien es capaz de hablar? Qué había dicho. Lo había olvidado. Era el líquido espeso de su saliva juntándose, desarmándose, en su paladar. Esa transición de boca en divinidad. Como una condición genética sin cura, terminó su discurso y nos besamos. Y besamos fue avanzar faca en alto.

Encuentro una nota clavada a la puerta. «No te acuestes tarde y mañana vamos a navegar». La casa está llena de ronquidos y solo somos dos. Soy un espectro, camino con la panza apretujada, con el demonio en la panza, cae a mis pies, me muevo entre habitaciones. No hay nada, tampoco diría dolor, no es ni eso, son más bien azulejos fríos, si no sirve meter la cabeza en el tigre, para qué días. Busco por la casa algo y no sé qué. Deambulo, veo a mamá sin contornos lavarse, rayarse. Tarde para haber vivido, temprano para eliminarse. Me meto en su cama, no la despierto, me subo a ella y la abrazo, estoy perdiendo consistencia y solo soy una especie de idea. Soy la idea de amor de un hombre que vive con otra, que ama a otra, a cientos de kilómetros.

OceanofPDF.com

Voy a dormirme como el ejercicio de mirar fijo un barranco antes de saltar. Me están amamantando. Me divorcio cerebralmente de todo y ya no estoy en esta casona entre las patas de mamá ni con la boca sorbiendo su pezón. Ya no tengo como vecinos a esos ancianos, sino que estoy eyaculando sola en una pradera entre la hierba alta y fresca. Y se oyen rugidos que no se acercan. Y mi mano es un instrumento melódico y vibra. Estoy totalmente desacostumbrada a lo social, demasiado tiempo pasando la mañana como una cabra vieja, los dientes pestilentes, el cuerpo rancio, la piel oliendo a cebolla frita, a bacterias, a nódulos mal curados. Un perro al que lo ataron demasiadas veces y ahora ve a un bebé y gruñe. Puedo declararme a favor del fascismo, de la pena de muerte, de la quema a caravanas de gitanos. No controlo esfínteres, no agradezco ni saludo. Hago ejercicios de inmovilidad sobre espinas, de crueldad con indigentes, de silencio absoluto. Estoy ociosa en mi sótano, en mi gabinete. Estoy encerrada y huelo a tufo. Afuera brillan los pinos y el sol blando. Afuera, la gente también vive en hogares como este de techos bajos y apila sus botas de caucho y sus conservas vencidas en la *cave*. Afuera, se la pasan tirados en sus mecedoras comiendo frutas enlatadas y roncando. Y tienen vidas como esta, la pesadez caliente de una lombriz en nuestro abdomen.

Y cruzando el pasillo a mi cama tengo la visión de alguien en cuatro patas y mi cabeza acostada debajo de sus genitales dobles. Mi boca acuosa aspira ese aire mágico. Ese nido. Me desvisto, me acuesto, apago la luz, así o en cualquier otro orden. Algo se está quemando, mamá.

Entre las seis y las ocho de la mañana trago una bocanada de pesimismo de una potencia rara. La gente que veo, el vecino todavía vivo, pero con una bola en la garganta, abajo del lóbulo izquierdo, cortando su pasto con la señora que lo acompaña y le hace de comer, cada vez los huesos más finos. Mamá dormida, la espalda con escoliosis la vuelve yacaré. No solamente la chata, los dientes postizos, todo encogido y frágil. También la puesta del sol rojo fluorescente entre los olivos o sobre el mar negro. También el más puro amor. Una pareja de la zona, él con bastón de pezuña, ella una mujer en bicicleta que pasará al olvido. Llueven piedras, imposible salir. Piedras cayendo en trompos entre los árboles que las atajan. Piedras agujerando los panales. Piedras golpeando en el canal, en las frutas de verano sedosas, en los carozos a lo largo del camino. Piedras rompiendo las babosas brillantes. Masturbación y letargo. Y la fatal pérdida. No iremos a navegar y pasaremos el día jugando al bridge, al backgammon, al scrabble. A mamá le va a crecer la joroba y va a haber un momento donde diga, soy ella. La muerta que llevo se pasea en pico alzada por el predio mojado de fresas salvajes. Ella que llevo desfila y el tamaño de su clítoris titilando es cada vez más grande.

Me despierta el clic clic de una C11 táctical equipada con rayo láser. O un olor a turba en el aire. O bardas de piedra y musgo. Me despierta un amor agridulce que no existe. No un amor, dedos larguísimos y salados. Restos de mierda de vaca en el aire. Me despierta la impresión de que todo el resto que no sea él eyaculando en mi culo, estorba. Mamá arriba de mí excitada y yo que la soñé aplastada por un coche con cambios automáticos. La conductora de lentes gruesos gritando entre sus órganos, qué horror, pero varias veces. Huele a gas. Lo echaron sobre el nido de abejorros, ahora las gallinas dan vueltas frenéticas. Me desmayo, mamá. Te soñé retardada, me tomabas por otro, me celabas, les decías a las enfermeras de turno que era tu príncipe, y contraían el ojo para que me hiciera pasar por él, tu candidato, y me llenabas la barba de besos. No che corrompida, noche de truenos blancos sobre murciélagos. Estás exagerando. Voy a salir, corréte, voy a respirar partículas y chuparme los labios, es mi técnica, a veces lo consigo. La vibración de él. Me la paso buscando huecos donde derribarme. Esquivando esas gruesas palomillas nocturnas. Ya está. Llamemos al doctor. ¿Al mismo del experimento del cuchillo? Despertar muy cerebral. Tiene usted que probar sus pulsiones, tiene que tomar la cuchilla por el mango y acercarse despacio para ver que en verdad no va a hundirlo. Qué método más raro, mamá, estuve a un pelo de rebanarte. El viento que sopla me aporta su olor. La madre naturaleza me lo trae hasta el establo. Me querés hacer el favor de calmarte. Qué madre naturaleza ni que ocho cuartos. Bosta te trae. Rayos radiactivos, polución, nos trae. Vicio. Peínate, recomponéte y salgamos. ¿Viste cuando el juguito que se forma de a poco entre las piernas empieza a despeñar? Quiero ese chapuceo, eso molusco que no te deja caminar, que no te deja vivir.

Acá estamos en la habitación de huéspedes, grande, despojada. Eco a enjambre de moscas y moscardones, a pájaros diversos con picos largos como cuernos, ruido a los cantos de unos sobre otros. Mamá se estira los pelos rubios ceniza, en la cama, suavemente. Su camisón es una túnica. ¿Vamos igual a navegar? La acumulación de pedruscos en este tipo de casas construidas hace siglos, la humedad de las cisternas nos aturde. Vamos al pub. Está cerrado, es un pub nocturno, cuántas veces hay que decírtelo, los alcohólicos no ven el día. Mamá cambia de posición, vuelve a levantar las piernas contra la pared. Busca consolarse del imposible sentido. Y reímos, somos de tentarnos bastante seguido. Dos maniáticas con modorra. Naveguemos. Y nos empujamos y nos sacamos de la casa, equipadas como para una aventura en el Niágara. Caminamos hasta el río bordeando la costa de cabañas y terrenos en picada. Llevamos un palo para espantarlos, pero los perros de los cazadores nos ladran durante todo el paseo. Desde la última vez que uno mordió el trasero de mamá en bicicleta, camina abrazada a mí. Desatamos una balsa de plástico y subimos y recorremos el cauce. Remamos sobre la espuma intentando vencer la turbulencia. Navegamos bajo los puentes romanos, sobre la ribera que da a los pueblos medievales, pasamos las iglesias, entre la lluvia gruesa y caliente. Durante horas no hacemos otra cosa que dejarnos envolver. Por momentos desborda sobre los canales y mamá tiene miedo, el aire es cada vez más revuelto. De pronto hay olas, hoyos, remolinos, no sabemos movernos ni interpretar el río, cada una rema para su lado. El viento nos lleva hasta un extremo y la balsa se incrusta en la tierra blanda. Mamá está desmayada. Puedo dejarla hundirse y volver a casa, llamar a medianoche al 911 desde el teléfono público de la estación de servicio y explicar que la perdí en la crecida. Y cubierta de una frazada gris que me tomen declaración, las huellas digitales, llorar en el hombro de algún convicto. O puedo ayudarla a salir y escalar. Nos refugiamos en una isla redonda. Nos quedamos sobre un pedazo de tierra mojada y después tenemos el impulso de sacarnos la ropa y correr troncos abajo y troncos arriba seguidas por zumbos. Atravesamos las

llanuras como islas en un mar verde y en un momento la veo agacharse y ser una indígena.

OceanofPDF.com

Mamá duerme con hipotermia bajo las mantas y bolsas de agua. Si sube la temperatura, emergencias. Si tiene epilepsia, helicóptero. Si muere esta noche, sepultura. Estoy sentada en la silla azulada frente a la tranquera, sobre la mesa un platito con quesos y dulces de membrillo. Ya arranca el duelo en vida. Los gatos y loros del vecindario están mudos. De a poco vuelven como pócimas los hedores de la infancia, un sendero de caza con árboles de gran tamaño de madera olorosa y copa cónica o vertical. Las tiendas de antigüedades, los invernaderos, los molinos de las áreas de construcción, las casas de verano, un túnel cavado con palas viejas en un bosquecillo de cedro. Todo siempre lleno de moho. Todo siempre, hongos, herrumbre, óxido. Mamá levantándose en los hombros para que coma del árbol, mamita haciéndome caminar sobre un leño caído, mostrándome el sexo, ansiosa esperando a que me haga adicta. Ávida de que tome altura, midiéndome con un crayón contra la pared. Mamá feliz cuando mi espalda es atravesada por un elástico sujetador y ya hablo sucio. Mamá sonriente el día en que un hombre me siguió por el bosque, y me dijo, no tengas miedo. El día que un hombre me siguió por la escalera caracol prometiéndome una foto de cuando era bebé. Satisfecha cuando empecé a dibujar erecciones en las mesas del colegio. Ansiosa por poder pitar como dos chimeneas en los atardeceres, irnos de copas a un pub de navegantes tatuados, reír en la barra como dos histéricas pueblerinas y tocar bíceps. Y ratonearnos de lo lindo en los mingitorios del lugar. Bailar conmigo pegada un bolero sin miedo a que las autoridades la denuncien otra vez y ella tenga que buscarme con la cabeza gacha. Intentando modular como las otras en la comisaría. Qué largos son los días de verano, ¿no es cierto? Pronto llega el invierno, la luz que se corta de un mazazo a las cuatro de la tarde y las muertes por asfixia. Quiero arrojar mi infancia como esas pelotas que escupen las lechuzas con restos de dientes y de los cerebros, que no pudieron deglutir.

Me encerraría con él en los lugares más sombríos, lúgubres y estrechos del mundo. Viajo hacia él toda la noche como un refrán infernal. Como un trombo. Pierdo todo del cuello hasta arriba. Estoy llena, no llena, embutida, no embutida, adosada. Sigo la excursión. Ahora veo a hombres lindos, bien proporcionados, no siento nada. Pasan a mi lado y son lechuzas. Mi cuerpo se calma frente a ellos. No soporto pensar que mamá tenía olas de calor que la postraban. De una, en la cama, todo el día. Y que me dejaba en el subibaja con la crema rayito de sol mientras se tiraba a comer los pelos de él, uno a uno, como pitones. No soporto pensar que la abuela dormía con mamá y destilaban exactamente el mismo olor en el mismo lado del colchón. Las hebras pegoteadas en la funda. Que mamá peinaba las trenzas de las vecinas para picotear sus cenas. O que se hacía la liberada, recorriendo los parajes con su sed a cambio de cheques. Todo el mundo debe dormir solo, como yo, y no tocarme más que a mí. Una mañana, mordida por los celos, por los espectros de los celos, me despierto antes que los demás. A las seis. Luz pulida con resolana y pajaritos sobre la ropa tendida. Los muebles recién lustrados, el mantel sin manchas de dulce, un silencio de materia sobre las cosas. Voy hasta la hamaca. Paso tres horas arriba pensando. Vuelo de fiebre. Apenas toco el pasto, planeo con patitas de tero, gusto a caramelo y vaginita lampiña. Pensando en esos celos. En el ardor cuando mamá acaricia a otro. Ríe con otro. En el insoportable ardor de escucharla gemir como si se estuviera meando, yo esperándola en los pórticos, saltando sobre las cañerías, cantando al revés. Mientras me hamaco, decido que no voy a tener más celos de ella, veo ese día de niña, algo hervía en la olla, un guiso o un macho recién guillotinado, algo se doraba pesado a la brasa, cuando me dominé. Bajo, salgo de la nube. A las doce me llaman a lavarme las manos.

Miro el teléfono y nada. Ni un solo mensaje escrito en todo el fin de semana después de la pieza roja. Ni un solo llamado perdido después de la penetración de pie y de levitar. De la mano sujetando el cuello y el vello jugoso. De la explosión de lo imposible. Lo imposible a secas. Nada, me repito; nada, me repito. Y miro el teléfono. Y lo dejo. Y vuelvo a mirarlo. Renuevo la secuencia. Mirar, enfurecerme, asustarme, dejarlo en la tierra, volver a mirar. Dejar el teléfono dado vuelta sobre la mesa, sobre el pasto, tomarlo lleno de hormigas, soplar para que ninguna entre, no encontrar nada. El mundo toma bruscamente el aspecto de un cielo turbio. Es el momento crucial donde alguien sensato decide marcharse. Tomar aire, sacar pecho y arremeter. Tomar aire, estirar las piernas y abrir el portón. Y todo hubiera sido empezar una nueva historia en otro sitio. Algo de dinero, una maleta con ropa, unos cuantos documentos falsos, son suficientes para empezar. Con casi treinta años soy joven. Saludo a los vecinos, mucho gusto y me dirijo a la puerta, saludo a mamá, sin temer el estampido de un flechazo. Otro estado, otra vida, otra persona, aprender el acto reflejo de darme vuelta cuando dicen mi nuevo nombre, ni femenino ni masculino. Ensayar firmas, cambiar la vestimenta y el peinado. Y dormir mañana mismo en un colchón como una desconocida. O alargarme los ojos. Trago el dulce casero y doy largos paseos mentales. Tengo miedo cuando vuelvo a mirar, pero algo tiene que haber. Tengo miedo de decir, mamá cuando se despierte de un saque en medio de la noche. Miedo de escuchar, hija en su voz convulsa. Y viene un aluvión y es otra vez de madrugada desnuda en la pileta redonda de plástico, mamá aplaudiendo mis dos incipientes tetas. Había terminado la cena con doce años y contra el cielo había antenas, alas, chiflidos. Salí a ver la oscuridad, a dar brazadas, quería extraer savia, néctar y con mis manos en mi cuerpo desvestido todo era sumamente hermoso y nuevo y la electricidad caía al agua dejándome sola. Era la primera vez que me masturbaba de miedo, hasta que la vi. Había estado agazapada en su tapado de piel, con el cigarrillo apagado y el gesto de tirar igual la ceniza. Como un carpincho que no se quiere hacer ver y se vuelve pasto. Y empezó

a aplaudir la perversión del amor cada vez más fuerte, bravo nena, sos la luz al final del túnel, te felicito, ya sos una flor de hembra, bravo hija, sos un pedazo de mujer. Me cubrí y salí corriendo.

OceanofPDF.com

Con el verano encima abro un ojo en plena madrugada. Aquí y ahora una noche de sol infernal. La casa funciona como una pesadilla cálida. Me tomo un cuartito. Camino con ojos hórridos, giro como una cabra para buscarla desde todos los ángulos. Sus sábanas de seda están misteriosamente frías, sus pelucas colgadas, sus tacos en orden, sus vestidos planchados. Tengo esta amargura en la boca, este gusto traicionero de la realidad. Pierdo pie. No encuentro ninguna solución, solo ansias de carnicería. Los remedios son probablemente ganchos con carnada, todo está fuera de control, ayer o incluso ahora mismo mientras miro el campo abrirse, todo empieza a ser recuerdo, brisa quemada. Todo es archipiélago. Mi casa tiene frascos de formol con ratones. Mamá los recoge con una pala y los empuja con un cepillito de cerdas gruesas. Ella misma los traslada y los introduce en el frasco, no sé de dónde sacó la prescripción para obtener el formol, pero los inyecta y se maravilla al levantarse y notar que los órganos y vísceras se volvieron un cuerpo rígido. Mirá, esta ratita bebé es más sólida que una piedra. ¿Qué pasaría si tomáramos unas cucharadas? Habría que probar inyectarnos formol en la carótida y sacarnos sangre por la yugular mientras estamos vivas, anestesiadas, ¿no? ¿Decías que podríamos elegir de qué forma quedar embalsamadas? Mamá no está en el toilette, no se peina la raya en la hamaca, no lee una revista de decoración rural en la cocina, no toma café descafeinado en el pasillo. Cada agujero está cubierto de ramas retorcidas, tal vez sea eso. Tengo poca edad y mamá me mira los dientes y me los cepilla hasta el rojo. Tengo más edad y mamá me construye una cabañita sin techo entre las serpientes. No llego a la silla y ya la descubro en cuatro patas. Hay bichos en su habitación, aparecieron por estos días, bichos resistentes al calor. Nos pican la cara, las manos. No sabemos qué son, así que compramos una cosa que crea una neblina venenosa. El vendedor me aconsejó que volteemos el colchón y saquemos toda la ropa del armario, cumpliré al pie de la letra ubicando sus frascos y remedios en fila. Mientras hierva algo en la cacerola cerraré puertas y ventanas y lo echaré. Dónde anda metida ahora. Hay un temblor en la maleza, debo salir a

cuidar a mi plantita, tengo que dar calor a mi nido. Ya se veía qué tipo de madre sería, se la podía ver subiendo el monte con su bebé atado a la espalda. Sin querer saber el sexo al tercer mes, sin querer saber si tiene una malformación. Me pregunto si no estaba actuando de embarazada mientras me tenía dentro, si en el fondo no pensaba que llevaba una almendra. Enciendo la linterna, me cubro de repelente y salgo a buscarla. Después, comeremos liebre fría y se quedará estancada en el paladar. Después, los cubiertos engrasados en el lavaplatos, y otra vez amanecer. Pero luego un domingo fumamos en campo abierto entre faisanes echados ahí por los cazadores.

OceanofPDF.com

Camino por la carretera principal sin saber si seguir derecho hasta la curva de la rivera, cruzar el descampado hacia la casa de los ovejeros, atravesar la ruta en el sentido del hangar de avionetas. O meterme en la casa del cuidador del cerdo al que le vuelan los sesos. Mamá no dejó rastros. Me alejo de la casa y me muevo por la estepa como una miliciana con tiradores de cuero y cartuchos para abatir a un regimiento. Debe estar comiendo plantas, una por una masticándolas sin dejar la boca vacía. Sonrío. Mamá debe estar dando saltitos. Me rodea una plaga de insectos acuáticos, los nichos de abejas. Me rodean bacterias. Estoy de pie con ganas de desgarrarlo todo de un corte brusco en el tallo. Sudar, destilar, ver un gran tronco venirse encima. La antorcha centellea. Me alejo y el filo metálico me inclina hacia abajo. Lo talaría todo con mi lengua de acero. Corro, corro como vikinga enfurecida, corro como una purificación dando golpes alucinados con mi navaja. Doy tajos y levanto las raíces aferradas con fuerza a la tierra frágil, doy tajos a las ramas y al aire. Me tiro en un pozo de agua caliente, una sauna en medio del cerro. Mamá, estoy chorreada, brotada, y es una batalla contra un jaguar. De a poco se desploma la madera muerta de cada árbol y solo quedan las hierbas bajas y matorrales. Ella no aparece tampoco acá, ni a la intemperie, ni oculta debajo de los hongos como alucinógenos. Siempre lo mismo, ella escondida y la nena de la mano de un desconocido que le acaricia las venas. Mamita, mamita pregunto de casa en casa. Mamita, mamita, pregunto en los almacenes. Siempre el mismo acto, mamá abre la ventana, hace ruidos de catástrofe pero al final estaba viva, y yo me sacudo durante días. Ella y sus simulacros. Yo desnuda o con el calzoncito rosa. Vuelvo derrotada por la zanja. Acelero. Derrapo. Todavía no cruzo a nadie y ya asoma lo que llaman día. Árboles blancos. Colinas. Árboles blancos. Colinas, colinas, árboles blancos. Quizás me espera con pan recién horneado y mermelada. Quizás tiene delantal y palabras claras. Y arriba hay platos voladores. Ni idea si todo esto son especies forestales únicas, si tienen pulpa, si son frutales o exóticas, palmeras, pinos, viñedos, laureles o álamos. No pienso en el origen del

mundo ni en aprender denominaciones. Una avioneta levanta vuelo. Dos hombres se llenan de astillas, recogen huevos, alimentan bichos. Dónde cuernos está. Por qué el día sigue. En mi camino de regreso distingo debajo del puente dos piernas como una cabrita sin lana. Me acerco, me mira, se aleja y termina de llenar el laguito con su vulva. Gritamos una vocal bajo el puente para que retumbe. Muchas hijas y muchas madres rubias corriendo al encuentro. Hijas y madres esmeriladas.

OceanofPDF.com

||

OceanofPDF.com

Mi rendimiento en el trabajo es catastrófico esta mañana, textuales palabras del responsable. ¿No ve lo que se le presenta delante de los ojos? ¿No hay operación mental? ¿De dónde vienen esas palabras? Me voy caminando por el parking olvidando sacarme el uniforme. Pero no encuentro mi auto. Es gris igual que todos. Ahora no lo encuentro. Como mamá y la abuela no me encontraron en el camping y pasé la noche acostada entre corderos y sus ojos eran bolas que me turbaban. Entro al supermercado hasta que me venga la imagen de nosotras andando a toda velocidad. ¿Por qué ahora llega esta evocación y no otra? Estamos él y yo paseando por una zona rocosa, cada dos o tres guijarros paramos para besarnos. Lo veo a él pero no veo el auto. ¿De qué marca era? Veo su lengua. ¿Tenía pegado algo en el vidrio? Me quedo frente a los conos con sorpresa junto a la caja registradora. Ningún niño parece intrigado por los paquetes. Manga de niños de pueblo. Niños babosos de la mano de sus madres. Niños ya muertos en su foto escolar. Oigo mi nombre resonar en los altoparlantes. Señora. Señora, me llaman. Debo responder a la orden de la supervisora, tendré sanción. Soy un producto de las rebajas. Soy la anciana que viene a pasear entre las cajas navideñas. Veo que se acercan a mí, detenida en este supermercado con el uniforme, me preguntan precios, troto por el parking, troto y voy saltando los techos de los autos.

Planeo cómo calentarlo. Me concentro en él. Me aturde la mano sucia, alterada, las antenas paradas. Desmayada, la cara abultada, sigo perdiendo pie. Ella detecta algo raro desde la huerta, las manos en las raíces, no cree lo que ve. ¿Qué hacés acá a esta hora? ¿No tuviste demasiadas vacaciones, ya? Sos de no creer. Vuelve el ama de casa con la ensalada y la remolacha y la pinta de buena matrona. Levántate de ahí, levántate ya mismo. La conciencia aguada de la infancia. Todo está en la experiencia precoz de los veraneos fantásticos. Pescábamos en arroyos secos y nos cagábamos de hambre hasta que encontrábamos a un tipo con caña muy entrada la noche y ella conseguía cena. Antes yo con los ruidos en la panza dando vueltas por los pueblos, sentándome con las piernas abiertas en las escalinatas de las capillas, escupiendo en el piso mensajes de auxilio. O robando pan de la basura. Mamá de puerta en puerta. Mamá con tacones de madera en los zuecos. Y yo dormida, la cara en los espaguetis con salsa o en el atún al aceite. Y yo dormida, babeando en las mesas de las tabernas donde bailaban con las pelvis y fumaban tabaco sin filtro. Dejé de desperdiciar tu tiempo. Me despierta del sueño con un garrotazo en el pecho. ¿Te mandaron a casa? No es el colegio, mamá. ¿Qué te dijeron esta vez? Decime exactamente qué hiciste, dejáme llamarlos, pásame al supervisor que le explico. ¿Te sancionaron? Me subo a la ola de mi calentura. Allá en la torre de control bien alta, nada interfiere. La otra habla sola, soporífera, que el trabajo es el pan o la sal, que el trabajo nos mantiene cuerdos y yo sigo risueña en mi manía. Ahí viene hasta mí fregándose, y yo lo tengo tirado arriba, estrellado, olfateándome. ¿Hace cuánto que no te la meten, mamá? Sos grosera, sos una puerca y se da el gusto y me da una buena cachetada que suena feroz. La sensación de enamoramiento cuando te la meten bien adentro, mamá. La felicidad fabulosa cuando te la meten hasta el fondo y te la sacan pero vuelven a entrar, como si te rescataran de un cenagal. Es eso, ya sé, me la pone y cuando me la saca pero vuelve, vuelve y estoy a flote. Ese refrán de estar acunada en sus brazos, pero acá del otro lado del sexo, el refrán es infinito también. Cacofónico. Mamá te hace falta el rapto del

coito. La velocidad de las venas en el coito. Los gestos fanáticos, punzantes, las últimas teclas del piano. Otra que orar, otra que meditar. Mamá se alza con sus uñas. Me despelleja como a los perros chinos en las perreras de los suburbios. El horror, que nos quedemos en la ruina. Si nos cortan la luz qué hacemos. ¿Y sin gas? ¿Y las mañanas heladas sin calefacción? ¿Y comer un conejito a la mostaza, de vez en cuando, seguido de un traguito en algún bar moderno? ¿Y zapatos de cuero y carteritas? Calculo que a la velocidad a la que murieron mis bisabuelos y abuelos, ella y yo no tardaremos en llegar. Moriremos jóvenes y sexys, seremos las más lindas de la morgue. Y ella me la vuelve a dar en la misma mejilla. Me tira de las piernas, me arrastra por el pasto. No estoy en este mundo sino en otro, mucho, pero mucho más celeste. Infinitamente celeste. Celestial. El mundo del vaivén sexual. Del ronroneo idiota. El mundo poseído del sexo con portones. Viste que aprendí la lección. Tiene una fuerza enorme y apenas me sacude. Agitada se dobla en dos, asmática, ya no sabe cómo lograr que reaccione. Pero yo desprecio esta vida donde a cierta hora en la cocina el agua rompe a hervir.

Algo muerde mi cara. No tengo espacio en mí. Mamá me da el besuqueo de las buenas noches, el crío en el vientre como en una máquina lavadora. Todo empieza a desconfigurarse muy lento, el bebé se rasga, pierde aspecto, estuviste acá, dice sacando panza, acá mismo, vení a tocar. Me morfaste hasta el cal. Tiene el pelo cepillado y le queda hermoso, parece radiante por haberme hecho. Pero la veo con baja energía, una vieja que llega agitada a tirar la basura. Mañana te levanto temprano y te llevo. Mi mente sostiene objetos en el aire, de pronto descubro que el techo está muy alto. Muestro a mamá mis manos a la luz. Son preciosas. Vamos a lograrlo todo, y me pone crema, dedo por dedo, arruga por arruga. Mañana a la mañana vamos a arreglarlo, te voy a dar un buen desayuno americano. Buenas noches, ella me tapa, la caricia en la frente de la rubia sin moral. Con el cuentito del lobo con las piedras en vez de cabritos o el de vacas como estacas, vacunadas, castradas, desparasitadas. Sin embargo, lo único en lo que pienso oyéndola meterse en la cama es en una noche nevada en el campo. No sé por qué en una noche lentamente nevada en el campo.

Salchichas alemanas, tostadas francesas, huevos revueltos, canela en polvo, todo pimentado y crocante. No se altera cuando tardo y remoloneo debajo de las sábanas. Me acompaña al baño, me prende la luz, me sienta en el inodoro, las patitas colgando. Está divina esta mañana con su rodete trenzado, su collar de perlas y su vestido capullo. Esparce perfume de agujas de pino, me acomoda la blusa, me cierra las sandalias. Busca música ligera, de playa. Vamos canturreando cualquier cosa a través de las fábricas de madera sintética, las zonas industriales con sus jugueterías al por mayor, los negocios de jardinería y muebles de exterior con sus regaderas de acero y sus macetones de cerámica. Estacionamos en el parking vacío al lado de la pila de carritos de metal donde me lleva de paseo y me usa de mascota. Me da la mano pero se la suelta. Está nerviosa, me acompaña a mi examen de danza acrobática y sabe que me voy a caer haciendo el triple mortal sobre la viga. Cierra los ojos cuando caigo. Está bien, ya está y avanzo unos pasos pero da dos zancadas detrás. Entro con vos, me echo la culpa de todo, qué importa. Y entra, intento distanciarme, que parezca una diente, voy directo a los cambiadores. Ella sonríe a todos, se dirige al mostrador. Las empleadas y el supervisor se dan cuenta de que es mi madre, antes de que abra la boca. Me meto en el cuartito, cierro con llave, me desvisto, todavía puedo olería. El perfume exacto de mamá. Me cambio rápido y abro de un golpe, ya hay clientes mirándose en los espejos y dando vueltas con perchas. Me hacen un gesto desde el mostrador, es un hecho, mamá molesta con sus explicaciones y sus modismos, quieren sacarla de ahí pero no saben cómo. Mamá gesticula, se tira el pelo hacia atrás, apoya el pecho, cree que está ganando, cree que es una mujer distinguida. Una diente se me pega, avanzamos como garrapatas. Ella observa satisfecha toda mi conversación sobre talles, precios y telas. Le gusta mi agonía. La llevo hasta los detectores de alarmas, la empujo, la veo irse con la carterita colgando y sentarse en el auto, a esperarme en pleno sol.

Me corro varias veces el pelito, me sacudo la modorra en los cambiadores con espejos de pie. Varias veces al día el cielo está demasiado brillante, demasiado aturdido, ella siempre sentada en el asiento reclinado. Por la ventana la veo entrar al supermercado y salir con una latita y un sándwich. Pero durante la tarde su pesado cuello de perlas hacia atrás, una víctima calcinada. Pero después, el parking repleto y algunos empleados mirándola dormir o babear por la ventanilla. Yo sigo parada, cada minuto yendo al cuarto a mirar si se prende la lucecita roja. Me interceptan, que qué hago tanto tiempo en el baño, que debo atender a los clientes, reponer mercadería, estar visible. Mamá muerta al sol y yo en esta caja gris de metal. Mamá descomponiéndose en rosado y yo en esta heladera. Mamá son perlas rebotando en el parking como sonajeros. Empiezo a escuchar el piano, si no me escribe dentro de un minuto voy a tirarme sobre la alfombra. Si no me escribe antes de la salida, voy a rasguñar. Ya falta poco pero mis dedos me desabotonan. La mitad del cuerpo afuera y tengo la mirada de los otros. Se acercan, antes de que puedan tocarme voy hacia la pequeña cámara de torturas y agarro mi teléfono. No está permitido el uso de comunicadores privados durante las horas de trabajo. Y me miran con piedad. Una loca que viene a sacarse el feto fuera de gestación. Me miran con falso entendimiento. No terminaste el día. Estás por quedarte desnuda. Y salgo. Me tiro fuera de la puerta automática y sus cuchillas. Corro, corro como una maldita enferma de los trofeos. Corro sobre el hormigón hirviendo como una atleta con piernas nuevas, corro para dejar chorrear el mal en mí.

Frena de golpe sobre la banquina. Me mira. Sé que me hubiera clavado una aguja de tejer pero tiene la cara y la boca demasiado secas. Pueden ser sus últimos minutos así que la estrecho con fuerza. Qué hiciste pelotuda, y me devuelve a mi asiento. Pongo el pie en la guantera y la lleno de tierrita. Me deshice de ellos, qué pasa. ¿Que qué pasa? ¿Y ahora? Dicen que no se puede usar el teléfono durante la jornada laboral. Podés salir a trabajar vos también, eh. Ella sacada en un ambiente chico es peligrosa, así que cuando se me viene al humo, me tiro. Sale también. Necesita agua. Un bidón entero. Intento hacer caer una gota de Coca-Cola ardiente en sus labios. Tragá saliva. No tengo. Acumula un poco, ¿no sabés juntar saliva? No podrías sobrevivir en el desierto más de un minuto. ¿Para qué mierda querría sobrevivir en el desierto más de un minuto? ¿Vos me ves a mí en un desierto? Trata de abanicarse con las manos pero no puede y se apoya en el auto y abuchea. ¿Quién era la pelotuda? Estira el brazo para darme pero la esquivo con facilidad. Haber terminado de una buena vez con el rito de la infancia y tener movimientos de karateka. No soy tu esclava, tu indiecita traída de tierras lejanas, me sale, andá a dejar vos tu currículum a *Mr Buffalo*, a *Go Sport*, a *Tao Chi*, la nueva apuesta de la zona china, te ponen botas con cordones rojos hasta la rodilla y no necesitas hablar inglés. El día de tu cumpleaños almuerzo gratis para dos. No me pasan las rodillas las botas con cordones. Y se larga a llorar. Me acerco. No tengas miedo, mamá, acá se vive sin nada, tenemos tierra, tenemos agua, tenemos verduras y luz natural, qué más podemos pedir. Dos beduinas fracasadas. ¿Whisky, ostras, descapotables? Su sedienta cara no me deja responder. Su cara de afán de alcohol, de estimulada a la que no dejan palmar pero tampoco perder deseo. Sigue llorando en el hueso de mi hombro y me acalambra. Vamos a seguir viviendo. Pero cómo, hay facturas impagas por toda la casa, no te van a aceptar en otro negocio de la zona, dónde podemos ir, cómo podré tomar, dónde vamos a parar. Una horda de motos de competición entra en la rotonda.

OceanofPDF.com

Las hienas corretean mientras nos miramos, los pies debajo del verde crecido. El llamado de la manada para asediar. Cómo tironean de la trufa de la pequeña, qué enfermas son estas hienas, ¿no se les puede derribar con algo desde acá? Esto apesta, dice mamá mirando hacia el bosque, y se va a sentar a la hamaca. ¿Con qué les querés dar, con una molotov casera? ¿Cuánto nos queda en efectivo? Ya olvidó a la cría, así de rápida es, ya ni ve los restos fundirse en la granja. No soy un banco de provincia, no soy una puta caja de ahorro. Y mamá pone su cara de compungida, y pienso en acariciarla. Gran ventaja las mujeres con cabellera lisa y suave, en general color miel y con aroma a limpio. Pueden decir la cosa más inmunda, ser unas déspotas, pero luego te dan ganas de pasarles la mano abierta por el pelo. Cuánto nos queda, hasta cuándo podremos vivir. Podremos vivir décadas enteras sin ese mugriento sueldo que usabas en las góndolas con productos prefabricados. Yo, a mi edad, no me voy a poner a cocinar, a envejecer antes de tiempo, prefiero el alhajero con la pastillita mágica. Si seguíamos comiendo esas cajitas de plástico, íbamos a explotar. Cuánto nos queda, no es una pregunta difícil para una chica lista como vos. Salgo y me sigue, siempre pienso que si me detengo en seco, se rompe los dientes. Vacío las carteras y los bolsillos, el joyerito de los billetes. Cuenta sobre el acolchado, junta color con color, las monedas grandes, aparte. Recuenta, moja el billete, su lengua verde y rosa. Yo miro una brisa balancear el aire detrás del vidrio grueso. Se le caen las manos, se le abren los dedos. No llegamos a tres mil. O comemos o llenamos el tanque. Yo no voy a vender nada, no puedo deshacerme de los vestidos de mamá, dice. Lloriquea, aunque trata de evitarlo, son bordados a mano, tenía quince años, los hizo a la luz de la vela. Ahora ama a su puerca madre. Ahora le conmueve un bordado. Antes de que llegue la lágrima al colchón, salgo. Adonde vas viene al galope. Marco el número secreto. Me voy alejando mientras suena el timbre. Mi vida pende de una hilacha idiota. Responde en voz baja, dentro de un cubo, justo cuando mamá me sujeta la pierna con la mandíbula. Estoy en una reunión con un cliente que representa el 40 % de

la cifra anual, pensaba en vos. ¿De qué me sirve que pienses en mí? ¿Quién entiende la lógica depravada de los hombres? Iba a escribirte. ¿De qué me sirve que fueras a escribirme? ¿Es un chiste? Iba a decirte que te extraño, el cliente me está mirando de reojo, sus inversiones simbolizan la estabilidad financiera de... ¿De qué me sirve que...? necesito verte hoy, me quedé sin trabajo y tengo una bombacha preciosa. Es difícil hoy, qué olor tiene la bombacha. Yo necesito que sea hoy, tus clientes van a estar cada uno ordenado en su tumba de cliente, y mi bombacha metida en mi raya del culo. Un rato, no más de dos horas, no puedo llegar tarde, mi lengua untando tu raya, mi dedo entrando en tu pequeño culo, esta noche tengo que ir a buscar a., y corté viendo a las viudas de los clientes depositar la florcita infecta del recuerdo. La lagrimita de la ceremonia del adiós con el traje, el gesto y el discurso del allá en el cielo estará mejor. Mamá aparece enredada en el cable de una vieja plancha. Me voy a poner a ordenar este chiquero, dice, el pelo recogido. Ya es hora de que sea un hogar. ¿Qué, te vas? Vuelvo en unas horas. Te espero con la cena a punto y se da la vuelta y se aleja simulando el pasito de la esposa domesticada, pero bien que es una. La hora exacta previa a encontrarlo es tan bellamente sórdida como tirarse de cabeza en una rivera.

Creo que no pensé realmente en nada en toda mi vida. Pateo piedras al lado del camino. Ahora soy una turba de aves nocturnas. Ahora soy una imposible horrible maravillosa noche. Ahora una avalancha hueca. La gente vuelve a sus hogares después de hablar en las oficinas públicas o viajar en tren desde la ciudad y deja los periódicos en forma de tubo sobre los asientos. Hago el ligero movimiento de cabeza que significa que saludo. Algún automovilista me ofrece acercarme. Intercambiamos dos o tres palabras. Como los autos de la infancia donde los hombres se acariciaban mientras me preguntaban cómo llegar al cruce del ferrocarril. Ese movimiento embotado. La panza de mamá crió luto, gestó luto, engendró una planta carnívora y acá estoy divina en mi short y mi remerita ajustada. Pero amnésica sin él, purgada. Los hombres pierden tanto tiempo mientras duermen y bañan sus pies. Pienso en los sexos de mamá y el señor atornillados volviéndome niña. Pienso en nuestros sexos peludos inventando hijos. Ahí va una madre con las manos detrás de la espalda. Ahí va otra mordiendo el cuello de su cría. Las nubes no me rescatan hoy, no me aspiran. Faltan menos de cinco minutos. Cómo puede describirse esto. Faltan menos de tres minutos. Pasa un auto. El viento alivia a la tropa. No se puede. Ahí viene. Se aproxima. Y es como dejar caer valijas pesadas de un largo viaje y mirarme los dedos latir.

Ahí llegás, qué suerte, grita. Pensé que te habías fugado al galope con el caballero de armadura. A juzgar por tu carita de cansada, te fue bastante bien. Bueno, les fue, no es que estabas sola en la cama, pero la verdad, podrías haber sido más contemplativa conmigo, eso de hoy por ti mañana por mí. No estuvimos en la cama. ¿Qué es esto? ¿Nos mudamos a un castillo? ¿En dónde lo hacen, entonces? No me digas que en el corral abandonado. ¿No se te ocurre otro lugar mejor que un corral o una cama? El establo pero está mugriento, ahí dejan los líquidos que salen de la nariz y el ano los que van a tener a sus párvulos. Jornaleros y obreros podrían verlos también, no te lo aconsejo, yo sé por qué lo digo, dudo que la higiene haya cambiado en veinte años. Qué decís. ¿Te asombra que tu madre haya sido chancha también?, yo me revolcaba y volvía apestosa con la cara tirante. Y me escondía de la abuela adentro de la carreta o me tiraba así como estaba, a revivir todo. No quiero hablar de eso, ¿por qué esta montaña delante de la puerta? Cuando entres a la casa te vas a desmayar. Creo que es la primera vez en toda mi vida que leo de corrido la etiqueta de un producto de limpieza, para mí detergente y desinfectante eran lo mismo, pues, no, aprendí muchas cosas en tu ausencia, imagino que vos también. Bueno, tampoco pido detalles, posiciones, cantidad, con decirme si estuvo bien, me basta. No vas a creerme pero me gustó limpiar como una poseída. ¿Hiciste fondo blanco con lavandina, mamá? Pasar la aspiradora tiene su encanto, la escoba también, te libera de pensamientos incrustados. ¡Qué linda es la enajenación, la recomiendo! Te ordené los shorcitos, según cómo te quedan, ni bien podamos vamos a la feria a comprarte corpiños con aro, están a la miseria, entre nos, te hacen unas tetas de vieja. Subítelas al cuello, júntalas, que parezcan una sola teta larga. Si fuera útil con las manos te los fabricaba yo misma. Bueno, decís cualquier cosa, dejáme pasar, se va a hacer difícil entrar con todo esto, permiso. Empiezo a vender mañana. Seguro que en Villechaud o en Boheme encuentro compradores. Te das cuenta por el tipo de piscinas y puertas de seguridad, además de que todos tienen piedritas a la entrada. En general son portones automáticos. Por la raza de las mascotas

también podés pensar que son familias de clase. Me gusta detenerme con la bicicleta y saludar al jardinero, al dueño de la casa, cruzar un par de palabritas, cómo anda don. Te preparé la cena, sin una gota de mayonesa. ¿Mamá, me parece a mí o estás un poco entonada? Hablas de corrido, no metiste una pausa desde que llegué. Tomé dos té, eso es todo, después me derrumbé sobre los brotes de menta a meditar y escuchar al gallo, entre paréntesis, el gallo dice algo cuando canta, fijate mañana. Andá a acostarte mamá. Al fin de cuentas, como a la salida del casino, ¿no te parece repugnante el sexo? No deja meditar, ni durante, ni antes, ni menos después. Y decís que solo fue té. Solo fue té, de canela y manzana verde, tirada sobre los altos brotes de menta y pensaba hija, pensaba, ¿sabes en qué pensaba?, en una isla dorada y en alguien sonriéndome sobre el agua, alrededor todo se pudre, veo las colas escamosas de los peces luchar sobre la arena caliente.

Primer día hábil sin trabajar en una década, me quedo adentro del colchón de plumas tomando Coca-Cola sin gas. Algo traga mi corazón, algo lo percute. No puedo decir que sea ella que se fue a primera hora con el auto que revienta. Tampoco él, al día siguiente estoy compensada. Y entonces qué. Leo el cielo como rezos bíblicos. Me veo aplastada boca abajo la cara aplanada en la escoria. No tengo hambre, no tengo sueño, no tengo ganas de cojer. No tengo frío, no tengo asco, no quiero estar metida en otro cuerpo, y sin embargo, algo traga mi corazón. La vi a mamá maniobrar marcha atrás con el vidrio cubierto de objetos. Deseáme suerte, gritó, con el codo afuera, *merde*: como en bambalinas, y se fue, el caño de escape fuera de regla. El monóxido de carbono haciendo figuras. Trato de no pensar en ella al regreso, el pelo transpirado y revuelto, el rímel corrido, tomar para suavizar el fracaso. Plata, hija, necesitamos plata, dijo antes de dormir. Claro, plata y estar al día y evadir impuestos con gracia, cosa que no sabemos hacer. Y sobornar las denuncias de los vecinos con el morbo del combo madre e hija. Recibirlos en *baby doll*, el dedito tosco en el labio inferior, esos eran buenos tiempos. Manga de mujeres inútiles como las viudas que no saben ni firmar un cheque. Quisiera levitar a dos centímetros del suelo. No alcanzar alturas espirituales, felicidades supremas, Olimpos. Perder peso, sentirme deshacer. Una tarde a dos centímetros del suelo. No es odio hacia mí, decir para qué habré nacido, qué fácil, una bala perdida en el oído, una bala en el tobillo, pasar el tiempo con mamá a darnos en las extremidades y aumentar el premio a medida que nos acercamos al pecho y terminar cerca del montículo, el cementerio privado femenino sin masa encefálica. Mamá jugaría gustosa en la sobremesa, cerveza con limón y aceitunas como despedida. Disiparme esta tarde, en eso estaba cuando escuché los primeros gritos de histeria.

Te estás comiendo las palabras, no se te entiende nada. Ella abuchea desde el auto. Qué pasó. El auto convertido en depósito, mamá dando alaridos sin soltar el volante. Puede que vengan hasta acá, tenemos que irnos. Dónde, por qué. Logro abrirle la puerta y bajarla. Está despintada y respira con dificultad. Me hizo pasar, una casita precaria pero bien dispuesta, entre las otras más vistosas en la colina. Me hizo pasar, le quise mostrar lo que llevaba y darle precios pero primero insistió en que tomáramos algo. Para qué te metés en líos. Estábamos frente al parque, a la hora en que los chicos salen a jugar y hay gente haciendo ejercicios colgados de barras, esos que te dejan los abdominales marcados. ¡Anda al punto! ¡No me tensiones más! ¡Pero es que no tenés la menor idea de cómo ir al punto! Pero cuando entré y la persiana se cerró, ese tipo antiestético se me abalanzó. Podría jurar que quiso ponerme sobre la mesa. ¿Podrías jurar o jurás? Me lastimó, me intentó sujetar de los pies, pero yo corrí, corrí por su casa buscando una salida, corrí por la parte trasera. Estoy llena de moretones. Te juro que pensé que no iba a poder arrancar, diez veces tuve que meter la llave y tratar de girarla. Definíme antiestético. Copiás sin reflexionar lo que escuchás por ahí y nunca das en la tecla. ¿Te estás burlando? ¿Y qué quería ese hombre antiestético? Matarme, pero qué va a querer, ¿sos boluda? Pero por qué. Y qué importa por qué, matarme y punto o tiene que haber un porqué. O hay un porqué para violar en cuatro sobre una tabla, descuartizar, meter a la víctima en una bolsa de consorcio y tirarla a la vera del camino hasta que pase el camión de residuos, realmente te juro que no te entiendo, te crié muy ingenua yo. Te malcrié. Te anticrié. ¿Podés parar de jurar y de inventar palabras? ¿Vendiste algo? Ninguno tenía efectivo. Entremos las cosas, date un largo baño de inmersión con espuma y olvidemos las ventas, ninguna tiene alma de comerciante. Ninguna tiene alma. Hagamos una huerta ecológica. Ah, porque tenemos dotes de jardineras, ya veo todo plantado al revés. Era una buena idea, sigo pensando que bien llevada, es una buena idea, ese tipo tenía un recipiente en su pieza que olía a gato rancio, podés creer, lo que causa la soledad. Entramos las cosas y las ordenamos en

silencio. Hacemos pastas con aceite de nuez y cenamos cubiertas de repelente. Mamá fuma mientras absorbe los fideos, el pancito sin morder en la mano como los viejos. Nacemos para masticar rencor, en estos momentos quiero ver llegar el fin del mundo, suspira, quizás ahí esté la clave, que venga el cataclismo y todo vuelva a empezar. ¿Y por qué todo volvería a empezar? ¿Y por qué no? No, la pregunta es por qué sí. No, la pregunta es por qué mierda todo volvería a empezar. Para que no sea todo tan aterrador. ¿Te das cuenta de que ese viejo que se las daba de monje podría haber acabado conmigo de un plumazo?

OceanofPDF.com

Repasemos técnicas de defensa personal. La vida es una perra alzada pero ofrece lo imposible a veces Me ofrece una pureza demoníaca. Me ofrece a él. ¿Eh? Y qué corno tiene que ver con nada. Entrás al bosque, hija. Lo amo hasta aullar como una bruta cerdosa. Repasemos. Entro al bosque. Entrás al bosque. Camino tranquila hasta que veo la caravana con el viejo desnudo. Afuera hay ollas y bidones. Afuera hay restos de noches sucias y estrelladas. Y un traje militar. Viejo inmundo. No lo juzguemos todavía. Lo veo desnudo, la piel tostada, varices, carne floja, un viejo. Quizás el último hippie, un pedófilo, un jugador compulsivo. O un fugitivo, un indocumentado. O un abuelo con amnesia que se fue de su jardín a pescar hace una década y nadie lo reclamó, suele pasar. ¿Está erecto? Por ahora no. Paso a su lado, haciendo como que no miro, como que soy una de las que salen a trotar en jogging o contemplo el estanque con la balsa o las hojas que flotan como remos. ¿Se erecta? No, mamá, me mira fijo. ¿Es un inmigrante? ¡No seas racista! Pero no seas imbécil. ¿Y entonces? Se erecta. Sí. Tiene algo filoso en la mano y en la punta de la lengua. Los pinches de la barba sin afeitar. El viento sopla fuerte. No sopla, nos aspira. ¿Y qué hacés? Qué hago. Le das al cuello, un golpe seco ahí donde no puede desarrollar musculatura. Un golpe macizo. O le hundís los ojos. Con los dos pulgares. Bien adentro. O vas a los testículos. Cuello, ojos, testículos. Sí. Y busco rápido una piedra plana para darle. En la sien. Un golpazo en la sien pero que no se dé cuenta de que agarraste la piedra, hay que ser muy veloz. No hay que errarle. Y después corro. Volás para el lado contrario al follaje, no te encerrás en el remolino ni en la caravana vecina, corrés en diagonal al predio buscando la casa de los ovejeros.

Acabo de soñarlo a punto de escapar en un furgón. Encontré la clave. Aleluya. Despertáte. Ya no necesitamos del Apocalipsis, hay algo todavía mejor. Dejá de zamarrear, te voy a matar, mamá. Bueno, bueno, pero levántate, te hiervo agua, nos unto algo y te cuento. Qué hora es No hay hora cuando hay iluminación. Pero qué decís, Dios, llévensela. Arriba. El tiempo no existe después del sueño. ¿De qué corno hablás? Lo vi en ese camión de carga envuelto en tierra como espirales, iba por un camino montañoso y tornasolado, estoy segura de que se dirigía a nosotras, eso lo sabes sin saberlo, y se alejaba, eso es lo principal, se alejaba de su familia. ¿Tornasolado? No le importaba nada, ni los clientes más gordos, ni su padre, ni la insípida. Les dejaba casa, auto y tierras, ¿no es excepcional? y venía por nosotras, mi yerno. Mamá respira como un pescado fuera del balde. ¿No es descomunal? La habitación atravesada por frecuencias difusas de calor gélido. ¿Estás sana? Lo pregunto bien, de verdad, ahora, ¿podés decir que estás realmente sana? Qué son estas preguntas. Por qué me herís. ¿Querés un certificado de sanidad con tampón del Ministerio? Hace cuánto que te visita. Hace cuánto que se devoran como dos mugrientos sin detenerse ni un solo segundo a mear o toser. Un año y medio. Y bueno, un año y medio, ya es más que un tiempo prudente. O no viste a esa cobra gigante que se comió al cocodrilo después de cinco horas de lucha intensa. Y bueno, debería haber dado el salto, debería haber venido a buscarte de rodillas. Nada de ramos comprados en la autopista. Nada de collarcitos sin etiqueta. Nada de mensajitos de monosílabos. No es un tema tuyo. Pero ahora estamos en una emergencia. Y sí es asunto mío. Todo lo de mi hija es asunto mío. Algún día lo sabrás si tenés una. Encuéntrense, preguntale cuándo va a dejarla, porque sabés qué pasa, si no es muy fácil, ¿querés que te diga algo? No, por favor, no quiero. Pero te lo digo igual, la pregunta es para darme enviñ, es demasiado banal. ¿Se la sigue dando a la otra? ¿Con cuánta asiduidad? ¿En qué posiciones? ¿Quién arranca? ¿Siempre en horizontal o innovan? ¿Cuánto dura el acto, en quién piensa él? Porque ese verso de que se la coge sin ganas, conmigo, no. La coge, se le para, eyacula

y punto. Mecánico o lírico, se le para y eyacula. Y no es justo. Salto sobre ella y la tomo del cuello. Luchamos en la cama entre sábanas y nuestras pieles. No voy a preguntarle eso nunca en la vida. Me querés cagar, querés que me deje, que se harte así somos dos. Y mamá se me tira, me la saco, vuelve. Me voy de la pieza y me siento sobre las hormigas. No soporto este olor depresivo, una olla sin lavar. Y vuelvo a los tumbos y abro la puerta con espejo y sé que mamá está colgando de la cama, para dar más dramatismo. Tiro ropa, tiro cosas en el bolso, lo lleno de medias mal cosidas, de pantuflas, de bombachas. Me cuelgo el bolso y la furia en ayunas me hace latir la frente. Me voy, hace tiempo que debería haberme ido. No oigo respuesta. Me voy. Y cruzo el comedor, increíblemente lo cruzo, el comedor de mamá embarazada todo un invierno, el comedor de mi nacimiento sobre toallas y apósitos, el comedor de mi primer grito sanguinolento al salir del cuero, un rato largo, la cabeza afuera. Cruzo la cocina donde nos consolamos, ahí fue que murió la abuela aplastada y decidimos enterrarla y que se achique el clan. Cruzo el jardín, milagro, cruzar el jardín. Adiós al apetito inagotable de la pubertad frotándome en el pasto, adiós a entregarme a él como lo único que existe. Cruzo el jardín donde una vez corrí hablando en jerigonza. El jardín rojo y negro del drama y los celos el día de mi primer beso. Mamá preguntando si hubo lengua, si parecía bífida. Escarbando, ¿pero lengua cómo, en remolino o en aspiradora? ¿Comiste un chicle antes? Pero también las tardes radiantes, tan ciertas como cortarse el dedo con el filo de una hoja. Mamá vaciando mi orinal. Mamá oliendo mi axila, vibrando al probar mi sudor. Paso los árboles torcidos, cada árbol es una época trepadas las tres, trepadas las dos, sacando de las ramitas una a una las frambuesas y las moras incrustadas antes de que se las roben los mirlos de plumaje albino. Cruzo la tranquera como un vaquero bien dotado.



OceanofPDF.com

Le dejo el auto, las llaves puestas y billetes sobre el asiento. Lo suficiente para no morir de inanición por unos cuantos días. Lo suficiente para comer chatarra y tener botellas. O aprovechar las liquidaciones del verano y comprar calzas y mallas de lycra en el supermercado. A ella que tanto le gusta revolver las prendas de temporadas anteriores. Hace calor y todavía no anochece, un poco más sobre el camino largo de la ruta y las rotondas. Cruzo ciclistas encorvados como roedores. Sigo adelante, si no me detengo ni un segundo, si no cruzo a nadie, llego al tren de las nueve. Sin cena, pero llego y me bajo en alguno de los pueblos o en la terminal. Pienso en él. Varias veces en escribir un mensaje, en llamar. Pero tiene que hacerlo, le toca. Me doy ánimo mirando las pancartas luminosas de los restaurantes de carne americanas y las familias enteras frente a los bistec de búfalo. Llego justo a la estación, sin tiempo de sacar el pasaje, subo, sale, ya estoy sentada y la tierra pasa. No tengo noticias. Pienso en él. Intento variar mi tendencia mental, torcerla, qué estará haciendo mamá, si estará en casa o en el bosque, si aún tiene vida, pero solo pienso en él. Ya pasó el primer pueblo y no bajé. Un joven del asiento de adelante me mira y me pregunta algo. Tardo en responder y el joven ya no me mira. El guardia recorre el andén, le sonrío y le cruzo las piernas. Funciona. Gracias, mami. Ningún pueblo me convence, ninguna casa, ningún color y bajo en la terminal. No sé dónde puedo encontrar algo abierto, ni si hay algún hotel, tengo hambre, estoy incomunicada, pero solo pienso en él. Nunca, ahora me doy cuenta leyendo el cartel, nunca estuve en esta ciudad ni en ninguna otra que no sean visitas médicas, consultas, descargas. Nunca estuve en una ciudad y volví despierta. Pero retorno. Me atrapa. Creo que seguiría pensando en él, si ahora mismo alguien fuera atacado a palazos. Me siento en la vereda y le mando un mensaje: estoy sola en una ciudad desconocida, me fui de casa, te necesito. La mochila en la espalda camino por la calle principal en contra de los autos. Beatitud. Viento leve, una sinfonía. Descanso sobre un canal. Ceno en una pizzería cubierta de rosas frente a un cine. Y viendo el agua debajo del arca, en ese exacto cielo no pienso en él.

OceanofPDF.com

Pero al terminar, a golpe de hacha mi trepanación craneana vuelve. No escribió, no llamó, no apareció. Dónde está. Qué hace. Con quién. Pago la cuenta pero ni siquiera miro la cara del mozo. ¿Tiene cara? Veo que me auscultan y recetan lo más potente y me duermo todo el tren de regreso, el perfil cuadrillé sobre su falda babeada. La sala de espera es calurosa, los nenes comen caramelos de pera y tienen asma, ella se abanica con la mano. Ella siempre explica mis síntomas, los suyos, el médico ordena, yo abro la boca. Las dos tomando un chocolate caliente a la salida o en la calesita, para festejar. Durante un tiempo indeterminado no busco hotel pero tampoco estoy en ningún lado. Camino viendo las vidrieras, imprentas, negocios de reparación, tintorerías. Toda una vida encerrada en la oscuridad de un local, el llavero de hierro, el tablero de luces, la escalera que va al depósito. El bañito. Los productos de limpieza y lustrar la estantería. Toda una vida, el horario de ingreso, el ruido de la cortina subiendo, bajando, la campanita cuando entra y sale un cliente. Los probadores, la calle de humo sobre el final. Salir a dar unas pitadas cuando el dueño se va al banco. Estoy ahí adentro y tengo muchos kilos de más, el corpiño me aprieta. Llevo mi almuerzo envuelto, tomo Coca sobre el mostrador y tengo sueños calientes sobre la hierba. Frente a la señora en el lobby no sé qué decir. Ella espera. ¿Cuántas personas? ¿Cuántas noches? El empapelado de flores verde como espinas puntiagudas, como agujas de tejer, me recuerda a mamá. A la rococó de mamá. A la mañana desabrida marcada en el almanaque de la cocina con una cruz para sacarse al desconocido de adentro. A la noche en que tiraron los dados con la abuela y salió que mejor sería ser tres en la casa y evitar una muerte prematura y sospechosa y entonces brindaron afuera con vasitos de vodka y después encendieron los cirios y anduvieron como sombras por la casa. Al momento en que empezó a gotear de finito a grueso hasta que fue aguacero y la abuela la acostó y salió el fantasma.

¿No será una de esas lesbianas?, preguntó la abuela con la boca para abajo cuando a los quince seguía sin novio y sin candidato a la vista. Y mamá me miró de tal manera que mejor ni pensarlo. Me apoyo en la baranda hacia la calle desierta a excepción de un restaurante asiático en el que no entró ni salió nadie durante varias horas. Me pregunto si están todos muertos dentro de las peceras, si fue una carnicería por un ajuste de cuentas. Espero ver el rojo deslizarse por debajo de la ranura como una arteria. El teléfono está vacío. Lo veo con la otra en el inodoro. Pienso tanto en él que ya no tengo aire para evocarlo. Una vorágine de rencor crece en mí a medida que amanece. Y entonces veo el aura de papá. Qué es papá. Nunca dije así. Veo que es un chico altísimo y rubio que se la pasa viendo dónde meterla. El día empieza como ayer, como, bebo y duermo poco. Un perro muerde las gomas de los autos. Algunas alarmas esparcen pájaros. Los pajarracos suenan, se cruzan, descienden, se atacan, se desplazan entre el cielo, sobre los techos y las vigas. Para qué. Qué pájaro es cuál, cómo saber si cae en picada uno o es otro. El sol de media mañana me irrita los ojos. La sangre caliente, la mandíbula del perro destrozando los neumáticos, este colchón, papá cazando salmones o vendiendo motores de barcos, papá vestido de cuero, fumando en la puerta de los cines de las películas románticas a la espera de alguna mujer, todo puede ser verdad. Lo único que lo saca de la cama es entrar en alguien. Papá con mamá chocando una cerveza de malta helada a la hora de haberse conocido. Y luego otra, otra, otra y vaciar la heladera de la abuela que espía. Papá mostrando los testículos subido al brazo de un tractor, papá con olor a colonia para pibes, mamá embobada con el platinado de ese desadaptado social de un metro noventa que la lleva a decapitar cobras. Y después, la misma chaqueta y los mismos zapatos varios días seguidos y eso a mamá le fascina, su olor concentrado. Y terminan dándose por el culo sobre el sofá.

Una de las tres siempre mira hacer a la otra. La abuela a mamá con ese indigente del norte, mamá a mí con el morocho de anillo de plata, yo a los dos, por separado, cada una en un cuarto y la niña deambulando por la casa con la caja de cereales de chocolate. La niña tratando de alcanzar los cuchillos en puntas de pie. Después, se dan con el duchador, airean abriendo ventanas y cobertizos, tiran rápido la ropa interior en un balde. Y se huelen los dedos adentro de las uñas y me besan eufóricas con el pucho encendido. Y se cuentan de todo, en susurros los detalles escabrosos. Me gustaba entrar en sus piezas a inspeccionar, saltar en sus colchones movedizos, descubrir lo que olvidaban debajo de la cama. Camino por esta ciudad de juncos, de palmeras y raíces que cortan las calles y los patios. Ya pasé todo un día sin escuchar a ninguno de los dos y la impresión es de nubes calientes detenidas en el aire. Haber inventado que tenía una madre que usaba vestidos con fajas en la cintura, una madre adicta al lujo de los casinos de la costa, inventar que había un cowboy que venía a violarme al filo de la autopista y me devoraba hasta hacerme perder pie. La copa de la arboleda se mueve y es esa duna de caracolas marinas con una lona rasposa compartida por la abuela, mami y la niña. Un trío de trastes colorados sobre las almejas. Tres espaldas rollizas con crema protectora. Tres vaginas arenosas al final del día. Por fin doy con una taberna. Puede que el jamón o las langostas expuestas en la vitrina no estén en buen estado, pero igual pido eso, me siento en una mesa oscura, el cenicero rebalsa. Sigo confundida mientras lastro el menú, el mozo me mira con interés. Me confunde el recorrido del sol, esa sombra, en esa taberna, en esta ciudad. El teléfono suena. Por acto reflejo apreté el botón con la boca llena de grasa.

Escupir enseguida en el cordón de la vereda la langosta cayendo, patita por patita, al callejón. Dar saltos rosas hasta el baño del hotel y cepillarme los dientes y la lengua Pegarme un baño, meterme el jabón, estirarme el pelo, volverme voluptuosa, subirme a los tacos y recibirlo perfumada en la puerta del cine. Y sucumbir al amor. Quedarme atrapada en sus manos, quedarme en su aire idiota, tan profundamente idiota que no puedo seguir los subtítulos de la película. Que no logro decodificar ninguna ironía. Qué era la ironía. Qué era decodificar. Yo habito este patio interno de retrasados que hacen artesanías y ríen unos montados en otros. Cachito montó a la burra, a la burra me la monto yo. Yo soy la de la foto del hospital con el de blanco sujetándome, allá lejos están los familiares que nos visitan. Yo soy una granjera de crios alrededor del rancho. En la vasija flotan animalitos. Eso dura, la luminosa fragilidad, dura, mientras él se queda y caminamos, descubrimos la ciudad, comemos y nos enrollamos desnudos. Eso existe mientras la penetración es un claro de luna y el resto es mugre. Y no entiendo pero la sucesión hace que concluya y estamos los dos sentados en su auto cerca de la estación y algo me dice que empaña los vidrios. Algo dice pero yo tengo apretada la tecla y no oigo nada. Me besa, pero necesita hablar. Lo beso, pero me pide que lo deje hablar. Que es urgente. Siento que se me cae el pelo mientras oigo que su mujer está en la fase final de un embarazo.

¿Y si soy huérfana por su culpa? ¿y si está sobre la abuela con una cruz de madera y una nota? Y si la casa ya no existe, y hay un barranco y zorros bebiendo. El tren de regreso cruza Siberia en invierno. Mi cabeza es calva. Tengo esta manía de embrutecerme. Bajo corriendo del tren pero la rodilla me falla y caigo. Odio es poco. Que me las va a pagar, es poco. Su mujer pierde el bebe, la sala de estar manchada de secreción. Lástima y a limpiar con pañitos de cocina. O llega al noveno mes, y el día tan esperado sale el morochito con nombre y cuna preparada, con cartelito decorado, pero muerto. Es un detalle. O las ecografías dan bien, el aparato nervioso aún está en formación, todo normal, el piecito, la translucencia nuchal, los movimientos fetales involuntarios, el líquido amniótico es precioso, el cuello del útero, divino, pero al salir, es siamés y está pegado a un perro. O nace sano, el llanto del acto animal y ponerlo sobre las tetas cagado, la vuelta los tres al cálido hogar con el bolso esterilizado, peines para pieles escamosas, faja postparto, el aspirador para nariz más el arsenal inútil y el acetaminofen. Pero, mientras duermen, ella lo aplasta, suele pasar señora dice el enfermero. Autopsia en la capital y a enterrarlo en la parte infantil. A mirar de reojo las tumbas de los infantes y a exprimirse la leche. Y el duelo con sus etapas, no hay etapas sino detonarse en campo abierto y salpicar las vísceras. Cerdo. Infecta. Degenerados. Cómo pudo penetrarla, eyacular. Mamá lo había dicho. Mamá algo de esto sabe. Mamá predice. Dice que fue mecánico, que es como comer sin hambre, que se puede comer haciendo arcadas. Ahí llego. Sigue teniendo aspecto de casa. Siguen habiendo ventanas y paredes y la chimenea. No veo flamas alcanzando los troncos más altos. No está el camión de los bomberos con la escalera desplegada sobre los aleros, ni se la llevan en camilla.

Entro temblando, a primera vista todo está en orden. Pero a medida que avanzo, los detalles. El gas entre abierto, repasadores tirados por debajo de la puerta, las ventanas trabadas con cerrojo, la canilla del baño goteando. Un fino olorcillo puerco desde la heladera. Ningún objeto de mamá. Ningún accesorio. Estoy metida en las cataratas y no oigo nada, no logro ver a través del flujo violento. Nadie en el comedor, nadie en el pasillo, nadie en su habitación, nadie en la mía, mi cama hecha, nadie en el sótano entre botellas abiertas, nadie en la terraza ni colgada de las vigas. Listo, soy huérfana, y me veo delante del nicho de mis progenitores, liberada, una guacha con poder, una histérica felicidad. Soy huérfana, como decir, soy una mujer casada, como decir, tengo hambre. Salir a los tumbos, oler todo por primera vez, empezar a nacer de nuevo. Camino derecho en el predio crecido y dejo atrás la casa deshabitada. Camino buscándola por tierra y por aire, mirando hacia el cielo por si se colgó de un paracaídas, del ala de un avión de guerra, desnuda flamea en las ramas. Camino siguiendo el instinto materno que no hay. Me hago. Vivir sin ella. Pasar a la velocidad superior del pánico. Pero tiene que poder sentirme, la manada que se lame después de la cacería. Vivir sin ella los minutos previos a pegarme un tiro. Cómo será arrastrarse hasta la repisa de mármol. Cómo será hasta dar con el cajoncito, las balas, el estuche. Cómo será armar la muerte. A lo lejos galerías de piedra y colinas rojas. Y el estado inerte de los charcos.

Si fuéramos vistas desde arriba por un aviador se tumbaría, se dejaría caer en picada hacia el tumulto verde. El corazón a martillazos, a estocadas, los brazos espásticos, avanzo toda quebrada. Y es como manejar en un campo de rapiñas y acelerar el motor hasta incendiarse en remolinos. Vago en el espacio pero bien agarrada al suelo siento sus vibraciones y sus impurezas. Caigo a sus pies. Las patas de la bestia. Perdón, mamá. Perdón por la traición. Sí, fue eso mismo, dice y muy grave. Ya sé. Perdón mamita. Mirándonos somos dos abejas detenidas como objetos. No sé si podré perdonar.

OceanofPDF.com

Lo real de la pasión, hija mía, es su imposibilidad. Ay, no, ya sé mamá todo eso. Shhh. Digo que si fuera posible, no sería posible, eso es algo que aprendí el día que subiendo al capó con una mochilita en la espalda le dije a mi rubio alto, me voy con vos, soy tu posesión, quiero morir en tus brazos, y nunca más lo volví a ver. O sea, quiero decir, que es posible, porque es imposible. Pero ya lo sé. Shhh. Sabiendo esto de memoria, que es el sufrimiento de la imposibilidad de una pasión, lo que la vuelve pasional, seguimos luchando por volverla posible. ¿Por qué mierda? Ahora sí, te dejo hablar. Shhh. Porque así somos las mujeres, seres endemoniados y testarudos. Así somos de huecas. No queremos sufrir, odiamos sufrir, tenemos terror al corazón latiendo en todo el cuerpo y al asma cuando nos anuncie que ya no está enamorado, que no se acostumbra a nuestro olor, o cualquiera de esas estupideces, pero si no sufrimos no hay pasión, sufriendo, volvemos posible lo imposible, la pasión misma. En los pocos momentos en que el sufrimiento, el temor a perderlo, a que sea de otra, desaparece, esto lo sé bien porque hubo días, escuchá bien, hubo días, los únicos en toda mi imbécil vida, en que el rubio me traía regalos fabricados por él, cajitas de fósforos, gusanos pintados, ramas con formas, en esos días me besaba pesadamente y parecía que su lengua fangosa se quedaría pegada a mí hasta gastarme. Entonces, esos días no sufrí para nada, tardes enteras sin sufrir al borde del lago, pero tampoco gocé. Enamorarse es la gran condenación. Enamorarse es el diluvio con un refugio electrificado. No sé si me entendés. No sé si estoy siendo clara, ahora tenés edad. Yo siempre me decía, esperá a que deje los pañales, esperá a que hable de corrido, esperá a que menstrúe, a su primera vez para decírselo y nunca pude. Enamorarse es ponerse delante de la cobra de dos metros. No pude instruirte a tiempo, te pido mil perdones. Me lo enseñaste, mamá. Fallé en todo, empecé tu infancia al revés. Debería haberte educado correctamente, no dejarte meter la mano en el caparazón y arrancar la babosa. Pero no, si con verte me bastaba para entender. La escucho tumbada sobre el musgo, una fina capa vegetal me cubre como arenilla. Estoy echada como un mamífero con las

orejas lanudas sobre los ojos. Estoy tapizada, forrada, y entre nosotras corre un acantilado y el agua trepa y resbala.

OceanofPDF.com

Planea toda la tarde la venganza. Toda la tarde. Malparido. Cobarde. Hijo de miles de perras. ¿Hijo de miles de perras, mamá? Bueno, hijo de puta. Y tirando del pico en el basural, una a una las botellas vacías consumidas en mi ausencia, vi que nacemos por error. Una tarde echados en cualquier posición, por torpeza, por vicio, después de un empacho. El enfermero tentado sobre la paciente con un ACV. Que nacemos por debilidad, hijos que se engendran como un hecho en los huecos o temprano a la mañana, sin mirarse a la cara, alguien al que se le escapa, como mamá ahora triturando botellas con las manos pegajosas. A cada tiro de gracia susurra el plan para sí, la posibilidad de que nos quitemos de encima toda esta mierda, de que nos haga zafar tirándonos de su pija como una máquina excavadora extrae del fondo una familia enterrada por un huracán. Y después, quédate quieta hija, que tenés un insecto pegado en el párpado. Tengo esta locura mamá, de arrancarme los ojos y el corazón cuando el deseo me hace perder la cabeza y la conciencia. Calláte barroca. No seas chancha querés. ¿Te llamé, al menos? ¿Te consolé? ¿Te dijo te amo? Ni siquiera. Y vos gimoteando de arrancar no sé qué cosa y de la conciencia. No te preocupes, lo va a perder, no llega a los nueve meses, no soy arpía pero algo de esto sé. ¡Es exactamente lo que pensé yo! ¡Que se le cae por entre las gambas, que nace muerto! Y festejamos la coincidencia bailando un lindo vals, pegando patadas a la cabeza del nonato. ¿Te preguntó si querés uno? Pisando los treinta es algo normal. ¿No te propuso dártelo? Un segundo darte su esperma en agradecimiento al menos, como ofrenda. Bueno, no empieces otra vez, no pongas los ojos como frutillas, vamos a distraernos preparando todo paso a paso, será como ver el desplazamiento de los glaciares en vivo y en directo, un espectáculo mayor, basta de tanta vaca estúpida en el horizonte. Para eso necesito que colabores. Andá a lavarte y volvé fresca. Ni se te ocurra tocar el teléfono, yo te voy a decir cuándo es el momento indicado para enviarle el primer mensajito. Hay que hacerlos esperar para que reaccionen. ¡Andando! y me dio una buena patada en el culo. Una avalancha pesada y luminosa derrumba todo lo que hay en mí, mamá. Qué

cosa puede ser trascendente después de haber levitado, cómo puede alguien querer vivir lo que sea. Andá de una buena vez te digo, no hables tanto que te confundís vos misma con tus propias palabras. Dar hachazos refulgentes a las plantas venenosas de tallos huecos y ramosos. No alcanza. Pegar la nariz al humus del suelo, a los restos de pulsiones salvajes de los venados. Qué voy a hacer mamá. ¡Ir al baño ya! ¿Sos sorda? Traspasar un cuerpo y volver sobre un temporal, echado sobre el hombro el fardo caliente.

OceanofPDF.com

No tengas miedo, no tengas miedo, miedo de qué tenés ahora, urgente electroshock para una. Él no asoma la cabeza porque está en capilla, espera tu señal, él es el que debería tener miedo de tu reacción, tenés todas las de ganar, dale. Y encima la otra con el bombo, ahora sí que no la toca ni con un alambre. Un palo, mamá. Bueno, palo, alambre, llámalo ya. No me vuelvas loca, no me adoctrines, andate lejos. No te adoctrino, te educo, y necesito escuchar, necesito darte ideas, te voy haciendo gestos. No necesito ideas, andate o no llamo. Y me voy por la ruta, mamá juega al solitario sobre la mesa con manchas de café. La veo mezclando el mazo, mojando la punta del naipe, haciendo trampa. Camino con el teléfono quemándome. Camino tanto que paso dos *villages* desiertos y rodeo el cementerio, la muralla que deja ver los nichos y los recipientes con agua picante. No llamo todavía, doy la vuelta, los negocios de mármoles, granitos, sus pulidos y abrillantado de suelos y tumbas. Servicios de limpieza y elementos decorativos para tumbas. Pronto a cremar a todo el mundo. El cielo parece más separado de la tierra. Busco sus mensajes pero está vacío, ella borró todo. Entro y paso la barrera. Cuatro jóvenes llevan un cajón, hace calor y las manos transpiradas los obligan a parar. No parecen pensar. Como si estuvieran en una senda en la montaña y gozaran del panorama con binoculares. Después irán al almuerzo familiar y cada minuto los hará olvidar que vienen de enterrar un cuerpo. Que ese cuerpo se movía. Apoyan el cajón a la sombra de un álamo. Llamo. Pierdo noción de las indicaciones maternas. En qué consistía exactamente la extorsión. Cuánto era lo que había que pedir. Imaginarlo acá, imaginar que llevo su peso, que debo descansar para poder llevarlo. Atiende. No puedo hablar, pero me reconoce. Esperaba mi llamado, esperaba saber si estoy bien, estaba preocupado. No lanza ninguna palabra de amor y la fiebre sube y de pronto muevo los labios morados y soy ella. Necesito verte, aunque sea para despedirnos. Necesito poder hacer real esta separación. Él dice entender. Claro, agrega, entiendo. Esa voz del no poseído. Asco. Aversión a esa vida a punto de parir. Haberme agarrotado hasta la náusea, haber sido un tiburón liso y ahora la

musiquita de lo acostumbrado mientras las empleadas limpian nuestras habitaciones de hotel. Los acolchados con resaca sacudidos en la ventana. Las mesitas de luz vacías. La aspiradora sobre la alfombra. Y la otra ordinaria que se lo apoderó. Ganas de sepultarlo. Ganas de desmembrarlo. Pero no dice un día, no dice un lugar, no dice una hora. Soy una virgen que vive con su madre en una caravana y en invierno se frotan como dos cetáceos. Soy esa que come hígado de pato con las manos y las uñas rotas Esa que se ríe y salta en el vendaval de la mano. La concha cerrada hasta la vejez. Y cuando una mañana de nieve encuentra a la madre acostada con la boca abierta y un insecto dentro, se tira encima y la besa. Y se traga el insecto como a un hielito. Los jóvenes parten del cementerio. Mañana, suelto. Me humillo. Y necesito ayuda para pagar varios gastos, sabes, me echaron injustamente del trabajo después de diez años, eso es por discriminación, les voy a hacer una flor de juicio y lo voy a ganar, y me voy a comprar una lancha y voy a recorrer todas las islas, ajá. Pero para eso tengo que pagar a un abogado y claro, dice comprender la situación, por discriminación de qué. Ni le aclaro. Que cuánto necesito. Que va a conseguirlo, que se lo devolveré cuando pueda, que él conoce a un muy buen abogado y contador. Qué no hace un hombre por sacarse de encima a una mujer. Ese lastre. Todo tan obvio. Poder ser razonable y modular. Dar una cita para dentro de diez días, anotarlo en la agenda, sin perder el equilibrio. Vendrá a verme, pero eso sí, deberá partir temprano porque tienen un turno que no pueden cancelar a., y corto, lógicamente, ya me habla en plural.

Esa ansiedad en los dedos que los tuerce. El lugar del encuentro es el mismo, bajo el puente entre grafitis anarquistas y teléfonos de putas. No hay definición, no es espera. Es la nada hasta la aparición. Un día de letargo en la lactancia. Mamá encerrada en casa rezando de rodillas en las baldosas. Mamá todavía esperando que el otro entre. El otro que la dejaba en llamas y ella se daba la cara contra las ramas. El otro que se la sacaba justo cuando estaba a punto y se le reía, pucho en labio. Mamá repasando la secuencia y entrando al armario. Mamá la última verificación al filo. La primera vez que dirige algo, que algo la entusiasma. Ahí viene, no apaga el motor y se me tira encima sobre la calzada, no me chupa, hace el gesto del automovilista en doble fila. Y subo y obedezco y el besito jugoso viene después de los gestos automáticos. Cómo estás, cómo está tu madre, cómo pasaste estos días. Te traje el dinero en efectivo, podés contarlo, me lo devolvés cuando puedas, sin hacerte drama. Pura basura. No contesto. Hace calor, dice. Por fin un día del verdadero verano de piletas hasta medianoche y almuerzos en la parrilla al aire libre. La ciudad está colapsada por el uso de aires acondicionados, ¿acá, no? En la ciudad no aguantarías este calor. Tomo el fajo y lo meto en mi cartera sin mirarlo. Necesito que vengas a casa a ayudarme, no tengo a nadie, es terrible. Qué pasa. Es terrible, no es posible dos mujeres viviendo así, y mamá se fue, no tengo a nadie. Qué pasa, no me asustes. Una plaga, por toda la casa, pero sobre todo en la cocina. ¿De hormigas?, de esos inmundos roedorcitos blancos. Qué asco, pero yo qué puedo hacer, sé menos que vos de todo eso. Ayúdame, es lo último que podés hacer por mí. ¿No tenés vecinos, los bomberos? Mis vecinos se están muriendo. Los bomberos ya no vienen desde que mamá los llamó treinta noches seguidas con excusas diferentes, ni me hagas hablar, gatitos en el tejado, incendio en el termostato, bebé que llora desde un baúl. Es su deber acudir, es un servicio a la patria. Mamá los acosa, no es su deber dejarse acosar. Prefería ir a otro lado, lo sabés, me siento más relajado en un espacio neutro, y siguió hablando pero me le tiré y le mordí la parte interna de la oreja. Y el auto solo da marcha atrás, la rueda en la canaleta y gira. Lo

hacemos rápido, sin mirar, vos levantás y yo tiro, tengo guantes de látex. Hay que apurarse porque van a entrar en la heladera y ahí es el final, van a acabar con nuestras reservas. Nunca me puse guantes de látex. Será mejor que ver colgar el líquido de las bebés entre tus manos. Qué asco. No puedo, no soy capaz Y lo miro y lo beso, capturada por esa felicidad que nace de nada, en un intervalo cualquiera, antes de irse porque sí. Espero que me entiendas, dice, estoy acá pero.., claro, claro. Ella ya es vieja para ser madre, no podía privarla de esto, no después de tantos años de concubinato, hubiera sido como enterrarla viva, claro, sin duda, entiendo. Si la dejaba ahora no podría conseguir a otro, ya es tarde hasta para que congele óvulos. Sus óvulos están desgastados y lo mínimo que puedo hacer si no la deseo, es darle.., discúlpame que te interrumpa, dejá el auto adentro por favor. Prefiero afuera, no, adentro es mejor, si no los chicos pueden rayártelo con destornilladores o pistolas de agua, no están acostumbrados a un modelo tan nuevo. Te decía que uno tiene una obligación moral para con su pareja de tantos años, no la puedo tirar como a una cosa, no es un juguete, aunque ya no hay deseo, tampoco asco.., discúlpame que te vuelva a interrumpir, ¿tiene techo corredizo? Eso es justamente lo que hizo la diferencia con los otros que vimos, nos enloqueció a los dos el techo transparente. Seguro darán paseos magníficos por la costa marítima, al filo de la rompiente, el chiquito como un conito de helado con la mitad del cuerpo afuera. ¿Entonces, me entendés? ¿Podés ponerte en mi lugar? Vení, vení y tapate la nariz con esto, que apesta.

Entra mirando cada paso que da, las piedritas triturándose. Qué pasa. No te gusta la decoración austera de mi casa. No te gusta nuestra estética campestre femenina. No, no es eso, me siento raro, nunca estuvimos juntos acá. Es una broma, a mí me parece todo de lo más repugnante, pronto me mudo lejos y vas a ver cómo me decoro mi casa. ¿Ah, sí? ¿A la ciudad? Tengo proyectos. Avísame y te ayudo a encontrar trabajo. Mamá no viene, no te preocupes, no voy a hacer la presentación oficial hoy. Pasá, pasá. Sacáte los zapatos a la entrada, déjalos apilados con los otros. Se los saca, pasa al baño, me doy cuenta de que piensa frente al lavabo con el agua abierta. Cada gotita es una trampa. Pienso yo también en un plan B por si se va al trote por la ventana. La casa está equipada, hay alambres, redes, palas, incluso un viejo tractor. Lo espero pegada a la puerta, le salto encima. ¿Y la familia de ratitas blancas?, ¿y los guantes de látex? Lo guío por el pasillo y lo desplomo en mi cama.

Le muestro mi vientre plano, quiero que acabe ahí. Se están pudriendo detrás de la despensa, espero a que termine de morir toda la familia y vamos. Y comienza la función, lamidas, agarradas, movimientos. Pero todo es tirante, frío, acongojado. Pero todo es ese empapelado de flores con espinas. Trato de inyectar pasión, hacemos el amor una vez. Y dos. Está cansado, le duele la ciática. Qué mierda es la ciática. Toma pastillas antidolor. Te traigo un vaso de agua con menta, la clorofila te va a hacer bien. Cuando el agobio del mundo entra en la pieza, antes fantástica. Lo dejo semierecto en el colchón. Salgo desnuda. Mamá espía por la ranura del armario, lo entreabro. ¿Estuvo bien?, pregunta. ¿Te dejó uno más o vamos ahora? ¿Te dio besos de lengua? Aproveché. ¿Llegaste a...? Mamá, sos inmunda. Al menos que te dé un orgasmo, el muy turro. ¿Pero qué decís? Muy bueno lo de las ratitas, ya estaba corriendo a encontrar alguna La casa está en silencio. Nada indica que hay un hombre en pelotas en el antro femenino, también él, venir a meterse acá. Si pudiera quedarse así diez años, intacto, perenne en mi cuarto, acostado, entonces todo sería bello y pacífico y yo lo dejaría con gusto ir a criar a sus naciditos. Llevarlos a los descampados a buscar piñas, hervir cangrejos, saltar por los arroyos sin cauce. Su teléfono suena y nosotras pegamos un salto. Tapate, ¿querés?, tus tetas me distraen, cómo te crecieron los pezones, están morados. Dios, más grandes que los de la abuela, de dónde saliste. Y qué gama oscura tienen, parecés adoptada. ¿Soy adoptada? Sos imbécil. Vos adoptada, ¿no ves que somos una sola gota de agua? Dos, mamá. Me da su blusa. Nos acercamos a la puerta en puntas de pie, dos bailarinas con tutú totalmente perdidas en el escenario. Algo susurra, palabras de ternura y paternalismo. Pía pía pía se dice la parejita. Estás celosa, hija, eso fue lo que no nos dejó existir. No estoy celosa. Estás celosa, yo también celosa de él, celosa de las otras sin hijos, celosa de una corriente de aire, celosa del mundo. Como las vacas después de parir me cuelga todavía un hilo esponjoso que dejo por toda la casa. Me pongo una bombacha y oigo que me llama, que una primera vez dice mi nombre y luego lo grita. Es ahora, dice mamá, algo teme. ¿Te trajo

la plata? Shhh, qué importa eso. Y debe tener tarjetas de crédito y débito, también. Y en una de esas, cheques, bonos. ¿Sabés falsificar su firma? Hacé que te firme algo. ¿Querés que le pida sus claves secretas, también? Sacálo que voy por el otro lado, yo agarro todo, vos solo llévalo. No tardes, no te quedes baboseándote. Dale un corte. Un poquito más y voy. Vas a echar todo a perder por la puntita y va a ser de la otra. Gusto de la otra. Ojos de la otra. Un poquito más. Y entro con el vaso de agua y la hoja de menta.

OceanofPDF.com

¿Por qué te vestís? Es medio tarde, si querés te ayudo y después vamos a tomar un trago al barcito del río. Acá te estoy dando de tomar. Pero necesito cambiar de aire. Vamos al jardín entonces. Como quieras, en general te gusta ver pasar los barcos y las lanchas, distinguir los motores. Sí, eso era antes. Seguí enojada. No. Decepcionada. No. El hecho de que tenga un hijo con ella no quiere decir que..., entiendo. No podía negarle la posibilidad, ella nació para eso, para ser madre, no como vos. Y yo cómo soy. Vos sos divina. Vos resplandeces. Vos sos otra clase, no sos madre. Ella es madre desde la cuna. De verdad, tener un hijo no es nada más que eso, sábelo. Acababa de escuchar la declaración de amor más hermosa de mi vida, tener un hijo no es nada. Y me besó, como un aturdimiento, por primera vez él a mí, y fuimos otra vez dos astros en el espacio. Y casi se me olvida que me espera mamá al lado del gallinero con todos los utensilios listos. Y pienso, qué tonta, él tomó el vaso y no puse nada para dormirlo, no vimos demasiadas películas con mamá. Va a tener que ser feroz, va a tener que hincar en la piel dura. Las bocas con menta, y otra vez lo beso, y otra vez.

Le muestro donde jugaba de niña, paseamos y me da la mano, mamá debe creer que alucina. Y entramos a la gruta donde me escondía de chica para no tener que ver a los viejos castrar a los animales o colgarlos de las pezuñas. Le muestro la guarida desde donde espiaba cuando en invierno bajaban los cadáveres en trineo. Mi trinchera donde armaba y lanzaba granadas. Él se interesa en mi pasado, en ese hoyo inmundo sin papá, inspecciona los árboles que trepaba como un científico con lentes de aumento. Por un segundo todo al revés, la hoja metálica partiendo la fina columna vertebral de mamá. Y luego él y yo cenando a la luz de las velas, teniendo hijos que se hamacan muy alto, fumando y soplando humo hacia las estrellas. La miro hacer señas desesperadas desde allá arriba. Un cacareo llama su atención y él se dirige solo, sin que yo tenga que decirle la estúpida cosa de que quiero mostrarle la huerta. Camina, sus piernas largas marcando mi hierba. Camina y se aleja de mi niñez. Después voy a besar la tierra y pasaré mis jornadas tirada sobre sus pasos, loca de amor. Mamá sigue subida a un banco de piedra tras la enredadera. él de espaldas. El toldo nos tapa, las puertas linderas, la copa de la arboleda que oscila. Yo en el centro. El gesto psicótico del brazo en alto, el codo en punta. El peso del machete como el de una criatura al que hay que proteger de una caída. Mamá se desorbita. No puedo darle el visto bueno, no puedo asentir, no puedo levantar la mano en señal. Y ella se manda sola, salta del banco con energía y da un primer golpe con la cuchilla en la nuca. Y lo tira. Ahí mismo me busca, todavía puedo salvarlo, volverlo mi marido, el patrón de la finca con el manojo de llaves y el rifle, todavía puedo ensayar ser una buena huérfana. El sexo es un asco, ya empieza a toser agua y sangre, ya tiene la cabeza al revés. Mamá se le sube encima, vení, mierda, vení, hacé algo vos, me gruñe. Es momento de actuar y no puedo dar ni un paso. No me sale, mamá, visto un guardapolvo azul a pintitas y no puedo entrar a la clase. No me sale decir mi nombre. Vení acá mierda, y me lo da por el mango, me pesa. Levanto el machete con todo mi amor, con todo mi corazón, también moribundo. El oxidado machete contra el cielo nuboso se

clava una vez en su estómago, otra vez, dice, y lo levanto y lo descargo pesado en su pecho, otra vez, dice, y lo levanto y lo incrusto en su cuello, ya está bien, ya basta, no te ensañes, respirá hondo, ahora largálo, aflojá. A mi lado una piedra plana, quiero echársela encima, borrar su cara. Ya está bien, dice, ya podés descansar.

OceanofPDF.com

Qué cosa es eso, no quiero ser poco elegante pero esa cosa es un pepino agrio, una horrible belleza. A ver, sí, está raro, una fruta fuera de estación, una verdura al sol. Nunca te dije nada, pero ahora que veo su pija pienso que ahí está todo. Alguien me mira con apetito, hay sol también, tengo zapatos de charol lustrados con hebillitas, tengo flequillo sobre los ojos, abierto por el remolino, tengo pollera a cuadros de tabletas y estoy disfrazada. ¿Quién te mira, hija? Algo por fuera me observa durante todo el festejo y después, mientras las cosas caen, vasitos, platitos de porcelana. Mirá, el pepino se calcina, se achicharra, es un zapallito o una brótola, qué divertido. Interesante efecto, pareciera que es lo primero que se va. ¿Un tío, un vecino, algún amigo de la abuela? Hay algo que me tiraba, se sentía en la panza pero vos no te dabas ni cuenta, me mandabas igual a jugar a los asientos traseros del auto. ¿Alguien desearía algo tanto como para destruirlo? Tengo esta manía de preguntar sabiendo la respuesta. Preguntar como quien saca piojos a un chico, y sigue y sigue aunque no hay más y el chico grita bañado en vinagre, la cabeza vacía. Preguntar sabiendo y clavando la uña en el cuero cabelludo. Las primeras veces que te vi en mi vida, recién salidita, muy pulcra estabas, dorada de ojos verde marciano a cierta hora. Me paraban las enfermeras cuando fui a hacerme ver en el hospital para felicitarme, las anestesistas, las empleadas, yo te destapaba un poco más para que vean qué bien confeccionada estabas, qué armónica saliste, yo estaba tan engreída, pero a la vez, era extraño, como si no fueras mía, un número de menos o de más y es llamado equivocado. Cuando me alejaba unos kilómetros del pueblo con el cochecito, las dos tan solas e indefensas en la ruta nevada, te hubiera dejado. O en una playa, eso pensaba, con la crecida, para que avanzaras hacia los rayos eléctricos, si me hubieran prometido que él volvería Como una transacción rápida en una frontera vigilada. Te doy, me das, nos alejamos. Como la madre que le dice a la nena de pocos años, no seas mongólica. ¿Cómo decirlo mejor? No por crueldad, espero que me entiendas, para que me dieran a cambio lo que perdí. No hace falta, no hace falta para nada que expliques. Dame un abrazo

bien fuerte. Yo te parí, pero vos me podrías haber parido igual, ¿no es cierto?

OceanofPDF.com

Antes hicimos el amor y nada. A veces, un cuerpo no es más que un coito, un hijo del coito. No pasa, no sale, nada. Un último beso y le agarro lo que queda de la cara y se lo estampo. Al final suena su teléfono y taladra mi cabeza. Como en los accidentes de tren, la gente de los suburbios baja como monos hacia las vías a vaciar los bolsillos de los moribundos. Ella rompió bolsa, ella pierde, ella espera con las patas abiertas a que él corra, espera sus manos para el acto glutinoso. Ella grita mi amor, mi amor, mi vida. Pero esos gritos no son nada, yo lo merecía más que ella. Era mío, no de la que lo cazó con su órgano reproductor. Nos miramos con mamá que me da el visto bueno y hago pedazos su teléfono. Ojalá se le enrede el cordón. Ojalá se le atore. Las gallinas rondan adivinando que habrá un comilón. Los zorros y ciervos bajarán más tarde por el sendero a tomar su parte. Hay para todos, aspiren los restos. Soben, bestias. Somos inocentes. Somos las víctimas, señor juez. Y llega por fin el momento en que deja de respirar, como un día, dentro de una mirada, no hay más nada. Un silencio hecho de chasquidos y zumbidos se nos viene encima como aluvión. Fue un cerdo soberbio, dice mamá. Una persona brutal, sin principios, digo. Un cagón, en resumidas cuentas, no fue más que un cagón. El mío un burgués, el tuyo un libertino inestable, dos escorias. Pero los actos se pagan en vida, y tironea las palabras de mi boca. Era tan pero tan pero tan lindo que daba asco, mami. El ruido de las avionetas sobrevolando y cayendo. Podríamos carretear a lo largo de la autopista, atravesar los molinos y el río. Verlo revuelto desde el aire. La animalidad, la tierra, el sexo, todo vuelve de a poco, como el paladar de un antiguo fumador. Alzo la cabeza al sol y me tomo del cuello por primera vez sin redactar, tengo buenas noticias mamá, me colgué. Pasamos la tarde examinando su cuerpo, por fin dejaste de acosarlo, apunta ella.

A medianoche todo está limpio y listo. La mesa puesta para jugar a la canasta. Una música suave y todo parece danzar. Mamá pasa con el delantal de cocina y la bandeja con alitas de pollo y salsa. Yo sirvo las copas, ante el sonido del corcho se estremece. El pasto recién cortado, el gallinero cerrado, sin utensilios a la vista, sin marcas, sin atajo. Todo en su sitio, ropa nueva, la otra ya colgada. Chin-chin, por nosotras, digo mirando el horizonte que nos traga y ella asiente. Como si estuviéramos en un restaurante de lujo, pero en la intimidad. La plata bien guardada, las llaves del auto nuevo sobre la mesa. Para algo nos rompimos el lomo trabajando, dice de pronto. Ganas de probar el techo corredizo en las rutas provinciales. Ganas del humo en los suburbios de la gran ciudad. Ganas de un cajero automático, un paso rápido por un local de ropa de montaña y a llenar el tanque en la estación más alejada. Mamá se pone una manopla, se inclina para servirme y tiene diez años más y es una abuela de tetas bajas que sirve el pollo con cebollitas. En unos días tenemos cientos de pequeños tomates, podremos ofrecerles a los vecinos, claro, digo, y cocinarles también tartas de fresa y llevárselas tibias, hasta sus casas. Claro, con azúcar negra. Hablábamos como si nos estuvieran espiando o el teléfono estuviera pinchado. Hablamos del nuevo orden que le daríamos a la casa, de la distribución de las tareas del hogar, de saldar las deudas, de pagar impuestos, de tratar de inmiscuirnos más en las necesidades de la vida social campestre. Integrarnos en la comunidad, en resumen. Hablábamos sin mirarnos. Quizás podríamos empezar a cuidar a enfermos terminales, donar ropa a los hospicios, dedicar nuestro tiempo a los que más sufren. Empecemos por los autistas, dijo entusiasmada, cortémosles el pelo a los inválidos, agregué, y no sé cómo hicimos para no cagarnos de la risa.

El pollo ya chupado, los cubiertos cruzados, el borde del vaso con baba, todo encimado y listo para ser devorado por la repetición. Estamos charlando en la cocina, la piletta rebalsa de espuma, yo le voy pasando los platos y ella abre y cierra el repasador, cuando oímos un ruido. Nos quedamos duras. Luego otro ruido, esta vez más evidente. Pasos, dice mamá. Un ladrón. Alguien intenta entrar. O treparse. Mamá suelta el repasador y sale. Espío el camino por la mirilla. Vuelve con las llaves del auto, nos acercamos a la puerta. La ventanita de la casa de al lado extrañamente iluminada. Pero nadie asoma. Nos delataron, nos vamos, dice mamá, no hay tiempo para bolsito, agarrá el fajo. ¿Qué? Y me asombra darme cuenta de que no quiero dejarlo. Que no quiero alejarme de él, ni siquiera un kilómetro. Ni siquiera una noche. Puede que sea una idiotez pero recién ahora descubro que quiero pasar el resto de mi vida junto a él, mami. ¿Y ahora es momento para confesiones de amor? ¿Querés que llame al cura y los declare marido y mujer? No voy a mudarme nunca y si alguna vez tengo un hijo, y me callo. Mamá, quiero un hijo de él. Te hubieras acordado antes querida, ahora estás sonada. Si alguna vez tengo un hijo será al lado de su montículo, y mi niño jugará sobre su olor. Sí, amaré su olor. Lo veneraré, él será el que haga crecer la hierba. ¿Finiquitaste? Y cuando entre en la edad del espanto voy a escarbar con las uñas. No voy, mamá. Andá sola y estáte tranquila, acá te espero y miro sus zapatos alineados al lado de los nuestros. Te esperamos. Pero mamá me empuja afuera, no estamos para peleítas entre enamoradas, alguien miró la escena, alguien sabe, entendés eso, subíte y me tira adentro. Y subíte es una vez a mis ocho años yéndonos de campamento y yo mirando a lo largo de la ruta los postes de luz queriendo electrocutarme. La mano en el picaporte a punto de abrir, calculando cómo caería rodando en el surco, viéndome ya arrollada fuera del auto, calculando el envión ni bien baje la velocidad. Mamá cantaba al volante y, aunque no saqué la mano de la puerta, no la abrí nunca. Ya vengo, le dije, que tengas paz en tu tumba. Y nos fuimos sin encender las luces.

OceanofPDF.com

Andamos por la carretera y todo es tan negro, tan solitario, tan cierto como rapaces cruzando a ciegas las cuencas y muriendo. ¿Nos habremos confundido? No parece haber nadie. La luz de la vecina, apagada. ¿Estaba encendida o nos pareció? Damos una vuelta por si acaso, si no, volvemos y trabamos las puertas con tablas. Mamá, estamos en el campo. Y qué. Que es un pueblito de ancianos de mierda, sepultado en el fondo del mundo. Nunca se sabe, hay ancianos y ancianos. El auto a 20 km como un animal con las horas contadas. Ya casi dando la vuelta, el regreso a las sábanas, las polillas y una última cerveza fría cuando vemos algo cruzar de lado a lado. Una cosa muy rápida hecha de aire, algo que se movía y no parecían piernas. ¿Viste eso, no? ¿Tenía dos patas? No llegué a ver. Mamá acelera, el motor corta lo hipnótico. Salimos a la zona industrial.

OceanofPDF.com

Cruzamos la rotonda en línea recta. Una patrulla de gendarmería oculta en una pequeña arboleda nos hace luces varias veces, un brazo agitándose por fuera, una orden. Puedo imaginar la cara de los gendarmes jóvenes esperando desde su graduación cruzarse con dos como nosotras en plena noche cerrada. Para, pará. Pero la corrida empieza y mamá acelera en la subida al parking. Mamá está jugando al correcaminos, mamá está comiendo vitaminas y frutitas como el Pacman, mamá no esquivar los carteles y se mete en sentido contrario por una bajada lateral que da al río. ¿Vienen esos hijos de puta? Sí, mamá, vienen, ¿dónde querés que vayan, a pescar? Ya van a ver, nos la van a pagar todos, acordáte, en algún momento nos tiene que llegar. ¿Qué nos tiene que llegar? Yo no quiero nada. ¿Ganaste algo alguna vez en toda tu purísima vida? ¿No?, y bueno, ya es hora. Agárrate fuerte y abre el techo, gustosa. Lindo modelito de auto. Y mamá muerde la cornisa, y las piedras caen en masa haciendo ruidos cristalinos. Y los pájaros y los renacuajos se escapan. Y ya no puedo pensar en nada más. Ya no siento mi cerebro mío. Es imposible que estemos vivas dentro de una hora así que me aferro y grito y la golpeo con el puño cerrado, pero sin ninguna esperanza, sin ningún sentido. Sin deseo, miro todo sin despedirme, pero tampoco estoy en este mundo. No desfila delante de mí ninguna imagen, no sé en qué consistió haber vivido. No hubo infancia, ningún enigma resuelto, ninguna palabra de alivio, solo las habitaciones saturadas, el olor dentro de sus zapatos. El auto va a los tumbos golpeando contra las casas antiguas, contra los canteros, contra las máquinas agrícolas. Sobre nosotras caen las hojas y los troncos. El auto nos sacude yendo a toda velocidad hacia qué, hasta dónde, mamá continúa, el pie a fondo. ¿Siguen atrás, nos alcanzan? Giro pero la presión vuelve mi cabeza muy pesada, mi cabeza convertida en casco con el cráneo lejos. Vamos arrasando con todo, los golpes en las ventanillas y el techo, hasta que somos frenadas por una gran esfera de ramas entrelazadas y el auto se echa hacia atrás y hacia adelante y queda incrustado en el enjambre. Zumbidos. Pío pío. Mamá sale en cuatro patas y se corta la cara en dos con

las astillas. Yo me arrastro, me revuelco, las marcas de los zarpazos.
Estamos enteras y ensangrentadas. Que explote todo, destruirlo todo, dice
mamá y todavía quiere más.

OceanofPDF.com

PRECOZ

OceanofPDF.com

Me despierto con la boca abierta como el pato cuando le sacan el hígado para el foie gras. Mi cuerpo está acá, mi cabeza más allá, afuera una cosa golpea como una arcada. Todavía de noche, dos pájaros se elevan violentos de mi árbol y al estrellarse se matan entre sí. Miro si me escribió. Había dormido con el ojo abierto y espiaba cada tanto. El fuego tira, metí dos maderas húmedas y ahuecadas y me quedé con la cabeza adentro hasta que prendió. La sala se llenó de humareda. La fotografía de papá y mamá sobre el fogón. Soñé o sueño con flores de lupino, las flores salen de diferentes espigas blancas, lilas, rosas y después empiezan a aparecer vainas y semillas. Me desperté. Pasos en la escalerita, cuatro patas se tiran en caída libre hasta mis piernas. Me quedo frente a la ventana tapiada y me duermo con la mano abierta sobre el gato. El hijo baja rodando los escalones. Tiene sangre en las rodillas y me llama. Mamá. Mamá. Estoy despierta en la mecedora a dos pasos de la escalera pero con los ojos cerrados. El fuego ya no existe. Tengo que buscar con qué frotarle las rodillas y consolarlo pero no me puedo mover. La imagen de una joven como vacas blancas empujándome detrás de la ventana tapiada haciendo fuerza para entrar con aguijones. Una mujer jabalí rompiendo el cerco para embestirme, esa otra que me deja al borde de los enrejados. Dónde hay alcohol, pregunta el chico, madame, dónde hay alcohol, preguntan asomados los trabajadores ilegales en sus cabinas, está sangrando sobre las piedras, doña. Con el frasco despejo la herida y tomo a mi hijo en brazos. Pero es demasiado largo, demasiado crecido y me sobrepasa. Subo la escalera con sus pies que cuelgan y se balancean y se me cae poco antes de llegar. Ya no puedo cargarte más, pedazo de grandote, tiene el doble de cuerpo que yo. Mientras se viste dándome la espalda miro desde arriba las piedras con pintitas puras entre las piedras blancas. Subimos al auto aplastado y me largo, la aguja subiéndome al tope, él con náuseas por la velocidad. La puerta cerrada del liceo, golpeamos y gritamos como dos desadaptados, la guardiana nos mira mal detrás del vidrio, acostumbrada, nos abre, él se evade por los pasillos. Siempre pienso que se ratea por el otro portón.

No se puede contar un día entero en sus brazos tirándonos munición pesada entre carcajeos y paté de ciervo torturado. Los tiempos radiantes. Un picnic entre arboledas, disfrazados, él con pantalones cortos y tiradores, yo con un vestido de lisonjas mal pintadas. Una tarde con el arco y la ballesta, con los cigarros y las botellas de medio litro. Encendiendo y apagando puros que nos dejan la boca tallada de pardo. Una tarde también en convoy a la feria de la aldea, a apostar en las máquinas de monedas de hierro de los gitanos, a volver a apostar tirando los tarros enteros por la ranura hasta que la máquina empuja en efecto cascada los premios y saltamos entre sus caravanas. Elegimos un rayo láser de la vitrina con precios vistosos. Y después haciendo dibujos sobre el río, el láser en la entrepierna escribimos nuestros nombres en mayúscula y los rodeamos de un corazón, igual al corazón que él dibuja con esperma en mi cara. O sobre el ciempiés volador en el que las parejas aprovechan para babosearse con el toldo encima en la sacudida de la curva. El beso saleroso en la boca con chicle justo antes del envión. El beso líquido en los huecos de los labios. Un día iremos al mar, dice y me alcanza, un día al mar. El beso imposible. Recuperar la edad mental donde todo era alturas abiertas y rocosas. Edad mental de preguntas. Por qué los Alpes dan ganas de morir. Por qué el corazón se mueve y el cerebro no es liso. Edad mental del amor malsano. Por qué comerse con los ojos es aterrador, tener otra vez la edad pura del hijo único. Qué se siente ser veterano, mamá, cuando yo sea grande vos vas a estar más que muerta, cuando yo sea padre, vos ya no serás más madre, no te enojés, y se ríe. Los dos mirando la autopista, imaginando que volcamos bidones de aceite y después nos alejamos lo suficiente para ver los autos patinar, girar como molinetes y volcar.

Sé que él se fue después de toda la tarde y que yo le dije adiós con la mano por la ventanilla, le sonreí por el retrovisor, los labios descoloridos y su pañuelo de seda en la cabeza. Sé que pasé a buscar a mi hijo por el colegio y que salió con vergüenza entre los compañeros de curso y subió al asiento trasero. Me miro cómo estoy vestida, no veo qué puede ser que tenga. Y me pidió que pusiera música alegre y me preguntó qué haríamos el fin de semana en el puente colgante sobre bancos de arena. Pero después conduje hasta el supermercado y llenamos el carro de latas, veneno para hormigas y embutidos y corrimos entre las góndolas guardando pilas y

gillettes descartables, de vez en cuando cambiando de lugar los productos. Estábamos sonriéndonos, cuchicheando acaramelados mientras pasamos la caja, pago, juntamos las bolsas y caminamos como siempre hasta la salida. Él silbando una cantinela, yo mirando hacia afuera las nubes ahorcar las alturas. La fila de carritos moverse sola entre los autos chocados cuando un hombre saca una matrícula y nos pide que lo acompañemos. El menor y yo en el subsuelo, rodeados de cajas, fajos de dinero contados por manos con guantes y agentes de seguridad. Por favor, qué llevan en los bolsillos. Las gillettes y las pilas cayendo. Qué edad tiene el muchacho, ¿es su hijo? ¿Está escolarizado? Queremos hacerle unas preguntas de rutina, y se lo llevan y lo rodean entre algunas agentes de polleras tubos. Pero él me mira solo a mí. Pero él me ama solo a mí. Alerta de la guardia local, próxima visita de la asistente social y antecedente en el prontuario judicial. Y nada para depilarnos.

De regreso delante de nosotros corre sobre el asfalto una coneja con ojos celestes. Le tocamos bocina, le gritamos por fuera de la ventana, mi hijo saca medio cuerpo y el viento lo ayuda a acariciarla pero la coneja corre veloz sin entrar. Le tiramos agua pero no quiere ir a los árboles, no se deja llevar hacia los bosques. La vemos correr, volar, planear delante de nosotros. La observamos retar los autos y salir venciendo la ley del más fuerte. Después atravesamos campos con estuarios y el sonido del latido de un cisne es tan intenso que nos hace llorar.

El fin de semana nos instalamos en el salón y el jardín helado. Juego al ping-pong con una mesa armada y pintada por él pero no coordino la mano derecha con la izquierda y me putea en cada saque, usá anteojos, usá una faja, entrénate, una dulzura. Tomamos la merienda, leche chocolatada rociada con gotas de oporto, galletas de avena y las horas se adelantan lentas, como una seguidilla de ejecuciones. A cada simulacro de escuadrón el terror regresa. Mi hijo se duerme largo en mi regazo, su brazo sobre mis piernas desnudas cubiertas por un chal, por su cabeza pesada me doy cuenta por primera vez de que es un hombre. Yo sueño con un velero, el otro y yo turnándonos para el mando. Uno abajo abriendo la lata de sardinas, cambiando el combustible, limpiando herramientas. Llevamos un turbante. Y un día yo lo miro y lo amo tanto que le pido por favor que me espere en

cubierta con los ojos cerrados. Busco en el bolso de aspillera debajo del camastro, la sorpresa, el revólver y le doy un tiro.

Me asusta despertarme un sábado por la noche y tener a mi hijo encima, dónde están los chicos de tu edad, qué hacen, de qué se ríen los chicos de tu edad, dónde salen, hacen cola en el boliche con pista de madera y bolas de colores, se quedan tocándose detrás de la colina, cómo hablan, con qué se visten, qué marca de cigarros fuman. Ya se le aparecen sarpullidos, ya llegaron las poluciones, pueden tener un ciclomotor, a qué hora les hacen volver sus progenitores. En la puerta de entrada su auto de techo transparente con las luces altas. El foco sobre musarañas que se mordisquean. Me lo saco y queda doblado en la silla Me paro con calambres pero al salir el auto sale proyectado de la granja. Dentro de mí todo oscurece de tal forma que los pinos son listones apaleándose.

Pienso en los hombres enterrados a metros de su enemigo. Pienso en los sobrevivientes que fraternizaron la navidad posterior. Esa noche irreal de 1915 donde todos estaban a la mesa frente a sus platos servidos, los puños goteando en los cubiertos. Se me vienen encima los hombres que vivieron en cuevas durante meses y años. Pienso en cómo habrán hecho para eyacular en el barro, en el agua, en medio de cuerpos tullidos, mancos, entre barrigas abiertas, pozas de sangre y lavaderos de piojos. Cómo hicieron las noches de luna naranja sobre los derroteros para beber enteras sus meadas. Yo me hubiera hecho matar las primeras veinticuatro horas.

El fin de semana no se liquida fácil. Damos la vuelta al perro. Hace tiempo que ya nadie denuncia nada, llevó años hacer entender a la policía que la pintora de la región, Vita, no iba a dejar de abrir tumbas de animales y que cada traslado le costaba en impuestos a la comunidad. Al principio llegaba la patrulla a cualquier hora, la llevaban a tomarle declaración, secuestraban sacos con huesos y animales pataleando pero después ya no sabían qué hacer con todo y se acumulaban a la entrada del caserío o en los desechos de automóviles y los vecinos volvían a llamar espiondo de madrugada. Su casa la más pequeña construida sobre un armado de vigas tenía también redomas con fetos. Y así pasaba días enteros, encerrada, morfinómana, pintando la descomposición de los colores de los pescados que iba a buscar a los proveedores del puerto, días enteros bajo efectos para demolerse. Mi hijo mira alrededor la tierra cerrada sobre sí. No más

denuncias, la tierra lisa bajo el peso de los árboles frutales, no más huesos dispersos y nadie abriendo nichos ni trayendo sabandijas a la mesa. Parado sobre una grada nos saluda un joven checo con la petaca, pantalón militar y chomba roja. Y el pie en alto para entrenarse en la milicia. Tiene una brocha de pintura blanca, Vita asoma detrás, obesa de embarazada, sonriente como los que van a pasar a la silla eléctrica. La saludamos y nos quedamos mirándola aprovechar el domingo para sacar afuera los frascos. Limpieza, limpieza grita el checo con la lengua en el paladar y el acento agudo. Orden, grita eufórico a un líder. Nos vamos, la casa blanca y desocupada. Los vecinos quieren santificar al checo que la hizo dejar de pintar. Nadie con quién jugar o boxear en esta comarca, él arma bolas de escarcha y mugre y las tira sobre el frontón con fanatismo pro ruso. Aprovecho una distracción y me escabullo. Avanzo por el camino estrecho y talado, lateral a la casa, arranco y me como algunas ortigas. El hijo no me alegra, el hijo no sacia. Me siento como un pelo dentro de una botella de alcohol, a la deriva viva y muerta. Madame ya podría ser abuela, y para cuándo preguntan en el mercado de aceitunas, frituras y quesos de cabra regionales, sigo caminando y trato de que no me vean escondida entre los puestos, para cuándo el cuello torcido. Una erección, tengo que lograr una erección y me desconecto del lugar, no estoy ahí donde piso, no soy madame la del sombrero ama del adolescente. No avanzo entre yuyos. Los otros en celo no ayudan. Rápido. Cualquier cosa sirve. Una erección para seguir. Una erección como instinto de resistencia, una erección para mantenerme en pie y jugar a las bochas con los otros y hacer de comer. Que algo se alce por encima de las malezas y el musgo seco. Una erección para continuar el camino, el domingo, las compras, los saludos y el supuesto amor a los nietos. Ahora veo, titilan los altos pinos de colores y sus sombras como los mal sepultados en sus domos, como los alistados con errores en las losas de los memoriales, como los soldados de la primera guerra que no figuran. Saldría esta noche a juntar la ceniza de todos los baleados en la cabeza en un pelotón de fusilamiento o degollados en el desierto. Cuando volví estaba seco sobre la mesa como un bocal al revés. Despertáte que practicamos boxeo le empujé el hombro, pero no se mosquea. Ya le crecen patillas y pelambre en las orejas, ya tiene un grajo en los sobacos como el de los braceros de enfrente o los deportistas de alto calibre. Ya huele a chivo, el hijo muta. Le doy una patada. Lo sacudo de la camisa del pijama, tiene el

reflejo de tirárseme encima y atacar pero al verme, suspende. Lo subo al auto cabeceando, no lo ato con cinturón y salimos de ahí por primera vez en todo el fin de semana. Acelero tanto que huele a motor carbonizado, le erro a los cambios, el pie todo el tiempo en el embrague lo destrozo. Nadie en ningún lado al final del domingo en estos parajes, ni siquiera el que se cuelga de las tapias del coto de caza o se mete con fanales en las catacumbas. Nadie tampoco sobre las vías de hierro a hacer equilibrio en los viaductos ferroviarios entre los cables de alta tensión de treinta mil voltios. Miramos el cielo como una expansión de humareda todo el camino por entre las bodegas privadas y las fábricas de cerveza con granos de cebada. Al frenar abrimos una garrafita con los dientes.

Por la mañana no voy bien tirada en el piso a los pies de su cama. Hace poco dividimos las piezas levantando un muro de yeso y ya no nos miramos desnudos ni acostados ni busca mis tetas riendo. Suena el despertador y en la casa nada está listo. Lo primero que veo en el salón es un vaso dado vuelta y agua derramada sobre la madera, al acostarnos el vaso estaba lleno, el gato está afuera, nunca se entiende esta casa. No hay nada para desayunar, las hormigas y moscones entropa se comieron los restos, perdón le digo, perdón, no me acordé de cubrir el pan. No vayas hoy, acompáñame, perdón, mañana te llevo al colegio y justo veo a una mujer baja caminar mirando hacia acá. Dale, no seas egoísta, hoy no te vas a perder nada y yo te necesito, qué lección pueden aprender. Y una mano llama a nuestra puerta. Quién es esa, mi hijo salido del nido. Ni idea, no le respondamos. Y él se viste por mí. Vuelven a tocar. Cómo salimos si está ahí la vieja, y no se va, no se mueve, debe venir a vender algo, pasa el brazo por el enrejado y abre sola. Metida. Quién es, dice lavándose los dientes. Ni idea. No nos queda otra que enfrentarla. Abro el postigo, apenas se me oye. ¿Sí? Buen día, soy la asistente social, quería conversar un poco con usted de ser posible ahora ya que hice un largo viaje hasta acá. Me costó mucho encontrar la casa, no tiene dirección ni figura un número. Sentada frente a mí oía los ruidos del primer piso, del gato pero después los movimientos de mi hijo. No tengo ni té, puedo darle agua con hojas de menta. ¿Es su hijo allá arriba? ¿Por qué no está en? Y todo eso de que está enfermo, una gripe y mi hijo se cubrió con las mantas. Que cómo describiría la relación, que si nos adaptamos a vivir en un lugar así, que cómo hacemos para pasar el

invierno, que si contamos con ayuda externa, que cómo son los ingresos mensuales y nuestra situación legal y mira el desorden, el polvo sobre las bandejas, la pila de recetas médicas, el aire frío girando sin calefactor. Nos la sacamos de encima con una convulsión y un llamado a las urgencias.

El auto quieto a la entrada de los viñedos. La suela de sus zapatillas marcadas en los respaldos, la chapa de las ruedas delanteras salida. Las dos puertas abolladas, el limpiaparabrisas cortado. Él no aparece. No está, no ves que no está, volvamos, me pide. Queda poca nafta. Volvamos ahora. Qué hacen ahí esos tipos sin usar la mente más que para atar las ramas a los alambres, cuántas plantas atan por día, dándole la vuelta al enrejado, cuánto cobran por hora yendo y viniendo en forma de cuadrado. Ahí hay varios parados al lado de las estacas. No es ninguno de esos, pero hay uno alto que los controla desde una torre, nadie debe hablar. Esperá, ahí viene alguien. ¿Es ese de traje, mamá? No. Pero ya va a salir, se queda en la oficina hasta lo último, es adicto al trabajo de la empresa familiar, el padre lo muele si no. El jefe da órdenes a los obreros con términos de jerarca. Esto no se está haciendo bien, y los reúne a todos y se carga a los más viejos, cuarenta temporadas tienen, que qué hacen con un trasto en la mano, que no miren al suelo cuando él habla, que le repitan su nombre, que se aten correctamente los zapatos.

Se hizo de noche y mi hijo ronca en ayunas. No le compré ni unos saladitos de queso en las máquinas de la estación de servicio ni salió a mear sobre la panorámica. Puede que le esté provocando un retraso. Que haya lesiones severas o moderadas, me dijeron señora, señora, nos escucha, lo dejó caer de alto, desde el cambiador, no desde la sillita, es igual, a esta edad la fontanela no está cerrada Prometo que en unos minutos si no sale, le hago de cenar. Pero todavía queda una luz, está ahí, yo sé, puedo verlo. Los jornaleros se fueron pidiendo perdón, los viñedos a esta hora son pasadizos verdes. Cómo decir. Cae el rocío. Cómo hacer para decir. No hay algo más narcótico que este cielo.

Pero la luz se apagó sobre las parras y él subió a su auto y aceleró, rozándome en la curva. Y las cosas no pueden quedar así, corro a mi hijo, lo pongo en el asiento trasero las patas torcidas, tomo el volante y acelero hasta pegarme a su auto. Pero acelera más. Y yo acelero y me le pego, la mano en la bocina. Y entonces frena y lo embisto destrozando el

parachoques y la carrocería. Baja Alrededor no hay nada, dos negocios cerrados y casas quemadas de otro siglo, piedras, rotondas despintadas, algún cartel indicando el próximo municipio. Y ese aire helado y ese soplo pegajoso en dos cuerpos que se desean. Qué mierda te pasa. Nada pasa. Nada pasa te digo. Y si no pasa nada por qué no me escribiste más. Y me agarra. Quiero pensar. Quiero insultar. Recriminar. Me estás cargando, me estás jodiendo. Me estás provocando. Intento separarlo y conversar pero me saca el oxígeno, me invierte. Me lleva a su auto con aire acondicionado como a una lisiada. En ningún momento me acordé de que había dejado atrás el motor encendido con las luces de ruta. En ningún momento me acordé de que atrás él dormía sin el freno de mano. Y justo después o antes de sacarnos la ropa no sé cómo nos movimos bruscos, sacados y los autos empezaron a recular por la pendiente, de lejos dos aves patinando. Fue él el que salió tropezando con su pantalón y se abalanzó sobre el freno. Él lo salvó. Todavía roja de su barba manejo cargando vida, avergonzada, pero tan ebria que doy gritos y patadas al acelerador y el hijo me mira desmayado en los traqueteos. Los ojos de huevo. Voy en segunda cuando el auto hace un ruido como si se soltara y comienza a irse para los costados, como arrastrando algo, tironeando, de izquierda a derecha el auto anda en cuerda floja. Algunos conejos de doscientos kilos escapan pesados. Al llegar le doy de tomar y comer, el plato hirviendo en la bandeja. Voy a buscar y cargo las maderas, abanico enérgica los carbones y tiro yesca sobre la chispa. Y unas ganas de mear de parada, de saltar por sobre el lomo de los vacunos.

Durante el día él en la escuela y yo preparando la canasta, las vísceras, las balas contadas. Lo paso a buscar y cuando sale entre los otros, detrás de la reja estoy tan ansiosa por verlo que me le trepo. Sus compañeros se ríen otra vez. Y sin prestarles atención él se me tira a los brazos. Vamos a cazar, a sentir las falanges de las manos. Al borde del camino vemos los gatos abandonados por familias que parten de vacaciones, el techo repleto de reposeras, los tiran por la ventanilla, nos probamos nuestros jardineros dando saltos en un pie para sacarnos el frío, las botas de cuero de caña alta para aislar el pie de picaduras, nuestros viejos guantes que nos dan mejor tacto a la hora de manejar el cuchillo o disparar. Los pantalones de bolsillos y nuestros chalecos térmicos. Cada uno su cuchilla grabada, la cinta para

atar y colocar trampas, un mocetón para asegurar la cuerda en caso de escalada y una escopeta de caza para disparar a las piezas. La montería está lista. Salimos a rodar entre los desarmaderos de autos y motos robadas. Entre los depósitos de vehículos accidentados donde se buscan las piezas para reventa. Corremos por la pendiente y los cantos salen proyectados. Nos metemos en el agua embarrada, los abatimos. No es época de cacería ni está permitido en esta área, así que hacemos todo intentando que no hagan aspaviento. Ir a buscarlos, mirar de cerca las últimas sacudidas. Y después celebrar el desplome, remolcarla, colgarla, enjuagarla. Todo tan poderoso. Todo tan henchido. Estamos sentados en la parte alta. Mi hijo me devuelve la carne muy roja, la escurrimos en el afluente. Y bebemos, él en dosis azucaradas. Cuánto bebimos, los dos con hipo y en un momento fuimos rodando sobre la hoya, sobre las ramas, sobre escorpiones rojos y bolsas de nylon dejadas por los foráneos que vienen a fornicar.

Al fin sola esperando, ya no saber más cómo esperar en esta ranchería entre habitaciones a medio construir, colonos con sus clanes parados sobre las vigas y mujeres criadoras. Este olor limonado a cabra recién parida, a yerbas y semillas especiadas. Esperarlo sobre las tejas con el vestido y mis borceguíes de motoquera. De la cintura para abajo, una, de la cintura para arriba, destruida dice mi hijo cuando se encabrona pero patas flacas, pero pelito todavía hasta los hombros pero boca comestible. Que aparezca de una vez. Cerrar los ojos, no tener todavía la edad para irse a pique, no tener la edad justa para volverse topo bajo las cañerías o ponerse a sacar parásitos de las hojas. Una mujer sale con un bol de pan triturado y levanta la mano. Ahí aparece con la seña de siempre, ir hacia el camino angosto, subir rápido, no tomar la carretera principal, no abalanzarse, no morder. Y no tener nada que decir después, nada de qué hablar cuando la piel punzada por la tela barata y las hortalizas de algún tambo, ninguna palabra justa después de tocarnos en los paseos brillantes en bicicleta y a pie. En la puerta del liceo nadie. Las altas rejas cerradas con candado, el monumento en honor a los caídos con caricaturas. A lo largo del cemento, en los parkings para discapacitados donde se juntan a pitar los casos sociales, en la entrada para el personal, nada. En la rampa que da al hospital, en la parte trasera del establecimiento, frente a los monoblocks de inmigrantes. En el square para hacer gimnasia con las niñeras negras hablando por teléfono a

sus países, en los pasillos de los bloques donde se revenden las piezas de esos teléfonos, en la banquina de la rotonda, en la entrada del polideportivo, en las pistas con rampas para skate, en la zona del club de equitación para veteranos y socios vitalicios, en la pileta techada, en las saunas, en el salón privado para swingers, en el gimnasio de presidiarios, en la explanada, en el correo y en la cantina, nada. No me retrasé tanto digo, me voy diciendo la puta madre mientras paso un semáforo en rojo y las lomas de burro revientan el motor. Cuánto me pude haber retrasado cuando miramos la hora mi boca llena de pelo, mi boca llena de cara, de su mucosa, por qué me tortura. En la estación de tren en huelga, en la tabaquería, nada, en la zona de casas de reposo donde un viejo se subió a su Kawasaki por última vez antes de venderla y embistió a una niña que empezaba a caminar, nada tampoco, en los hipermercados para necesitados con los frascos y botellas de aceite en tamaño maxi y sin etiquetas, con los cupones expuestos con descuento de centavos, ni rastros de él. No pude haberlo venido a buscar tan tarde si cuando miramos la hora ya estábamos sobrios, los pies con zapatos sobre los botes. Tomo la autopista a casa bordeada por un cielo despejado que insulto. Por tramos el llanto de la madre. Por tramos una agitación sin control. Los nidos como panales gruesos en lo más alto estropean la vista de los sotos. No pude haber olvidado del todo la salida de cursos el día del examen preparatorio porque cuando volvió a atacarme boca abajo, yo dije con su saliva, tengo que irme. Dije, tengo que irme, como diez veces. Sigo buscando a un joven caminando que odia a su madre. A un joven al costado de las viñas con mochila de calavera y pantalones raídos, a un joven que zigzaguea mientras escupe. Las plantas brindan el cogollo y huelen a yerbón. Alumbro los faros altos para ver sus muslos reventar el cemento. Soy alguien de ataque, yo tengo que atacar una cosa, hijo. Ya sé que durará en tu cabeza el día que me olvidé de pasarte a buscar. Ser asesina en el repaso del hijo. Haber hecho todo deficiente. Mis manos pidiendo clemencia. Él no aparece, cualquiera lo buscaría en las morgues entre los cuerpos no identificados, en las cunetas, en el interior de una cámara de alcantarillado atrapado en unos matorrales, en las barreras de tren sin cruz, la mitad del cuerpo debajo de un caballo de competición, o en los check points, disimulado entre los neumáticos de los camiones del Norte.

Sigo despacio por momentos acelerando y frenando, buscándolo como a un castor perdido clavando sus incisivos, un hijo rayo, un hijo cometa. Y de pronto a lo lejos entre el negro y el negro una corneja camina encorvada. Me acerco lo más posible para que no pueda desbandarse. Pero él sigue adelante, la orden de no parar hasta perder el juicio. Bajo corriendo, intento abrazarlo pero me tira a un costado. Me interpongo en su camino al grito turbador de hijo pero vuelve a sacarme de encima y a seguir en línea recta. La casa no está lejos, el auto cruzado en la carretera, vuelvo a meterme en su paso, me acuesto frente a él. Me pasa por arriba. Me tiro, me tiro eh, me tiro y listo y amago alardeando como el pequeño soldado que manipula bombas y hace un gesto rudo. Pero no se detiene ni se da vuelta, si dobla un camión con ganado nos chocará y lo hará rodar. Me paro en dos patas. Me subo a su espalda huesuda pero me saca como a un gorgojo y me quedo viéndolo alejarse y oigo decir. Nací de tu culo y desde entonces apesto.

Puedo ver en sus ojos algo hundido. Me arrodillo en la acera y lo convenzo para que me perdone pero soy mala argumentando, mala para recordar su infancia. Creo que solo le pareció emocionante verme arruinada a esa hora con las piernas desnudas y el eco de mi perdón en los canales de agua no potable porque se rió y se detuvo para verme. Me tomó de la mano después, pero antes nos miramos, cómo alguien puede engendrar una mirada así. Vamos que te llevo a karate, algo tenés que hacer, a algún lado tengo que llevarte. Entrando en la sala con el tatami veo la fila de jóvenes con los kimonos listos en la posición básica del cinto amarillo. Alrededor las protecciones en los muros y planchas flotantes a la altura de la cabeza. No veo a ningún adulto en la sala así que me siento y me vuelvo una criatura en mi guarida. Mi hijo se inserta en la fila. Mi hijo el más fornido, el más cuadrado, el varón hace el saludo japonés. Como antes lo veo abrir las piernas, dar golpes de mano y patadas bajas con estilo. Solo lo miro a él, ahora da patadas altas y bajas alternando su mirada a un punto fijo y a mí, ahora utiliza sus dedos, bien alto, nukite, shuto, tsuki, uke, geri, enpi, hiza geri, qué les dice. La profesora le enseña a concentrarse y busca dónde van sus ojos hasta que me encuentra. Me gusta este olor a adolescentes en las planchas de colchoneta sobre fondo blanco, esta sala de combate con las manos desnudas, miro a cada uno y pienso cuál de todas los chiflará, a cuál de todas van a degollar, las veo desfilar descalzas, pero la autoridad me

echa y tengo que irme detrás de la cortina, las manos con talco. La madre que espía al suyo. Del otro lado por la potencia sé cuáles son sus pasos, leo los carteles, pronto la entrega de fin de año de los cinturones nuevos, anoto la fecha y solo me interesa él, su físico, su fuerza, sus patadas.

A la salida, sorpresa, a dónde me llevás dice en cueros con el pantalón blanco debajo del ombligo, los huesos salidos, sorpresa digo y le cierro los ojos hasta el negocio de venta de scooters. Se pasea mirando precios, se sube a una, se monta a otra, pone el pie en el acelerador, calca los mohines del corredor, observa los surcos de las cámaras. Con esto espero estar perdonada, podrás ir y venir y ser libre. Para quién es el scooter señora. Para la familia, digo y el vendedor me mira como si no fuera una palabra. Para usted, para su marido, qué edad tiene el chico. Para todos, digo. Cuántos kilómetros tiene, tuvo alguna caída, ustedes son los propietarios, tienen los papeles, factura de compra, libro de mantenimiento, llave, revisiones, impuestos, y mi retoño siguió hablando como un hombre de edad. Yo conté los billetes adentro de la cartera y le hice señas de cuánto tenemos con el número cinco. Ni uno más, empezamos a comernos los ahorros le digo moviendo los labios y me sonrío, cool, todo bien con el dedo hacia arriba, almorzaremos pedazos de tierra o maíces verdes y terminamos saliendo con el scooter y dos cascos. Los ahorros de cuando mamá era mujer. Lo sigo sobre la ruta gritándole por la ventanilla que deje de hacerse el imbécil, la abuela relojeando en la orilla, que mire para adelante, que se va a estrolar. Pero él sigue abriendo y levantando las piernas, haciendo caras para atrás, parándose sobre el asiento. Intento ponerme al lado pero el camino es muy angosto y enroscado y por momentos solo puedo ir unos metros detrás. Bajáte y manejá despacio le grito, medio cuerpo afuera pero sigue. Un grupo de ciclistas de competición nos cruzan en fila india con sus números en el pecho, sus zapatillas fluorescentes y sus cascos cóncavos, él se les tira encima, la fila de bicicletas se desarma y le gritan retardado. Intento detenerlo pero sigue el correteo, pierde el equilibrio, se va para el costado. Parados en una pequeña desviación junto a una cámara de fotos dos gendarmes le hacen ademanes de detenerse pero apenas baja la velocidad. Los gendarmes tocan el silbato y le dan orden de inmovilizarse. Logran capturarlo varios kilómetros más allá, antes de que se arroje a las viñas.

En la comisaría lo espero sentada, el vestido sucio de la última visita, intento que nadie se percate de mí, los pelos sobre la cara, pero varios me interrogan, usted es la madre del chico al que examinan, usted vino a acompañarlo, me cuelgan el aviso y me pasean. Sobre las paredes afiches sobre los peligros de drogarse embarazada con fotos del bebé deformándose en el útero, sobre cómo alertar en caso de escuchar tiros o de niños prisioneros en sus casas. Estadísticas oficiales de inmoluciones en menores de diez años y su similitud con accidentes domésticos, dibujos de niños saltando a un barranco, abriéndose las venas o prendiendo fuego a la morada. No hay que dejar ventanas entreabiertas ni puertas que den a escaleras, dice una señora de pañuelo, a la otra más joven solo se le ven los ojos. Está prohibido acá que se vista así, le digo, se lo va a tener que sacar para ingresar, parece una bolsa de basura no una mujer, ella quiere, me responde, se niega a ir al colegio con la cabeza desnuda, qué puedo hacer yo. Cada uno se viste como quiere dice otra, es democracia esto, señora. Y las otras me miran las medias corridas, los tacos sucios de tierra. Un policía me llama, me levanto, trastabillo y entro a la sala donde repasan los últimos hechos. Nosotros ni nos miramos sentados en las sillas de plástico. Prontuario madre e hijo actualizado, con las fechas de los incidentes y las continuas alertas dadas por la asistente social. Nos dan la mano, consejos mediante y nos invitan a salir. Comé, parece que le dicen, parecés malnutrido. Mi hijo mira los ojos pintados de la chica cubierta de negro.

Él al volante, yo acostada me ato con los cinturones cortándome la circulación, el scooter confiscado habrá que costear una multa que nadie pagará. El coche sigue por el corredor. Yo miro las ovejas a alta velocidad relumbrar sobre el hielo, la lana enhebrada sobre sus carnes que en la rapidez se vuelven tul, se vuelven perlas. No quiero llegar nunca a casa, seguí de largo le digo, manejá, solo manejá los bandos de luces anunciando cambios de región, accidentes, alerta de atentados, manejá llevándote barreras por delante. Vamos más y más rápido, los cuerpos de las ovejas se vuelven tiburones blancos entrando y saliendo del agua.

La aldea cubierta de nieve, veo al gato detrás de la ventana con signos de congelamiento pero no lo hago entrar. Espero detrás del vidrio sus señas de consternación pero el gato apenas mueve los ojos en los míos. Si hace un movimiento, le abro, si escarba el vidrio, si maúlla, si es capaz de pararse, si

al menos mueve la cola, le abro. Pero no hace nada, se deja escarchar por el viento, se deja paralizar los músculos. Entonces le corro la cara y no vuelvo a mirarlo. Sigo a mi hijo como una borracha. Un pasito pa lante y un pasito pa'atrás. Se me patina alguna que otra palabrita pero el chico me entiende, me entendés no, le digo, sí, sí, entiendo todo. Le doy órdenes, vamos laváte bien los dientes, diez veces con los de abajo y diez con los de arriba más un cepillado a las encías así no tenés que usar aparatos, andá a ordenar los dinosaurios de tu pieza y me mira con una pena Sigo sus pasos por toda la casa, adelante y atrás. Subo las escaleras dejando mis huellas en las suyas, y las bajo detrás de él, me cierra la puerta cuando va al baño, lo espero y lo sigo cuando va a buscar maderas y a la cocina cuando se hierve unas pastas. Soy su nube, su perdición. Me veo delante de las enredaderas bien agarradas a las rasillas de las casas ya demolidas. Como en las fondas y los silos, el tufo del paso de los animales, como los desperdicios de aves de corral. Como la lobrete de los vacunos en el camión al degolladero. Y con mi hijo todavía de espaldas en la cocina frente al vapor me veo morir.

Luz estelar. No entiendo qué vendría a ser eso y por un momento sigo mirando sin reconocer. Me intriga esa bola armada frente a mí. Ese muñeco como un obsequio de enamorado. Esa cosa con capas de toda la noche, la nieve engrosándose. Mi hijo se levanta en calzones y grita. Nos vestimos con las viejas botas de cuando lo llevaba a esquiar a la montaña, las medias agujereadas de lana y las camperas térmicas fluo. Le damos golpes de hacha cada uno a su turno pero el cuerpo tarda en aparecer. Le tiro el espantajo de escarcha y me lo devuelve, se lo vuelvo a tirar en la cara, y me lo proyecta al pecho, estamos un rato jugando a tirarnos eso, las manos enguantadas cuando termina por salir el gato, pero no nos decidimos a llevarlo lejos bajo tierra ni a echarlo a la nada.

Se oyen clamores. Nadie se asoma desde que dejaron de alumbrar y todo se corta a medianoche como un caballo a látigo. Nadie más chista, ni una ¡da y vuelta a comprar hebra de tabaco. Imposible trasladarse de un terreno a otro, entre los autos estacionados en diagonal sobre los huertos cercados. Pero mi hijo asoma la cabeza desde el primer piso. Una mina de negro, me dice, y la enfoca con la linterna láser que gané en la kermese. Y primero veo nuestros besos al ganar y no escucho, los besos tapan la habitación, ahí viene una tipa de negro llorando. Acá no hay negros, digo,

no alucines. Nunca la habíamos visto, no es vecina pero da zancadas entre las casas conociendo el lugar porque no se cae ni se pierde. No veo nada pero me parece que se cubre la cara. La alumbramos, está toda rota, se bate. La iluminamos mejor y ella mira hacia nuestra ventana. Mierda. Nos metemos para abajo. Nos cagamos de risa pero yo por las dudas voy a buscar el gas pimienta, lástima que no tengo el combo con la picana. Nos vio, y él se asoma pero yo lo agarro y lo tiro. Oímos que toca la puerta de enfrente, pero enseguida cruza en nuestra dirección. Apagá eso, y le saco el láser. Los dos agitados, riendo de la aventura de ver a alguien sufrir, pedir auxilio, desesperar delante de nuestros ojos, las tetillas duras, el cuello rígido. Habla raro pero se le entiende. Mi hijo se para, baja los escalones, un segundo me quedo atrapada en los besos. Besos, besos, infierno.

Besos, besos más besos, antro de besos. El adolescente en slíp llega abajo. Se hizo cagar a golpes. Qué hago. Y oigo que se hablan a través de la puerta, la otra rogando asilo político. Esto no es un centro de retención. Una nueva ventana se enciende. Y otra. Y otra más allá. Los que merodean. Alguien que viene por ella. La detesto por hacerme bajar corriendo antes de desayunar. ¿La hago entrar? ¿Dónde la metemos? Afuera quilombo de perrera. Quilombo de lindantes que denuncian. Abro el gas picante. Qué te pasa. La hacemos pasar, está tiritando, le cae algo del pecho. Ella quiere incrustarse entre los barrotes pero no pasa. Gira la llave, la mujer afuera se pega, puedo sentir su secreción. Y después nos vienen a quemar todo, nosotros dentro, le digo, nos vienen a dibujar esvásticas los atrasados, esto no es la capital, esto no es una cancha deportiva para clandestinos y giro la llave. Ella suplica de mujer a mujer, qué importa si es mujer. Podés irte a la parte de atrás, los yuyos están altos, acostáte y no te muevas. Mi hijo manotea la llave y la pone en la cerradura pero se la saco y la meto en mi bolsillo de celadora. La mujer da largos pasos hacia el fondo y casi da la vuelta cuando es torcida por el cogote.

Ni rastros del episodio después del desayuno, no volvemos a hablar de la tipa, solo una vez me parece verla tirada entre los jaramagos, pero nadie dice nada y asunto concluido como el bus escolar que se encontró de cabeza en el arroyo o los mausoleos sin nombre. Mientras pintamos de verde los marcos de las ventanas lo veo desembarcar y es una primera vez los tres juntos. Pero todo es natural y se lo exhibo a mi hijo como un laurel.

Enseguida nos ayuda a terminar. Mirá lo que me conseguí. No serví para nada pero mirá. Mirá este hombre quiero decirle para que vea. Me voy a hacer compras al puesto del mercado y derecho a la sección de insecticidas, los dejo solos que terminen de limar, dar una segunda capa y volver a colocar los marcos. Cuando salgo retengo la visión de ellos acucillados entre vasijas de anémonas. Esa calentura deben sentir las viejas de la región al entrar al sagrario.

Llego y las ventanas se secan paradas entre las sillas, los puedo oler a través del fresco de la pintura, los dos bañados atacan el hormiguero de la pileta. Mamá, él tiene una técnica para combatirlos, no sirve lincharlos, hay que dejarlos semimuertos para que descarguen una química que les dará miedo a las otras y las prevendrá del peligro. Mirá, me dice, y me muestra cómo caen rodando mientras las otras se escabullen. Los dejo entretenerse y les preparo una picada con las botellitas de menta para el hijo, algunos sorbos y los aguardientes para nosotros. Les hago de comer, mirando mis manos hacer. Los tres sentados en la me-sita de hierro blanca riendo y por momentos él acariciando mi antebrazo o mi hombro en medio de una frase, o apoyando su mano sobre mí y mi hijo sin poder hacerlo, por momentos entre ellos el aire trinchado. Y yo ancha, gozosa, no encerrada o agarrada de los pelos con otra. Después de las botellas salimos a recorrer sus viñedos entre grosellas negras y cerezas, mientras le cuenta cómo supervisa la bodega, la elaboración, el almacenaje, cómo realizan los análisis de conservación para después lanzar el embotellado y comercialización, yo voy detrás narcótica siguiendo el aroma a cuero, a musgo, a caza, y más lejos el incienso, el alcanfor, la resina, el pino, el pan tostado, el café ahumado. Nos metemos en una feria de degustación, recorremos los pasadizos de piedra húmeda rodeados de descripciones de sabores, por momentos él me arrastra al sótano, tomamos sin calcular mientras sus empleados lo soban con sus palabras de agradecimiento. Merci, merci, señor, por los callejones de la cueva. Deambulamos cada uno solo por los túneles vaciando fondos. Al salir ya es de mañana, todos borrachos soplamos en los controles de alcoholemia que se van al diablo pero le sonríen al patrón, mi hijo cabecea, en la camioneta se anima y ponemos música, cualquier cosa en inglés está bien, y somos la típica familia de borrachos de la zona.

Delante del corral nos besamos idílicamente mientras él duerme aplastado. Cientos de patos corren y berrean y él cuenta cómo les meten un tubo en la garganta y los fuerzan a comer rompiéndoles el cuello para hacer el hígado graso. Los torturan dándoles de comer hasta el atracón aprovechando que no pueden vomitar. Después entramos a la granja y el patrón nos da de probar dos tipos de foie gras sobre panes caseros recién asados. Lo paladeamos besándonos una y otra vez. En el auto con vidrios tapados de hielo, se baja los pantalones. No sé si respira, cómo saber. Entonces me empuja y empujo más fuerte, empujo como a algo macizo, con todo el cuerpo contra un furgón que hay que enderezar, empujo para lanzarlo, trabados como dos cuernos de marfil sigo bombeando en riesgo de muerte. Avanzamos por la calzada hasta bordear el despeñadero. Quiero que acelere y vuelque sobre los pastizales o a las islas, a los botes enlazados, a los médanos que emergen. Me sacudo, primero sin convulsión, la mirada fija se mantiene, pero luego movimientos en los ojos sin color. Pasa una patrulla. Algo habré hecho porque baja un gendarme y me ofrece ayuda. No controlo la lengua. Empiezo a pedalear de un lado a otro para dejarme manos abiertas boca en el piso. Me llevan a una guardia, ya no estoy capacitada para manejar. Preguntan quién es el responsable del menor, él dice que es él. Atrás miro las fachadas de los pequeños inmuebles horizontales de los años setenta, las casas de retiro con aleros rojos, los centros de divertimento, el bowling para la tercera edad, las vidrieras con ropajes de época, los hombres asomados en sus ventanas de guillotina utilizando lo mínimo de la vida.

Se debe estar sentado al lado de los muertos en la habitación con el sonido abierto y los golpes en el vidrio. Escucho el multi-paramétrico y trato de poner armonía en estos bis. Pero estoy demasiado blasfemada. Demasiado caí. No sé qué hacer, yo lucho, persisto, las enfermeras dan dosis más fuertes, novedades médicas y nada. No puedo hablar bien. Los tratamientos con fármacos no funcionan, siempre dicen que hay que ser paciente. Mi vida tiene nuevo interruptor, una clavija aferrada al pecho. Estoy detrás de una arteria, un ataque repentino o un hueso. Qué tengo, les pregunto, ambos en las sillas frente a la cama. Qué es. Pero no dicen nada, se miran. En la habitación: escáner, radio y la prueba de sangre esta noche. Sin explicación hoy aparecen dos convulsiones, recibo un disparo por los

litros de medicamentos. Muchos al momento final son como un mono que saluda desde una palmera. Esta es la verdad por fuera del chisme, todo el mundo tiene planes, todo el mundo quiere más alto, todo el mundo cuenta con los dedos lo poco de sexo que le queda. Y más alto. Todo el mundo todo el mundo. Más alto más alto. Llamo a los médicos que vienen corriendo para arremangarse y volver a partir. Monitos sin atadero. Falta luz acá y es terrible, así se rompe poco a poco un hombre.

40,8 de fiebre. No sé qué hacer, llamo al médico de guardia pero para qué si va a mirarme como el de la sala de emergencias y el neurólogo, así que no hay necesidad de consultar a otro especialista o cambiar de servicio. En este hospital una mañana te trasbordan a hacer una placa y el cerebro ya interpreta mudanza y se estimula ante los cambios de un piso a otro. La cara de una enfermera que recién empieza, el efluvio de una comida o las que pasan con las sábanas sudadas de infiltración. Ya me bajan en ascensor a mi piso, me cruzo con alguno en peor estado y no finjo, sé que en horas su cama estará disponible para otro inmigrante. Los recién llegados tampoco aparentan delante de mí, me miran de frente y puedo leer chau veterana piltrafa, dejános tu lugar en este país.

De nuevo este largo día sin hacer nada, aparte de garantizarme respirar no hago ningún otro esfuerzo. Me desperté preguntando a mi hijo si no debe ir a karate. La muestra de karate grité y me bajaron de un hondazo. Allá fueron los dos al puesto turco, el único que piensa que los no enfermos tienen que comer. Dos horas más tarde, nadie en la silla, deben estar tomando un aperitivo en alguna cantina de apuestas o dando un par de vueltas por los casinos. Me duermo con el sonido del pitido. Mirar hacia la puerta por si se abre. Todavía no sé lo que está pasando, ahora soy una residente de este lugar de miseria. Los vecinos de piso ponen sus pantuflas en las puertas como animales de carga.

Voy a golpear al próximo clínico que entre, en general jóvenes con entusiasmo por las patologías más raras, se les ve a la legua que festejan cuando les toca una en suerte. Doctor, tengo una gran cantidad de plomo que resulta tóxica para mi cerebro, eso es quizá la explicación del deterioro en los lóbulos frontales, saque este metal de mí. Rápido si no le es muy inconveniente, que los ataques son alarmantes. Son bofetadas adentro. Probá este queso, ¿te hizo daño, no? ¿Te gustó? Mira el sabor de este otro,

probálo sin animosidad, punciones lumbares, escáneres, resonancias magnéticas, radiografías y electroencefalogramas. Abajo el mercado dejó sus luces titilando. Soy uno de esos duchos en guerras que sacan monedas fuera de circulación para pagar el tren. Mi fortaleza cae como las horas en las trincheras bajo bombardeos. Taquicardia ahora. Por qué otros están ahí en lo alto con buena salud, degustando licores, por qué caí acá y por qué no estoy en el fondo de un atajo, en una enfermería de la villa, en una ambulancia atrapada en el tráfico de una periferia. Me despierto de lo que pensé era un pensamiento con el dulce sonido de un ataque de delirio. El primero me llevó a clamar que venga el director, ahora me las arreglo y no necesito a nadie. Cada piso tiene una velocidad propia, un auto se mueve afuera, sale una ambulancia y pasa el semáforo. Arriba colgado el Papá Noel de la última navidad nos sonríe y nos guiña el ojo provocando accidentes, nada grave, amputaciones.

Y un día se da por concluido el caso sin haber entendido y puedo comer y hablar. Se firma el expediente y el sello. Usted no tiene ningún problema neurológico importante más bien daños provenientes de varios incidentes. ¿Ya me puedo ir? Libero la cama. Libero la habitación y detrás uno empuja. Buena suerte amigo indocumentado, largo y me tira a matar con los ojos de cloro, de algún lado lo rescataron, en shock, nada que decir cuando le preguntan su nombre. Se queda pensando y le inventan uno nuevo. Dejo las instalaciones antes de que amanezca. Salimos abrazados. Nos veo los tres sobre una superficie helada atravesando el continente con la ayuda de un bastón.

Llegamos todos a casa, si no fuera por el olor y porque no estamos bronceados podríamos regresar de Córcega. El menor aturdido por la travesía, varios días de ronda y final hospitalario, como en un gran casamiento donde los novios aterrizan en la sala de primeros auxilios con sus atuendos y sus sombreros tejidos. Andá a dormir, y al colegio dice él y fueron dos camaradas golpeando la mano abierta, el puño cerrado. Yo esperé afuera a que mi hijo se acostara. Tendría que ir más seguido a estudiar. Esta semana irá todos los días, es por épocas. El año pasado tuvo asistencia perfecta. Su educación no es por épocas. Tendrías que llevarlo puntual. No puedo levantarlo y yo tampoco estoy hecha para levantarme. Deberías, dice, y puedo ver rápido su cuello rasguñado tras un intento de

estrangulación. Silencio. Somos dos patos de corraliza. Creo que esta relación no es lo más importante que sucede alrededor de nuestras vidas hoy, no al menos ahora, no de la mía en todo caso. Perdóname, no entiendo lo que decís, alrededor de qué. Digo, que debemos ocuparnos de otras cosas urgentes que se nos están yendo. Como de tu hijo que se lo ve sin rumbo, yo de la empresa que se viene a pique cada vez que no estoy. Hace rato que no trabajo bien. El vino es así, un hijo debe ser así. Y mirá la situación a la que llegamos, estuviste internada, ataques por mí. Ahora tengo que irme. Podés decirle que venga a trabajar conmigo el verano próximo, siempre puedo hacer un lugar en la planilla, la paga es correcta para un chico de su edad, y así de paso podrá hacerse cargo de sus vacaciones como los otros y estar entre los de su edad. Además le está faltando hacer algún deporte, está siempre pálido, flojo, bueno descansé la cabeza que es lo que dijo el médico y me besa la frente.

Todo el circuito mental todo el espíritu cortado. Lo dejo ir. Pierdo contacto. La depresión se monta. Lo miro como una mujer estéril se zampa con la vista al bebé rozagante de otra. Como se mira de cerca una fila de crios entrar en una canaleta que los lleva por un conducto directo al desagüe. Perderlo la gran pesadilla, levantarse alborada, ver moverse la corriente que va de la puerta a la ventana, no tenerlo, fijarse afuera la tierra voltear, alguien que pasa caminando al otro lado del predio, un cernícalo se adormila parado. Levantarse al otro día y destruir el corazón mientras se contrae. Los movimientos involuntarios arrancan, me llevan delante.

A la mañana sé lo que pasó pero todavía no puedo entenderlo. Le sirvo el desayuno, si en lugar de la cara de mi hijo hubiera la de otro, no me daría cuenta. Lo llevo al colegio maquinalmente. Él no habla tampoco, no sé por qué. Sigue mi hijo guardando en cajas numeradas mis fotos, mis álbumes, mis tapas de revista, mis collares, mis pares de medias can-can. Me quedo todo el día merodeando la zona del colegio. Entro a un comedor para obreros de las fábricas de la zona industrial y camioneros del este, pero al servirme y sentarme junto a mi gaseosa y mi bandeja una arcada me aleja del lugar. Espero la hora de salida cruzando las calles de una rotonda, los autos esperan mi paso torpe, o recorriendo las casas sobre vigas para que no se las lleve el avance del agua en el sedimento. Espero su salida caminando entre las barras con cebada a presión y chicha, sin pensar ni una vez en lo

ocurrido. Me quedo al lado de un grupito recostado sobre los bancos. Gitanillos van a hacer explotar el país si siguen tapando cañerías, quemando cables y dejando andar sus crías sueltas por la ruta. Todos están cargados de vino, las bocas cloacas. Me siento cerca de ellos, hay un sol de invierno afuera como un estado mental. Me hacen tomar. Veo correr a los gitanos de un lado al otro del túnel por el que pasan vehículos con mercadería. Cada tanto le tiran una piedra y cae algún paquete o ruedan las latitas. Está lleno de eritreos, de polacos, de sirios reincidentes. Estamos cagados por la eternidad. No me preguntan qué hago ahí, de dónde salí. Está lleno de judíos, aunque nunca vimos uno, llegaron. Un auto importado sale del parking. Vuélvanse a donde vinieron, gritan, yo trato de deslizarme hacia el extremo y escapar pero uno me toma y me abraza. Me regalan un arma con la que imagino que le apunto y vacío el cartucho pero después me la sacan. El auto se aproxima, gira por la rotonda, pone el guiño a la derecha y pasa a mi lado. Juraría que es él. Pero me convengo de que no. En una pelea entre ellos logro salir. Se van en masa a vaciar los containers de los supermercados, a consumir la comida fallada, a enfrentarse con la policía y la seguridad del establecimiento que los correrá con gases irritantes mientras ellos les responden con boleadoras. Parada final, robarse los medicamentos vencidos de los containers antes de que los embalen y los manden a África o los quemen en zona liberada. Alguno se aviva y me pega un grito para que me una. En una calle paralela cuento la plata de la mochila a ver si falta algo, son rápidos para hacerse de collares, cuento la plata de la ayuda del Estado y saco todo lo que hay en el banco, cuento con los dedos, repaso los ahorros y espero.

La profesora quiere hablarte. El director también. Bueno, vendré otro día, vamos, no ahora, mamá, te están esperando en el colegio. Pero ahora ¿no ves que no puedo?, no estoy vestida, mirá mi pelo, no estoy maquillada, dale vamos que tengo algo que decirte. Pero te están esperando en la sala, es urgente, no te pudieron ubicar, está apagado, no lo cargué, no sé dónde quedó el cargador, vos sabés que nunca me acuerdo de cargarlo, bueno pero les dije que entrarías unos minutos, te acompaño o te espero acá, no me muevo. No conozco tu escuela, y me empujó, tenés que ir, y caminamos a lo largo del corredor viendo a mis costados las aulas con el desorden y la luz de las clases recién terminadas. Doblamos y ya estábamos. Las dos

personas le piden que espere afuera y me invitan a pasar. Me siento tapándome la cara. Y me hablan de las reiteradas e inaceptables ausencias, de su ánimo extraño, de que está aislado, viene sin comer, de las burlas de sus compañeros y algunos rumores sobre mí. Parece que nos vieron sacar etiquetas de los productos. Miro la ventana, afuera se va el invierno, ningún pájaro sobre las cúpulas de las iglesias ni castillos, mi hijo caminando ida y vuelta. Mi turno de habla llega. Tener que decir algo cuando la cabeza está henchida. Cuando los genitales están henchidos, como una mujer o un animal doméstico con sensación vital de movimientos fetales, con sus dos pechos creciendo alocados, pero nada, nada ahí, dicen los demás, no hay nada en verdad. Y uno ve todo. Una tolvanera de palabras y me largo a la carrera pero sin la menor idea de lo que estoy diciendo. Tampoco logro mirarlos. Me citan para el día siguiente a una convocatoria integrada por el comité formado por padres, supervisores educativos y directores pedagógicos. No han quedado conformes con mi explicación, afuera lo agarro del brazo, le ruego que salgamos. Le muestro la plata del bolsillo de la mochila y lo invito al bar de toldo verde en la ciudad. Nos quedamos sentados en las mesitas de la vereda, galletitas de sésamo en forma de flor y cerveza con limón, antes muy concurrida la zona, ahora todos hombres y yo, mi hijo se siente incómodo, pregunto si estoy haciendo algo indebido tomando mi aperitivo y el mozo se encoge de hombros, después suben todas las sillas y nos echan. Tampoco hay mujeres en los paseos, en las farmacias ni en las zapaterías y todavía no es de noche. Ciudad de hombres. Ahí le digo que necesito ayuda, que me tiene que acompañar. Paramos a comer pizza margarita que vende la familia del furgón al borde de la autopista pero todavía no entiende, quiere volver a casa. Los hijos siempre quieren volver a casa. Le alivio la espalda, no anochece, hay que esperar. Querrías vivir así conmigo, me dice, y nos imaginamos apilados en la camioneta rodante en el desierto. Querrías vivir así hasta el final le pregunto. Y nos quedamos con dos gaseosas sentados en el puente leyendo las pintadas de aerosol con números de móviles de chicas que la chupan muy bien, colgados vemos pasar los acoplados y el humo de los sumideros. Me pregunta qué me dijeron el director y la profesora, todo está bien, le digo, ya no se va a hablar más de mí, eran solo rumores. Pero qué decían. Yo fijo la mirada en las grandes ruedas de acero de las maquinarias. Qué decían de vos, pregunta. ¿Te dijo que planeaba dejarme en el hospital? No hablamos en el

hospital. ¿Pero qué te decía de mí, ya se notaba que iba a hacer esto?, ¿viste algo?, ¿en serio no notaste nada? Eso suele verse. La hora llega y empieza a tener frío en la planta de los pies. Vámonos de acá. A dónde, me sigue la sombra en la acera de sus patas largas de gallina, a dónde.

Estacionados frente a un gran chalet de tejas en horizontal vemos la luz del interior y dos autos, un jeep más allá. En una escalera que lleva al subsuelo una torre de cajas de cartón y algo de hollín saliendo de la chimenea, muy poco, el final cuando las cenizas ya no relucen. Vamos, le digo, agarremos piedras de ahí abajo y tiremos algunas. Nula reacción. Que tiremos algunas piedras, a la casa, a los autos, a la puerta, al perrito si tiene y nos subimos y nos las tomamos. No puede llevar más de cinco minutos, ya calculé todo, solo puedo hacerlo con vos, necesito dos brazos. Si haces eso me voy y no vuelvo más, mamá. Me voy corriendo, no me importa, vivir donde sea, colgado de las lianas, cualquier cosa, hambrear en los autostops. Y se sube al asiento de acompañante. Nos quedamos un buen rato así, en silencio de grillos, pero tampoco arranco. Las luces de la casa cambian de ubicación y se vuelven doradas. Abren la puerta y un perro sale a saltar. Llámalo. Llámalo y listo. Es todo lo que tenés que hacer si no podés irte. Llámalo y decíle que salga, ponéle una excusa, algo de trabajo, puedo aparecer yo si es mejor, hacerme pasar por empleado, lo que sea, pero dale que tengo cosas que hacer para mañana. Marco, suena, espero mirando su pulida casa de arquitecto. Hola. Estoy afuera, tengo que hablarte, será rápido. No puedo salir, dice, hoy no estoy solo. Mi hijo puede tocar la puerta, yo me escondo detrás de la banquina. No puedo, no vengas más hasta acá y corta. Me quedo mirando el limpiaparabrisas a mitad de camino, el vidrio de un lado marcado, del otro límpido. Y enciendo el motor. Él arranca la llave y abre despacio la puerta. Escucho sus botas de plástico caer una y otra sobre las hojas. Lo veo irse por ahí, agacharse, encorvarse, andar en cuatro, desaparecer. Un cansancio radical me afloja. Veo una figura volver la remera cargada y dejar piedras de todos los tamaños a mi lado. Mi soldado hijo. Volvó a llamar. Acato, él piensa por mí. Llamo y no contesta. Lo miro. Volvó a llamar, dale, comanda. Llamá te digo. Llamo, apagado, digo. ¿Apagado? Mi hijo agarra una piedra y me la pasa. Juntos bajamos y nos instalamos cerca de las cristaleras y las claraboyas. Primero cae una como misil detrás de un monte, y después él

lanza la otra, la más grande que les rompe el vidrio del salón. Se escuchan insultos y alaridos. Se oyen corridas, movimientos de muebles. Y tiramos, tiramos con la gomera, tiramos a darles en la cara, tiramos en un turbión de fuegos artificiales, tiramos grandes y pequeñas piedras mientras se cierran las cortinas y las persianas, rompemos el vidrio de la cocina que se pulveriza, adentro corretean, desplazan más cosas, piden que paremos o llaman a la gendarmería, les tiramos de a varias hasta que se nos acalambran los brazos, estamos en pésimo estado físico, vemos avanzar una luz en la calzada.

Es despertado por el estampido de platos quebrados lanzados a los bosques. Botellas vacías y llenas dando vueltas, detonando alrededor. Las manos con olor a borrachera. Y ahora qué, dice sobre su cama. Y ahora qué. La que me parió y no me deja descansar. La que me hizo y no tiene ni la menor idea de dónde está parada pero viene y caliente de su noche me sitia. Todavía no se puede caminar sin forzar la vista o llevar focos. Todavía se puede confundir el ataque feroz de un oso sucio con el de un ovejero o los nacientes relámpagos de sol detrás de los árboles con un incendio forestal. Me pongo a hacer que hago, a verme haciendo, ordenar tazas, abrir y cerrar tranqueras de los roperos. Estoy por salir cuando mi hijo se para delante y dice, vámonos de acá. Vámonos de acá un tiempo hasta que pase la ofensiva. ¿Habrá alertado a la policía, a sus contactos? Los gendarmes pisándonos los talones. Pero si vamos es ya mismo antes de que desembarque alguno de los suyos.

Deberíamos acampar en un verano de su infancia y sentarnos al lado a comer ensaladas frías de papa y cangrejo y otros niños correrían hacia abajo con frutos secos. No sé cómo se pide perdón. Deberíamos nosotros jugar a las cartas sobre el mantel detrás de la casa rodante. Y en el invierno siguiente se limpiaría a tiempo la chimenea y habría siempre troncos al lado para hacerse disipar y prunas en la cazuela de cobre para la jalea casera. Y habría disfraces de cowboys y revólveres de plástico atados a la cintura y armaduras en el pecho de los niños. Pero en cambio la rabia sin contener atravesando aradas, sotos y cada pocos kilómetros la cólera de querer volver y él cada vez empujando. Tomamos el camino más recto. ¿Para qué es esto? Caminamos con la intuición de habernos alejado al menos unos cuantos poblados y por momentos pensando que damos vueltas a la casa,

que los animales nos miran fijo para indicarnos que no nos movimos del lugar. Los árboles son idénticos, el viento los mezcla y el paisaje se anula. No cruzamos a nadie. A los costados vemos bolsas llenas de tierra, o de agua, latas, vestidos y gorros de verano flotando en el arroyo. Sacrificios, vidas tiradas. No sabemos si nos acercamos a algún lugar ni tampoco cuándo viene la noche. Le pregunto si tiene hambre y le doy lo único que traje, pan con atún, y me siento por un momento vanidosa de haber previsto su almuerzo, de estar alimentándolo como cuando me enteré que esperaba un varón, cuánto mejor es tener a alguien del otro sexo, producir un hombre, alguien que será algún día más fuerte, que tendrá más habilidades, que podrá llevarte en alzas por los caminos montañosos o hacer de escudo. Los roedores gruñen por debajo del empedrado. Y entonces nos tiramos a descansar en un cobertizo de lo que parece ser una quinta de alquiler nórdica. No la habíamos visto antes pero eso no indica que estemos lejos y no en lo del vecino. Me recuesto. Sin darme cuenta le digo buenas noches, él no responde pero me deja apoyar mi cabeza en su antebrazo como un rifle.

Lo tengo sobre mí. Miro los altos árboles inmóviles, cómo pueden fabricarse una vida inanimada. Miedo de que alguien nos vea. Miedo de querer que siga arriba. Después de un largo rato lo corro, su cuerpo queda para abajo, la mano aplastada sobre la presión de su panza, la boca de mamífero que busca sorber. Le pegaron un tiro los cazadores o se subió voluntariamente. Salgo de la zona techada y afuera todo es mugidos. Tengo la intención de irme sola pero se levanta y me sigue. Adonde te ibas, mamá. A caminar. Y se me pega. Camina sobre mis talones todo lo largo de un sendero. Y me roza con los dedos mientras trotamos. Algo que hacía siempre pero que ahora me parece fuera de lugar. Me detengo. ¿Vos no me habrás pedido que nos fuéramos para alejarme de él? Y sigo trotando. Qué te pasa me grita. Estabas tirando botellas al ganado, nos iban a echar, ibas a demoler la casa. Y de paso abandonás tus estudios y después la asistente me inculpa. El dedo acusador de los instructores sobre mi sien. Volveré a la escuela, mamá. Sí, y van a venir a buscarme los gendarmes por incuria llevándome en alto por los viñedos con un cartel de negligente, pero sos vos el que no quiere estudiar, sos vos el que quiere ser un iletrado, vos querés terminar en una estación, limosneando a la entrada de los hoteles ruterios.

Me alcanza, se me pega, quiere que vayamos codo a codo. Vas a terminar vendiendo bolsitas. Ofreciéndote a los veteranos. Yo te voy a sacar de esto, dice con voz inofensiva, no hablemos ahora de mi futuro, pensemos en el tuyo. La voz del que ama que suena mortal. Así avanzamos por los campos con pesticidas y hormonas pero no puedo evitar volver a la carga tres pasos más adelante. Vos no querrás que me olvide de él. Si él no está en mi campo visual, si yo no puedo estirar los brazos y tocarlo. Y ahora, a cuántos kilómetros crees que estamos. Los tiempos luminosos donde vivimos.

Volvamos. No podemos hoy, nadie intenta volver de noche. Yo vuelvo, dije, pero enseguida me arrepentí y lo abracé sobre la marcha. No me iría dejándote. Él se detuvo para alargar el abrazo. Sos tan hermosa, mamá. Quiero volver, perdón, me la paso pidiéndole que me absuelva, soy la peor viajera. Primero tenemos que dormir, encontrar dónde comer, higienizarnos. ¿Higienizarnos? ¿Justo ahora, en invierno en casa no queremos encender el calefón y ahora me hablás de higienizarnos? Pero dónde estamos, empecé a desesperar mirando nubes, ratas voladoras, buscando un punto. Dónde estamos, mi hijo grita y corre y lo dejo ir. Lo enloquezco, perdón, pero por qué me trajo hasta acá, por qué tuvo la idea de llevarme allá, por qué tengo la impresión mientras lo veo correr tratando de orientarse de que aparento. Hago como que todo bajo control. Como que nunca dije nada. Vuelve inundado de transpiración. No sé dónde estamos, no reconocí ni la entrada ni la salida, su habla entrecortada. Para dónde querés ir. No reconociste nada, grité, nada de nada reconociste, ni siquiera pudiste ver una mínima cosa, un pasaje, un terraplén, una choza. Y le grito, le grito crispada hasta sacudirlo de los nervios que me da que no me diga nada, que no me dé una pista. El primer auto que vea, la primera persona, averiguamos para qué lado cruzar el campo de mazorcas, el campo de narcisos. Solo una cosa cuenta, volver antes de que baje de nuevo el sol. No podemos estar lejos, debemos estar a la vuelta, pero no reconocemos nada, no hay remolcadores, alguna cuadrilla. No logramos dar con ninguna aparición, no pasan ciclistas, ni campings car, no están violando a nadie en el estanque, la tramontana entre las piernas, no oímos un generador eléctrico, nada por fuera de esta reclusión verde. Sacamos la conclusión de que es mediodía, tenemos el pelo terroso. Me tiro a correr, no soporto un paso adelante del otro, los pétalos que puedo contar. No tengo ninguna razón más que el odio. En un momento

él también corre y somos dos odiándolo todo. Hasta que por fin vemos a unos niños desgarrados que andan sueltos por una charca y un rebaño de reses rodeándolos. Blancos fáciles para ubicarse, estamos cerca de la escuela, en la parte trasera al patio y las aulas detrás del cerco. La escuela, la escuela, gritamos y saltamos. La puta escuela, nos cercamos y me da un pico como cuando era chico, cierro los ojos y lo beso con moco en la nariz. Así desde acá tienen toda la pinta de una banda de niños insanos. Lanzamos una galopada con un envión tan tremendo que planeamos. La virulencia de la alegría, un chico trepado a la azotea de la iglesia bajándose los pantalones delante de los piadosos. La virulencia de la felicidad, una pistola de aire comprimido disparando a una banda de aves aplanadas contra los ventanales.

No me da remordimiento, ¿debería darme remordimiento? No me da ningún tipo de remordimiento haberlo forzado a ir a estudiar andrajoso. Y me fui caminando, cada tanto con el dedo de STOP pero sin la mínima esperanza de ser levantada con este aspecto. Así que otra hora de caminata en subida. Durante ese tiempo disfruté de imaginarme de nuevo limpia y tendida. Casi llegando noté que ladraban de más. Al entrar en mi granja nadie me saludó, me llamó la atención. Tampoco vi puertas ni ventanas abiertas. Y frente a mi casa sentí un olor a fermentación, una cosa rancia. Todo estaba tirado, molido, una bandada de gatos salvajes en la casa. Agarrar bolsas, tirarlo todo, buscar el teléfono, llamarlo. Dar con su paradero sin importar si fue él quien dejó entrar a los brutos. Arriba la pieza de mi hijo está intacta pero la mía es un tumulto. Hice lo que pude, ida y vuelta con las bolsas de residuos y el spray antiolores para darle a esto aspecto de hogar. A los costados pilones de larvas. Tengo una maravillosa madre, yo lo sé, sos maravillosa mamá, lo pensé todo el camino, qué maravillosa es mamá, pensar en vos toda la vida, pensar en mamá y hacerle regalos, el entusiasmo del niño cortando papel glasé. Me echaron del colegio, me quedé libre, tengo que recomenzar de cero en un curso inferior, no aprendí nada, no leí nada, no conozco a nadie, en el curso la mitad no sabía decir cómo me llamo, ni apodo me pusieron, no importa total, algo voy a poder hacer en el futuro, dice al sentarse y ya no cenamos ni probamos bocado en largo tiempo, podemos probar vivir en otro lado el año que viene. Una cabaña al sur, la haré yo con mis manos eligiendo bien cada

viga. Cambiar de continente, vivir en una isla sobre tablones. Vivimos en esta casa encantada pero muy tarde mamá cuando estoy solo en la cama y te escucho enjuagarte las puntas del pelo, pintarte la piel o intentar dormir una pila de ideas me asalta, ¿por qué soy tu hijo? Bueno basta, digo en seco. ¿Cuánto va a durar esto? Cuánto dura este sentimiento. Tengo muy lleno el sistema nervioso pero hago frente. Qué sentís hijo por mí, ¿podrías sentir lo mismo que yo? Podemos estar sintiendo lo mismo ahora. Me lo pregunto al infinito y nunca me respondo. Vos estás perdiendo, qué hacés, me tuviste a mí, y yo estoy acá ahora y te entiendo, te puedo ayudar a volver. Yo sé la cabeza que tenías cuando nací, apenas afuera ya pensabas en los soldados jugando al fútbol con recién nacidos o lanzándolos por el aire. Te agradezco no haberme despedido. Lo escucho paciente, habla y habla pero afuera en la escarcha de esta noche sigue la carrera depravada.

Él querrá a las que no nacieron, besará un día primero retraído y después con la lengua adentro en esta sala y yo los voy a mirar, sentada en esta silla, trayéndoles algo de tomar o apagándoles la luz. Y otro día cargará en el asiento trasero a una en este mismo horizonte y la llevará por las aldeas y las cuevas, y hará todo sin apuro sin ansiedad de la cara arqueada. Pero ahora me besa y nos deshacemos, no madre hijo, dos indocumentados que se cruzan en un paraje, dos aturridos en la cima de un refugio, dos punks que atraviesan Europa comiendo de la basura pública, en Francia, en Alemania, en Italia, las basuras llenas, sándwiches mordidos, pasteleras y masas sin abrir, y a medida que subimos, en Polonia, nada, ni un pedazo duro de pan. Tenía que pasar, todo puede pasar entre el amor de la madre y del hijo, por qué no esperar que algún día todo pase y después un recuerdo como no recuerdo en la casa áspera, en la casa miniatura de placard, un falso minuto en la nieve, confusión de generaciones, quién conversa en la cocina y quién bajo tierra, alguien llevándome de los hombros, todavía vagar, comprimidos, tarros de azúcar. Nos saca de ese estado de la casa monstruo el ruido de motores, se arranca del colchón y se va. Se cuelga la mochila, se viste al revés, las etiquetas colgando, reo, agarra el scooter y se va zigzagueando en medio de la manada, al grito de *fuck everything, war is business, kill releases*: como un joven que aborrece todo, que lo desprecia todo, haber nacido y tener su edad, su cuerpo enjuto, su madre, ver su cara alargarse, los otros aceleran al mango.

Se van con los caños de escape despertando a las familias, lo reclutan. Me paré y caminé por la casa sin vestirme. No soy más que el ruido del ala de un insecto. La vejez es un naufragio.

Un parking donde se acopian finales de vida como autos de carrera sin resistencia. Poder colgarte del árbol más pequeño, endeble y mal plantado y quedar flotando todo el verano los pies sobre la piscina de bambús. Dormir días y despertarte con la boca fangosa, salir a recorrer los atajos con ortigas, las piernas descolladas. Poder treparse, bajar una telaraña, electrocutar perillas con la mano. Mi hijo ya no debe olerme con el viento del último río. Mi hijo sin madre a qué velocidad andará por los despeñaderos, qué le harán los otros, cochinos, toxicómanos. Qué cosas le estarán mostrando, un bisonte pintado de verde encerrado en un ómnibus escolar hasta trastornarlo, los dedos en el culo. Lo arrastrarán a romper cerrojos de los chalets burgueses, a robar comida de las heladeras de las casas bajas de veraneo, a mojar a los retirados para vaciarles los bolsillos, a hacer gritar a los sobrevivientes sus sergas, qué más harán en pandilla las cigarreras de vodka, dormir todos revueltos en los bosques de finos pinos blancos que rodean los campamentos. Entrar en plena noche en sus campings y revolver todo, tirar las garrafas al grito de guardia civil, secuestrar neerlandesas que juegan en las puertas de sus habitaciones arrendadas. Le enseñarán que está bien tomar prestado los niños y dar rienda suelta en los remolques.

Me meto en el agua para sacarme los pliegues del cuero cabelludo. Soy ese bebé concebido de manera artificial. La madre inestable que luchó años para hacerse inseminar ilegal en el extranjero lo baña al bebé con poco tiempo de vida y se le resbala, llama a emergencias, llegan y se apresuran en trasladar el cuerpo al servicio de reanimación y pasa días entubado antes de que todo termine. Se encarga de avisar a la familia la noticia de su descuido y después lo desparrama en la cadena de montañas del Himalaya. Y al volver en un vuelo de bajo costo tiene el sentimiento de que ese bebé nunca existió. No tiene nombre, no hay inscripción, nadie lo llegó a ver, no lo nombran más. Saco la cabeza. Ruido a helicóptero. Me perfumeo, me decoro, me pinto, me estiro, me subo, y me pongo a ordenar las cajas con los objetos que mi hijo guarda de mí, a intentar un orden cronológico. Los vestidos, los perfumes, la gloria. No amaneció todavía, arriba sigue girando el aparato verde de la milicia y apunta con su luz a la cubierta de nuestras

casas. Salgo al jardín en ayunas y me quedo mirando. Algunos asoman de sus cocinas manos arriba. Otros corren calle abajo con el ardor del disparo en línea enemiga. La luz sigue dando vueltas sobre el campo de la gente de viajes, el láser sobre las cosechas y las máquinas agrícolas. Evacuaciones a nado, una caterva en las carpas, falta de recolección de basura, nadie se anima a entrar. Arranco unas grosellas rojas brillantes. Y mañana les cortarán los cableados, les taparán los pozos de agua y los harán desfilar, los chicos aparte y volverán a abrir los pozos y a colgarse de los cables. Arranco todas las grosellas brillantes, mis uñas teñidas de rojo. Y volverán a tirar sus botellas de cerveza a la autopista. Ataque a tierra, asalto aéreo, reconocimiento, transporte de carga o rifle con luz infrarroja, la gente ama la acción. Me quedo afuera viendo las casas cerradas durante el verano canicular, los postigos trabados, las fisuras en las persianas de madera, los cerrojos de metal oxidados, el moho en los canteros, las flores mal crecidas en las brechas. Se oye un cuchicheo, la bandita está de regreso, dos de ellos con una máscara de payaso y un hacha o un cuchillo de espiga larga. Mi hijo debe cumplir su función de nuevo integrante y avisar cuando se acerca algún chico en monopatín, algún viejo paseando del brazo, esos viejos con chaqueta y camisa de campo, profesores de liceo ya retirados a los que les quedó el tic de cruzar los brazos por detrás de la espalda. Y es ahí cuando ellos salen y los azuzan cuchilla en alto. Los chicos tropiezan abombados, los viejos quedan abatidos. Sigo sentada en la silla desde la mañana después de haber recibido al vendedor de fruta, hasta la total caída del sol. No me aburro nunca, no necesito captar una radio o hablar en voz alta, me quedo sentada en la silla. Me quedo a la mira del helicóptero detenido con la impresión de que integra el cielo.

Usted está muy maquillada, me dice uno de barbita y ropas anchas. Perdón, lo conozco, pregunto desde mi reposera. No, pero usted está demasiado maquillada, no está bien. Y cómo se atreve a decirme lo que está bien, de dónde sale, usted es nuevo acá. Usted debería maquillarse solo para su marido, lo miro rascándome. Me mira la entrepierna, los hombros, y se va, pero vuelve a darse vuelta.

Al día siguiente mi hijo regresa como un marido resignado sin noción de qué día o qué temperatura, sin preguntar para quién, me abrocha el collar, me abotona el vestido, a veces apoyando sus labios en mi corset.

Estás divina. Mis tiempos de modelaje en los salones blancos de provincia, en las ferias de belleza en los pueblos, en las ciudades y departamentos del interior. Mis tiempos de modelo de costureras, de sastres, de fotógrafos experimentados, de caminar y rotar mirando al foco. Mis tiempos de incontinencia, deme el diario y un trago, y el cortejo, la mirada afectada del empleado, del chofer, del piloto de aeronave, en la calle, en los trenes con los controladores siempre sexuales. ¿Cómo estoy? Poso sin modestia, le camino, el ida y vuelta de esplendor. Su mirada me rejuvenece, escucharon mis ruegos, soy de nuevo una zorra. Me subo atrás y nos vamos a su encuentro como a una cita acordada. El imperioso sentido de verlo delante de mí. Estás perfecta, como en el cuadro, tamaño natural, perfecta como cuando no podías ni salir a hacer las compras en batón o de entrecasa porque no te reconocían y te debías a ellos y yo estaba tan celoso de cuando te miraban que les quería aplanar los ojos. Y me reí. Cómo te fue en la expedición, qué te hicieron, nada, mamá. El momento providencial de volverlo a ver.

El patrón del bar le vende varios vasos a la pareja. Sobre la barra duerme un chico, la cabeza recostada al lado de las copas con hierbabuena, el otro de menos edad recorre el bar con un pañuelo chupado. La gente baila en árabe, la gente se saca fotos a sí misma frente a los espejos esmerilados, la gente se sube y hace equilibrio en las tarimas. Yo espero al fondo del salón en un sillón de pana con almohadones redondos con garzas de pico largo. Espero sin probar mi trago de crema de casis, invitación de la casa. Espero oliendo mi perfume. Mi hijo sentado frente al bebé con un batido. Varios trabajadores de los viñedos festejan el comienzo de la vendimia Se los oye aspirar el vino, dejarlo en la lengua, escurrirlo, tragarlo. Las canillas abiertas. Las botellas en exposición. Dos de la mañana. La pareja no tiene intención de irse ni bajar el ritmo. El infante de la barra se tira en un costado. El otro se va entre las patas del padre alcohólico con cabeza de toro y pecho inflado. Mi hijo se termina el batido. Oigo que le chistan y le silban la banda. Él sale, ni me mira para preguntar si puede. Yo estoy en mi sillón, la mujer florero. El restorán parece de montaña con sus maderas cayendo en picos, su cabeza de corzo disecado y su mesa de pata de rinoceronte. Todos los dueños están acá, menos él. Mi hijo es invitado a

fumar en pipa. Afuera le festejan, bailan en ronda, lo tatúan con fuego y lo integran en su club.

Adentro los dos hermanos, sus padres en la barra. Al salir de acá irán de parranda o el auto de punta. La policía local espera que pase algo para actuar.

El chico de dos años responde whisky cuando le preguntan qué quiere tomar. Oigo que tienen un prontuario pesado de denuncias y accidentes domésticos pero que no quieren darlos al servicio social. El mío ya tambalea, le hacen hacer la prueba del cuatro y la mano cruzada en la nariz. Lo obligan a repetir palabras en moro, se ríen de su pronunciación, ahora en iraní, mi hijo no habla nada y le dan un porrazo. A dónde lo llevaba yo a esa edad. Por qué no le enseñé otro idioma, cuándo empezó a hablar. Lo esperamos hasta el final. Después se levanta el florero los pies helados y mientras echan a todos le digo nos vamos al hijo tirado con el grupo en la escollera. Nos vamos, repito y se me abre la carterita de bretel de cadena dorada y se me cae todo. Y eso que no probé la crema de casis ni el espumoso rosado. Me ayudan a levantar mis cosas, uno se mete el lápiz labial, otro se mira en el espejo, los papeles en la cartera volándose, mis cigarrillos mentolados cuesta abajo, mi mechero de plata con mi foto. Me lo llevo, disculpen, disculpen, y todos se desternillan, burlas por el disculpen, burlas por mi vestimenta, patadas al hijo con la mamá, parece que no estoy en el mejor estado.

Manejo con los ojos cerrados. Él juega a abrírmelos con un escarbadientes. A doblarme el párpado para que quede en blanco. Por qué yo no estoy muerto como millones de otros. Sus cuestiones de adolescente su trastorno en el principio de todo. Qué te dieron de aspirar. No hables como si te hubieras acostumbrado a vivir sin mí, estás acá y te hablo de ella, de tu mamá como si te contara quién es para que la conozcas mejor, para que aprendas a quererla a distancia. Lo único que me acuerdo es que de chico un señor alto me pasó a buscar por la escuela, yo no entendía qué había pasado, se me acercó, me preguntó si yo era tu hijo y me llevó a verte a una sala y ni entendía todavía qué era todo eso. Este es un camino en el que todos nos vamos cayendo me dijo cuando me llevó a merendar a un bar, yo me había pedido café, me quedó ese gusto a grano agrio, yo no podía entender pero también están las veces en el auto escarabajo de techo

corredizo cuando escuchábamos piano y yo te cambiaba el dial y vos lo volvías a poner y nos pasábamos la tarde así.

Al pie de su oficina, sobre la altura del monte, el primer día en tiempos de siega. Fumamos tabaco armado y tosiendo me dice que él no será nunca tan lindo como yo, que no tiene mis rasgos. Le toco el pelo grifo, no es agraciado pero ya vendrá su turno. Los dedos con las colillas y hebras en el paladar lo vemos llegar. Yo emperifollada, él en su auto tuneado. Me chequeo no sea cosa que haya quedado algún rastro de los días de malaria. Él se adelanta como para cubrirme de una ola demasiado alta y lo encara. Él lo saluda, le pregunta si necesita o no el trabajo para la temporada estival. Que cuántos cumple en las vacaciones, que si está muy necesitado puede empezar la semana que viene. Le dice el pago por hora. Mi hijo se ríe. El otro no entiende, se aparta después de saludar y mirarme de arriba abajo. Vení, todavía no hablé, lo llama. Yo me alejo un paso como quien no quiere mojarse. Vine a decirte que sos mi papá. Se queda corto de reacción. Que somos una familia ahora, los tres, ¿me reconocés? No ves que somos parecidos, al fin juntos, papá, llegó la hora de que vivamos aventuras los tres. Lo veo demacrarse. Podré tener ahora a mis padres pegados en la cama un domingo, podré hablar en plural, pelearme doble. Dejáte de hacer idioteces, querés, y le doy un golpe en la espalda. Y él se afloja. Mírala. Mirá qué hermosa está esta mañana mi mamá. Sí, dice manso, y me mira, muy hermosa. Como antes, acota mi hijo, vos no llegaste a conocer lo que era, pero hoy está igual. Nadie dice nada Tengo que irme, me esperan para una reunión, hoy es un día de infierno. No, no podés irte, ella vino a que hablen, mírala bien de nuevo, dice y le corre la cara para mi lado y nos deja solos. Y me pareció que se asustó. No uses a tu hijo de excusa y vos no te laves las manos. Qué hace tu hijo acá, es cosa nuestra. Por qué lo traes. Yo no lo traigo, él viene donde voy. Tuve que cambiar todos los ventanales, las claraboyas, pedir seguridad, el perro a las urgencias, una fortuna.

Dejáme subir, después a la salida te paso a ver. Yo lagrimeo. Te está diciendo que quiere verte ahora, te está pidiendo algo, no la escuchás y ante su negativa mi hijo lo embiste, de frente al estómago y se lo lleva puesto. Los veo entre las viñas cortarse, rodarse encima, clavarse las estacas, tirarlas a la tierra. Veo pedazos de brazos, pedazos de muslos. Se levantan pero vuelven a rodar por los sembrados buscando tantear una podadora, veo

lomos voltearse, fracturarse con las espinas. Mi hijo gana gracias al karate. Solo lo deja salir gateando cuando le promete una cita al final del día. Está arañado, los espero ahí mientras suben a lavarse y ponerse compresas. La banda nos saluda sobre sus motos y deja una pista negra de bencina en el aire.

Lo invito a navegar, a reconciliarnos pacíficamente, solo un final serpenteando las islas de enfrente. Ir a los cayos de la costa que da a las canchas de tenis y los campamentos de turistas con sus bungalows y sus parcelas de huerta artificial. Lo espero y descendemos a pie y tomamos el camino del último río salvaje. Irnos para que no nos vean, le parece bien el plan. Mi hijo nos deja solos, miro hacia atrás y me parece que nos sigue, que avanza lento, pero no estoy segura y ya no vuelvo a prestarle atención. Sobre el borde del agua los bancos de arena pesada y una fila desigual de botes amarrados con sogas amarillas. Me da la mano, bajamos, entramos a una cabaña como una pareja de veraneantes, alquilamos uno con nombre falso, yo insisto en que tenga doble comando. Nadie nos mira, no te preocupes, le digo cuando nos besamos por primera vez. Nadie viene acá. Navegamos por el cauce suave pasando por represas, pantanos de arenilla y diques, qué lindo, digo, pero no me cree. Qué lindo todo, digo, este río es sagrado, y se ofusca. No me podés contestar, pero por ejemplo cada cuánto tiempo pensás en mí. Cada cuánto tiempo paso delante como un velo, como un manto, como una racha de viento, ¿podés decirlo? ¿Antes de dormir me ves? Cuánto te obsesiono, por ejemplo ahora estás en el celeste de este cielo, te veo en el movimiento del remo, te veo en las gotas que salpica el termal, cuando abro borracha la heladera, cuando no sé qué más tomar ni dónde estoy, estás ahí en el estante oxidado, al fondo de la botella. Los dos remamos, cada uno al extremo del bote. La vida avanza pausada. Lo miro y es un infarto, una coraza que comprime el corazón y la mandíbula, una quemazón, una caída inminente, ingerir un animal y sentirlo entrar duro, un cambio de pulso, una migraña. Navegamos y hubiera jurado que abajo sonaba una música dulce y grave, allá atrás en el suelo marino entre los arrecifes de coral, entre dos aguas, sardinas, jureles, róbalos. Mirá traje esto, y saco frutas, jugos de colores y pan para los dos. Podríamos hacer un picnic en alguna de estas islillas. Pero eso no era, nada de eso, que me succione los dedos, que me roiga los brazos, que me mastique, que todo sea

olvido. Sabés qué pensaba, la primera vez que te vi, no sé si vos me viste, ¿vos me viste? Yo sé que la primera vez estabas bien erguido sobre la colina. Parecías un cacique, un jefe robusto de alto comisionado, un paramilitar, las manos cubriéndote, ¿sabés qué me dije cuando paré el auto en seco en medio del trayecto? Si lo tengo que violar, lo violo. Y me mira quién sabe cómo. Y todo es tan idílico. ¿Ves el auto sin luces en medio de la ruta, justo a la entrada de la curva? ¿Ves ese auto sin luces en el exacto medio, siendo esquivado a cien por hora? Era yo desde el principio en riesgo de muerte. Yo no vi eso, no vi un auto parado, me acuerdo de unos labios del mismo color de mi uva que pasaban una y otra vez delante mientras sembraba. Pasabas, pasabas, con los labios de pulpa, cuántas veces viniste. Cuando retenga mi vida habrá un solo momento de verdadera felicidad.

Eso es un gato que salta allá. Me parece un gato acuático, me hace acordar al mío, me parece que sigue el mismo destino. Qué decís, qué gato, qué cosa hablás ahora. Un fantasma. Ves, es ahí que me das miedo, en estas cosas. Qué te parece esa isla. Qué te parece esa allá bordeando por detrás de la rompiente. No sé. Cómo puedo darte miedo, mirá lo que soy, me das una patada y me vuelo. No sé, por momentos, me das miedo. Siempre quise ir allá, los pies calentitos y armar un fuego, explorar, meterse en una carpa. Y remo girando hacia los últimos islotes. Contra su voluntad. Te estás alejando demasiado y corrige el itinerario haciendo fuerza contraria. Y yo remo con más potencia acarreado la canoa pero él insiste y la pelea náutica comienza hasta que me le tiro encima y lo toqueteo, lo mareo. ¿Cómo te sentís ahora? Bien, dice él, mejor, mucho mejor la verdad, ustedes necesitan eso para bajar, eh, suerte que vos podés. Mirá este cielo tan puro. Dejemos que el último tramo lo haga el agua, que dure lo que tenga que durar la inclinación de la marea Y el agua me da la razón y arrima la barca en dirección al islote. Cuando chocamos los dos tenemos los ojos cerrados al calor. Hago el resto del trabajo yo sola. Mejor me armo de buenos brazos, los voy a necesitar. Maniobro, lo estaciono y me paro haciéndolo temblar. Doy un salto atlético con mis tacos y lo amarro. Él sigue ahí. Doy una vuelta a nuestra isla. Todo es pacífico y virginal. Es la mejor de todas, le grito mientras junto piñas, tréboles y flores verdes, mientras doy saltos con mi vestido entre las trampas de vegetales negros, allí hay plátanos morados,

pitayas, yacas, frutas estrellas, tunas, te va a encantar, hay una laguna interior a la isla, quizá podamos nadar ahí y girar engullidos en su remolino. Mirá esas plantas, cómo se transforman en arbustos, están de pie en este terreno movedizo, me agacho y me empantano, medio cuerpo ya está adentro, miro las raíces sin oxígeno en las profundidades. Pero lo relojeo, que no se vaya remando, que siga meditando sobre la embarcación bien enlazada.

Yo hubiera sido una buena toxicómana, una beatnik, si no fuera porque vengo de una familia con clase y desconectada de lo sucio donde papá y mamá hablaban en la mesa y hasta se miraban. Si no fuera porque acariciaban a los animales domésticos y elogiaban mi belleza. La belleza de la juventud que no da opción, los demás la quieren, tenés que ofrecerla. No vale no adornarte, no vale no quedarte a la luz, ¿conocés a alguna joven bellísima que trabaje en un sótano? No se puede, no la dejarían, pero después lo otro, cuando te sueltan veinte años después y tenés que buscarte un empleo de cajera o vendedora de repuestos. Pero vos no estás vendiendo nada, sos libre y se calló. Mejor. Yo hubiera sido un buen luchador de barro, un buen montero, por decir, un competidor en lucha libre, levantarme todas las mañanas y tirar sobre algo, destruir debe ser fascinante. Pero plantás, regás, sembrás, recolectás, todo productivo. Un hombre útil, yo era una mujer útil. Cuántas veces alguien puede brillar, una, dos, en esta isla estamos brillando. ¿Y si buscamos cocos? Acá puede crecer cualquier cosa, los destrozamos contra los troncos y nos bebemos el jugo claro en cascada. Y nos revolcamos sobre la cresta. Vos sos mi juventud. Vos sos mi vibración. Y nos revolcamos a gran velocidad y no hay nada que dé cuenta de lo abrupto, nada de un final tampoco, sus manos más expresivas que el río. Mira la hora. Yo miro la medialuna emerger y pegado. Neptuno o Venus muy iluminada. ¿Es Venus? No sabía que los planetas podían esparcir polen dorado. Tengo que irme, es casi de noche. Noche primaveral pero mira la hora. No mires tanto la hora, no hagas nada, no me desprecies, quiero que esperemos el crepúsculo recubiertos de algas secas, debe ser glorioso. No te adaptás a lo que te digo, me hablás de amanecer, pero debo volver, estamos, dónde estamos, en cualquier lado no veo nada, es peligroso. En las islas de enfrente, qué peligroso, es solo cruzar. ¿Y cómo cruzamos sin ver en medio de la corriente?, ¿ver qué y para qué? Nunca aceptás, no sabés aceptar por

eso el hospital y todos esos ataques. Debo volver ahora, es crucial, no me estás escuchando. Se levanta la bestia del pantano y se sacude. Encima no tengo buena señal, me deben estar buscando todos, tengo responsabilidades, gente a cargo, una vida. Algunas noches no huelen a nada, esta me parece que será una de esas, sin olor, yo que vos me relajó, armamos un fuego, tengo algo para comer, no tendremos frío, dormiremos sobre zonas de tierra blanda y mañana nos vamos. Y enloqueció porque ya no volvió a hablar ni a dirigirme ni una mirada. No tengo buena señal, dice. Te estás ensañando, no me podés decir que no tenés buena señal y se fue directo a desamarrar el bote. Lo miré serena deshacer el nudo que hice con mi mayor fuerza y acercar tirando para sí la balsa, en el envión se cayó uno de los remos. La luz se iba demasiado rápido, todo jugaba a mi favor pero todavía estaba a tiempo de salirse con la suya.

Qué hacés dije con voz tenebrosa. Qué creés que haces, qué mierda te pensás que hacés grité perruna y me tuve que levantar. Qué pena desarmar el instante, me tuve que ir de la arena tibia, dejar de mirar la salida de la luna. Me subí a su espalda pero me tiró. Me volví a trepar y me agarré mejor pero logró derribarme. Me golpeé. Se subió al bote pero salté y lo mordí en la muñeca, otro remo cayó al agua y las plantas rapazas lo devoraron. Solo quiero que subas un minuto y listo, vamos a hablar. Pónete un segundo en mi lugar, tengo que salir de acá. Cuál es tu lugar y por qué no te ponés un segundo en el mío, una vez que logramos la perfección, es nuestra última oportunidad. De qué perfección, qué decís, no se entiende, estás desquiciada, yo vine, cumplí, ya está. Claro, desquiciada. ¿Qué? Pero todo eso era imposible, las preguntas, las dos voces. No sé cómo se convenció de salir de ahí, me dolía todo y me recosté. Estoy ridícula tirada como una celebridad en una playa nudista, tirada acá como una mujer que se cree fatal. No, no. Solo nos falta ir a buscar unos tragos, creernos que somos jóvenes y estamos viviendo la gran vida. Y hubo un silencio, reímos, mi rodilla en su nuez hasta que escuchamos un rumor, no estábamos solos, era el bote yéndose o un caimán en la superficie. Me subí sobre él, acelerando todo. Y me penetró con morbo como no sabía que existía poseer no de una manera o de otra no deseando no dos cuerpos ni sexo sino algo inconcebible. No un hombre pero todo él junto a la vez como el gran sueño. El ruido se repite y él quiere ir a ver. No lo dejo y lo traigo de nuevo, pero

quiere ver qué suena tanto allá, qué chilla. Lo obligo a quedarse, me pega con el puño y me corre el hueso. Fue sin querer, dice. Me lo quedo mirando deformada, babeando pero sonriendo, ya pasiva, esperando el final y me despido pero en la sangre de mi cara está él. Despierto los pies bajo la arena y le pego otra vez. Qué ganas tengo de cagarte bien a trompadas me sale y es ahí que me pareció ver que mi hijo se lanzaba al río. Todo alrededor de él eran brazadas calientes, nadaba totalmente excitado hasta nosotros mientras le brotaban largos chorros de agua. Él trata de ir a su encuentro, le hace señas, acá, acá, pero su nado torpe nos da tiempo todavía avanzando desde el otro lado, agradezco no haberlo llevado nunca a nadar, que no llegue, que le gane la marea, que lo retrase el río. Yo estoy bruta pero llego a notar que mi hijo clama por que regrese, con agua en la boca, viene a rescatarme con sus brazos fornidos, si es que es mi hijo, ahora mismo dudo, cómo pude engendrado, lo sigo mirando nadar frenético, por momentos braceando en el fondo, a merced de la comente, nada y me grita, tiene problemas para emerger y se da aire flotando bocarriba. Ahí sigue, haciendo la plancha arrastrado, lo veo venir empujado por el río pero solo cuenta que este averno de deseo dure. Me le voy encima otra vez, y otra, la mandíbula corrida lo beso, qué asco me parece que dice, me tira del pelo, le tiro del pelo, ninguno suelta agarrado de las puntas llegamos hasta arriba y tiramos y tiramos y tiramos tanto que caemos lanzados arena abajo. Las cosas salieron mal, ya fue todo, dice, la suerte está echada, hay que aceptar. Y lo vuelvo a besar con dureza, pero se despega y va hacia atrás, puedo sentir que inhala. Oigo un estrépito y después un eco. El último halo de sol da como un giro, da como un salto y rebota entre los arbustos, el cielo relumbra en el agua y todo vuelve a ser asombroso. Esto es amar, me digo, y él viene y me arranca la cabeza.